# “Comportamientos funerarios y roles sociales en una sociedad guerrera post-Chavín: Tablada de Lurín”

## 1. Los cementerios de Tablada de Lurín y su época.

Gracias a la oportuna iniciativa editorial de la Unión Internacional de Academias de Ciencias (Union Académique Internationale – UAI) – *Corpus Antiquitatum Americanensium* – podemos entregar al investigador interesado un conjunto de evidencias materiales que atañen a un área y una época de importancia crucial para la historia de los Andes Centrales, la que sin embargo ha encontrado hasta el presente muy escaso interés entre los estudiosos. Se trata del periodo que se extiende desde la época marcada por el abandono del centro ceremonial de Chavín de Huántar (aprox.400-300 a.C.) hasta la consolidación de las culturas regionales, como Lima, Moche y Recuay (aprox. 200 d.C.)[1]. Desde la perspectiva de arqueologías comparadas, este periodo que marca el fin de la larga tradición de la arquitectura monumental, y de la característica iconografía – ambas originarias del Periodo Precerámico Tardío – tiene importancia singular. En el transcurso de siglos posteriores al abandono de todos los centros y templos monumentales que tuvieron su auge en el Periodo Formativo cambian sustancialmente tecnologías alfareras, metalúrgicas y textiles. En este contexto se inventan y difunden casi todos los herramientas, armas y tecnologías que se registran siglos después en el contexto del imperio de los Incas. Se incrementa drásticamente la presencia de obsidiana de fuentes sureñas. Al mismo tiempo se registra el notable incremento en la producción y en el consumo de maíz, y la difusión de la cría de camélidos en la sierra norte y a lo largo de la costa, lo que guarda probable relación con la dramática transformación en cuanto las características de la arquitectura, y la organización espacial de asentamientos (Burger 1995). Existen varios indicios que estos cambios se explican con el incremento generalizado de la movilidad interregional, sin duda facilitada por los adelantos tecnológicos de agricultores y pastores de camélidos, procedentes según toda probabilidad, de áreas periféricas respecto al área cultural Chavín-Cupisnique. Este incremento de movilidad en varias regiones coincide con la institucionalización de la violencia. Los asentamientos se mudan del fondo del valle a los lugares altos, a veces parcialmente fortificados. En los contextos funerarios las armas ofensivas se vuelven recurrentes por primera vez. Esto ocurre también en la costa central del Perú, donde asimismo las relaciones sierra-costa y los intercambios a larga distancia parecen intensificarse llegando a niveles mayores que en el periodo anterior.

Las periodificaciones concebidas en los 50s y 60s del siglo pasado no ayudan a entender a plenitud este largo periodo que comprende aproximadamente 600 a 800 años. El interés de los investigadores se centraba y se centra aún en las épocas anteriores, desde el Perio-

[1] La existencia del Plateau Halstatt en la curva de calibración (Salcedo 2011, McCormack et al. 2004) impide llegar a conclusiones convincentes acerca de la subdivisión de la secuencia Chavín y del Horizonte Temprano, y en particular en cuanto a la fecha del ocaso del templo. El postulado de retroceder la fecha del abandono del templo del 200 A.C. hacia aprox. 400 cal. A.C. (Rick et al. 2010) está mejor fundamentada que antes pero sigue siendo hipotética en ausencia de la comparación sistemática con las fechas procedentes de otros sitios donde se ha hallado el material comparable con Chavín Janabarriu.

do Arcaico Tardío hasta el Periodo Formativo Medio. Bajo el peso de la autoridad de Julio C.Tello (Burger 2009), considerado a lado de Max Uhle, padre la arqueología científica en el Perú, se considera a menudo que todo el desarrollo en el área centro-andina se explica por los antecedentes que se dieron durante y antes de la época de auge del centro ceremonial de Chavín de Huántar: el Periodo Formativo Medio. En los términos de la cronología procesual, propuesta por Lumbreras, et al. (1981:74, 77, figs 72-74), y concebida en base a las discusiones sostenidas en los años 50 del siglo pasado (Steward, et al. 1995) y de las teorías sobre el origen de civilización de Childe (Lumbreras 1974, 1987; Makowski 1996; Ramón Joffré 2005), el periodo mencionado se define como el Periodo Formativo Superior o Tardío. Se supone que el fin del periodo implica la consolidación de estados y jefaturas complejas, capaces de controlar políticamente a más de un valle, el fenómeno político que condicionaría el surgimiento de culturas regionales, cada una con su estilo propio. A su vez el inicio del Periodo Formativo Superior estaría marcado por la aparición de estilos desvinculados de la influencia chavín (Willey 1951), y eventualmente relacionados con la fase final del "Horizonte Temprano" (Burger 1995:183-229; Chicoine 2010; Ikehara 2010; Palacios 1988, 1999), así como por la difusión de una nueva técnica de acabado de superficie, pintura blanca pre- y post-cocción, ocasionalmente coexistente con la decoración negativa. Dichas técnicas remplazan al uso de incisiones cortantes e impresiones en pasta-cuero, así como de pinturas resinosas post-cocción, tan características para las fases anteriores del Formativo. Estos referentes cronológicos, claros y concisos a primera vista, pierden claridad en el contexto de la discusión sobre el proceso de formación de las sociedades complejas en los Andes Centrales.

John Clark (2010) afirmó con asidero que los términos equivalentes -– el "Formativo" y el "Preclasico" – ambos referentes al tiempo entre aproximadamente 1800 BC y AD 200, el segundo para el área Maya y el primero para las demás áreas de Mesoamérica, ya no guardan el significado inicial del "non-complex prelude to complex forms". Se ha demostrado que las características atribuidas a la "edad de oro" del Clásico o de Desarrollos Regionales (diversificada arquitectura de carácter urbano, sofisticada escultura, artefactos de elite y exóticas importaciones) estuvieron plenamente presentes en el Formativo (Preclásico). Como no se ha llegado aceptar ninguna otra propuesta terminológica alternativa, ambos términos siguen en uso, pero solo "as a signifier of sequential time periods" (Clark 2010). Proceso análogo se ha dado en el caso de los Andes Centrales[2], con el agravante de que algunos investigadores (Haas, et al. 1987; Shady 2006) atribuyen características del Periodo de Desarrollos Regionales al Periodo Arcaico Tardío, poco después a las primeras

[2] Véase artículos reunidos en los volúmenes temáticos del *Boletín de Arqueología PUCP* 10 [2006] Lima 2008, 11 [2007], Lima 2009, "Procesos y expresiones de poder, identidad y orden tempranos en Sudamerica, Primera y Segunda Parte", así como n°s 12[2008], Lima 2010, 13[2009], Lima 2010, "El Periodo Formativo: enfoques y evidencias recientes. Cincuenta años de la Misión Arqueológica Japonesa y su vigencia", Primera y Segunda Parte". La larga secuencia del Periodo Formativo se expande aún más si se incluye en ella al Periodo Arcaico Tardío – una especie del Formativo Precerámico (Makowski 1999, Lumbreras 2006), y abarca casi 3,500 años. P. Kaulicke (2010) cree necesario ampliarla aún más creando una fase final, llamada "Epiformativo" la que abarca buena parte de la secuencia del Periodo de Desarrollos Regionales (primera mitad del Periodo Intermedio Temprano). Su propuesta pone en evidencia la incongruente construcción teórica del concepto del Periodo Formativo, con justa razón criticado por Rowe (1962). El Periodo Formativo así definido abarca casos de sociedades semi-sedentarias y sedentarias, de muy diversa complejidad social y política, y variado desarrollo tecnológico. En algunos casos se trata de poblaciones relativamente igualitarias sin huellas de violencia institucionalizada, en otras, de sociedades guerreras. Por si fuera poco, algunos estilos cerámicos diagnósticos para el Formativo Tardío y Epiformativo se siguen desarrollando en el periodo subsiguiente, vg. Paracas-Nazca, Topará o Gallinazo.

manifestaciones conocidas de la vida sedentaria. Entre estas características, se sugiere la existencia de clases sociales, de ciudades y de un estado regional prístino, o un su defecto de la organización de tipo "complex chiefdom". Las hipótesis de Shady (op.cit.) y Haas (op. cit.) se fundamentan en la contundente presencia de la arquitectura pública monumental, muy similar a la del Periodo Formativo. Asentamientos sorprendentemente extensos y complejos se registran tanto en la Costa Central, como en la Costa y la Sierra Norte. A estas evidencias se agregan las primeras expresiones del arte figurativo en la decoración parietal, textiles, mates, objetos de hueso, morteros y estatuillas, así como las importaciones de objetos que suelen ser considerados suntuarios, incluyendo las valvas del preciado molusco *Spondylus princeps*, traído desde las cálidas aguas ecuatoriales. En este contexto se justificaría la introducción del término "Formativo Precerámico" para definir un periodo que se iniciaría en los últimos siglos del IV-o milenio a.C. y culminaría por 1800/1500 a.C. (cal.) (Makowski 1999b).

Tomando en cuenta a la arquitectura pública, el Periodo Formativo Superior (Tardío) en la costa central del Perú parece una etapa de involución en comparación con los periodos que lo antecedieron. Los edificios que podrían considerarse públicos son escasos, de relativamente poca envergadura, y sus funciones no están bien definidas. No obstante esta impresión se contradice con numerosas pruebas del rápido desarrollo tecnológico e intensos contactos interregionales. Basta mencionar la compleja metalurgia de aleaciones trinarias, el uso de cobre y de obsidiana para la producción de armas, la cría de camélidos en la costa, nuevas técnicas de tejido en base a las fibras de lana y de algodón combinados. No sorprende en este contexto que los ajuares funerarios registrados son sin duda mucho más complejos y ricos en objetos considerados suntuarios que en los periodos anteriores. Por otro lado, hay numerosas evidencias del rápido incremento de la violencia institucionalizada. Los asentamientos se trasladan a las partes altas, resguardadas por la naturaleza. Las armas y las evidencias de liderazgos políticos asumidos por ciertos guerreros se vuelven frecuentes en los ajuares funerarios, vg. Paracas (Makowski 2000b, 2005; Peters 2000, 2010). El presente volumen brinda algunos ejemplos contundentes al apoyo de estas últimas afirmaciones. Dado que la violencia institucionalizada y la guerra endémica suelen ser factores poderosos para el surgimiento y la aceptación de élites y de liderazgos fuertes se abre la pregunta inevitable: ¿En qué se diferenciaban la sociedad y el sistema político imperante en el Formativo Superior (Tardío), en comparación con la larga secuencia previa del Periodo Arcaico Medio, Tardío (Superior), del Formativo Temprano y Medio?

Otra clase de problemas y debates genera la cronología estilística de Horizontes y Periodos Intermedios, respaldada por la autoridad académica de precursores y maestros de arqueología andina, como Uhle, Kroeber o Rowe (Rowe 1998; Stone-Miller 1993) . Como es sabido, esta hipotética secuencia maestra en la que se alternan periodos de unificación y atomización, se fundamenta en el supuesto de que Chavín de Huantar y Huari (Tiahuanaco) hayan marcado el desarrollo de estilos regionales y locales de manera similar a Cuzco imperial inca, es decir imponiendo ciertas formas de artefactos y ciertos diseños iconográficos. Debido a esta imposición, se espera que las variaciones del estilo en el centro se noten también con nitidez en las periferias, por ejemplo en el valle de Ica. Dado que la cerámica se producía localmente, y las importaciones eran muy raras, el peso de la influencia de los centros políticos y religiosos fue en realidad mucho menor de lo que se esperaba. Muchos estudiosos creían y creen aún que el "horizonte" implica una avanzada uniformización de diseños decorativos y formas de artefactos decorados de acuerdo a los modelos impuestos por el centro político o religioso en amplias áreas de la costa, sierra y ceja de selva. Las

excavaciones y los estudios comparativos demostraron que este efecto no ocurre. Durante el Periodo Horizonte Temprano todo un mosaico de estilos locales y regionales mantiene vigencia, interactuando entre sí y con los estilos presentes en los centros ceremoniales de Chavín de Huántar y de Kunturhuasi (Burger 1995; Kaulicke, et al. 2010; Tellenbach 1999). Las evidencias del contacto suelen tener recurrencia muy baja en comparación con los artefactos en estilos locales.

Rowe (1962) y sus colaboradores ordenaron con criterios esencialmente iconográficos los materiales cerámicos procedentes del valle de Ica, creando un continuum secuencial de 12 fases que debían corresponder al tiempo que transcurrió entre las primeras evidencias de contactos de las poblaciones establecidas en el valle de Ica con la costa y sierra norte (estilos Cupisnique y Chavín) y el periodo del auge del conocido estilo Nazca Monumental. Luego este continuum fue extendido a 7 fases más, hasta la aparición del material cerámico huari. Las dos primeras fases correspondían a escasas botellas en estilo Cupisnique que parecían asemejarse a las más antiguas esculturas de Chavín de Huantar, mientras que las dos últimas, con las que se iniciaría el Periodo Intermedio Temprano (Nazca 1,2) agrupaban vasijas cuyo estilo de decoración, forma y técnica de acabado anticipaban al clásico estilo Nazca Monumental [Nazca 3,4: (Proulx 2002)]. En este continuum de fases, respaldado por una matriz de presencia/ausencia, las primeras siete comprendían variables estilísticas que las vinculaban estrechamente con la litoescultura de Chávin de Huántar. A partir de la octava fase los diseños chavín quedaron remplazados por motivos de claro origen local, muy parecidos, a veces idénticos a los que se registran en las piezas de estilo Nazca. Las influencias chavín desaparecen casi por completo del repertorio a partir de la octava fase. No obstante, Menzel, et al. (1964) decidieron incluir en el Horizonte Temprano, de manera deliberada, a las tres fases post-chavín en vista de que en las hoyas de Ocucaje y Callango (valle bajo de Ica) se mantenían aún las antiguas técnicas de acabado conviviendo con la iconografía "proto-nazca": la decoración incisa cortante y la pintura polícroma resinosa, post-cocción; de este modo el Horizonte Temprano fue subdividido en diez fases. Esta decisión se desprendía del convencimiento de Rowe (1998) de que las secuencias cronológicas no deberían estar supeditadas a la interpretación de procesos culturales en ninguna de sus posibles dimensiones. En la intención de Menzel, et al. (1964) la secuencia seriada tiene como propósito proporcionar criterios empíricos claros y fáciles de aplicar para ubicar hallazgos y contextos en el tiempo relativo de manera más objetiva posible. Las primeras series de fechas C14, relativamente coherentes, creaban a fines de los 50's un expectativa muy optimista en cuanto a los alcances de seriación estilística (Rowe 1962). Los principios metodológicos de Rowe no han sido siempre bien entendidos por las subsiguientes generaciones de investigadores, y el Horizonte Temprano fue y es aún a veces confundido con el fenómeno Chavín.

Los alumnos y seguidores de Rowe han contribuido en construir secuencias estilísticas para otros valles vecinos de la costa, al norte y al sur de Ica, utilizando para ello la misma metodología. El resultado fue inesperado, dado que se ha descubierto varios estilos locales, muchos de ellos sin ninguna influencia detectable chavín o cupisnique. El estilo de cerámica, oriundo de la hoya de Callango (De Leonardis 1997; Massey 1986), llamado Ocucaje por Menzel, et al. (1964) y Paracas-Cavernas por Tello (Tello, et al. 1979), tan refinado e iconográficamente complejo, no se ha difundido al norte de la península de Paracas, salvo escasas imitaciones o importaciones (Silverman 2009). Todo lo contrario, un nuevo estilo de cerámica fina, según toda probabilidad contemporáneo con el estilo Ocucaje, se ha impuesto en los valles de Cañete, Chincha y Pisco, así como en la quebrada de Topará, (Lanning

1964; Peters 1997; Silverman 1997, 2009; Wallace 1985) durante las tres últimas fases del Horizonte Temprano (fases 8, 9 y 10), cuando en los valles de Ica, Palpa y Nazca dominaba el estilo Ocucaje. Contrariamente a lo que creía Tello, el estilo Topará es muy recurrente también en la Península de Paracas en la fase Cavernas. En el Cerro Colorado (Wari Kayan) se encuentra en asociación con el estilo Ocucaje (Makowski, et al. 2012). A pesar de desarrollarse paralelamente al Ocucaje de Ica, el estilo Topará no guarda relación de ninguna clase con la tradición iqueña y tampoco está emparentado con ninguno de los estilos diagnósticos para el Horizonte Temprano, con los cuales probablemente coexiste en la fase 8 del Horizonte Temprano. En cambio, sí hay similitudes entre Topará y algunos estilos de la costa central que Patterson (1966a) ubica en las tres primeras fases del Periodo Intermedio Temprano. Los alfareros topará manejaban a perfección ambientes oxidantes de cocción a muy altas temperaturas y producían finos engobes. Las formas son sobrias, altamente convencionalizadas, y el acabado monócromo, crema, con ocasional pintura roja pre-cocción, por lo que difiere sustancialmente de las figuras incisas, rellenas de pigmento resinoso, que a menudo decoran la superficie de la cerámica iqueña.

Los recientes trabajos en el valle de Chincha (Canziani 1992) y en el sitio las Animas del valle de Ica (Massey 1983) sugieren que hay una relación directa entre el desarrollo de ambos estilos y la construcción de nuevos centros ceremoniales, cuya arquitectura no tiene antecedentes conocidos en el área, y no guarda relación con las tradiciones del mundo Chavín. La popularidad del estilo Topará parece avanzar gradualmente desde el Norte (Cañete) hacia el Sur (Palpa, Nazca y Acarí) (Isla, comunicación personal), en la época en la que en el valle de Chincha se construyen imponentes recintos alargados sobre plataformas escalonadas (vg. huaca Soto, Canziani 1992). Su presencia en el valle de Ica se relaciona con el ocaso del estilo Ocucaje, y asimismo del centro ceremonial las Animas en el valle de Ica, durante la fase 10 del Periodo Intermedio Temprano (Massey 1983, 1986). En el valle de Nazca el estilo Topará está presente en los niveles de ocupación relacionados con la construcción de los primeros edificios en el centro ceremonial de Cahuachi. Es muy probable que las experiencias de los alfareros topará con la cocción controlada en altas temperaturas y con los engobes de diferentes colores condicionaron el gran giro tecnológico que se ha dado a fines del I siglo a.C.: el remplazo de la decoración post-cocción por los diseños figurativos pintados pre-cocción.

Los problemas con el uso de la secuencia maestra de Ica para correlacionar las cronologías establecidas en cada valle de la costa centro-sur tienen serias repercusiones para la costa central. Las recientes investigaciones en los valles de Rímac (Palacios 1988) y Lurín (Makowski 2002) pusieron en evidencia que los estilos cerámicos clasificados por Patterson (1966a) en las tres primeras fases del Periodo Intermedio Temprano, guardan relación con los sub-estilos Jahuay y Chongos de Topará y que por lo tanto, según toda probabilidad, se ubican cronológicamente en las últimas fases del Horizonte Temprano (8, 9, 10). Patterson (1966a) ha construido su secuencia seriada con la misma metodología que Menzel, et al. (1964). La muestra analizada por él para definir las tres fases iniciales del Periodo Intermedio Temprano procedían del valle de Chancay, de la bahía de Ancón y del valle bajo de Chillón, incluyendo a la Playa Grande. Dado que los contextos y las muestras analizadas no contenían ni tiestos con la decoración incisa, típica para alguna fase del Horizonte Temprano, ni préstamos topará de las fases Jahuay y Chongos que acaban de definirse en la quebrada de Topará y en el valle de Pisco, Patterson ha asumido que las primeras fases de su secuencia se ubican en el Periodo Intermedio Temprano. Recién a raíz de los ya mencionados trabajos de Palacios (1988) en la quebrada de Huachipa, afluente del río Rímac,

así como Ramos de Cox (1971), Cárdenas (1981); (Cárdenas 1986, 1989a, b) y (Makowski 1994a, b, 1996, 1999a, 2009a, b) en Tablada de Lurín se han conseguido evidencias de importaciones e imitaciones de la cerámica Topará en asociación con la cerámica local cuyas formas y acabados eran comparables con los estilos Miramar y Baños de Boza (Córdova 1999), supuestamente característicos para las primeras fases del Periodo Intermedio Temprano en la secuencia de Patterson (1966a).

El debate que acabamos de resumir a grandes rasgos pone en evidencia la necesidad de la revisión global no solo de cronologías sino también de modelos interpretativos. Resulta obvio que se requiere para este fin de contextos primarios excavados de manera sistemática y debidamente publicados. Como se ha mencionado, los cementerios ubicados en la margen derecha del valle bajo de Lurín, en el suburbios de Lima (Perú), han sido investigados con la intensidad poco común en la historia de arqueología de los Andes Centrales. Gracias a ello los investigadores interesados en estudiar el periodo que acabamos de caracterizar disponen de abundante material comparativo correspondiente a dos fases sobrepuestas: el cementerio de entierros en pozo y el posterior cementerio de entierros múltiples en cámaras funerarias. Ambos cementerios estuvieron usados por los pobladores del valle de Lurín asentados en aldeas dispersas y localizadas en ambas orillas del río entre la quebrada de Atocongo y Cieneguilla, según las evidencias que se discuten a continuación. Otro cementerio, parcialmente contemporáneo con el de Tablada de Lurín se extiende en las laderas de Lomo de Corvina, cerca del famoso santuario prehispánico de Pachacamac. Este segundo cementerio corresponde a la población asentada en el litoral y especializada en la explotación de recursos marinos (Delgado 2007; Pechenkina, et al. 2006).

A juzgar por las estrechas afinidades entre estilos cerámicos registrados en ambas áreas de enterramiento y los que se conocen del valle de Rímac, por ejemplo de la quebrada Huachipa (Palacios 1988), las evidencias del cementerio de Tablada aportan al conocimiento de la prehistoria de esta parte de la costa en la que hoy se extiende la capital del Perú.

## 2. Ubicación, contexto geográfico, historia de investigaciones.

El espacio invadido por la caótica expansión de la ciudad de Lima, en el transcurso del siglo XX, está conformado por tres valles – de Chillón, Rímac, y Lurín, distantes menos de un día de camino a pie, una de la otra. Dicha situación geográfica ha condicionado su integración cultural a lo largo de la prehistoria. Los valles atraviesan a uno de los desiertos más secos del planeta con el promedio anual de precipitaciones que oscila alrededor de 18mm. Dado que en el pasado prehistórico del Perú todo transporte se hacía a pie, la distancia entre los oasis con el acceso al agua jugó siempre un papel importante como condicionante de procesos de integración política y cultural. No es por extrañar entonces que los mismos estilos particulares de cerámica y de arquitectura caracterizaron en ciertas épocas por igual la cultura material de los tres valles arriba mencionados, como por ejemplo en el Periodo Inicial [cultura Manchay (Burger, et al. 2008)], y en la segunda mitad del Periodo Intermedio Temprano, y en la primera fase del Horizonte Medio (cultura Lima). Una cierta afinidad se observa también con los valles vecinos al Norte y el Sur, como Huaura, Chancay, Chilca y Mala. Por el lado este, las partes medias de los valles, secas (140 mm de precipitaciones anuales) y muy estrechas, encañonadas en su rápido ascenso hacia las partes elevadas de la cordillera de los Andes, crean una frontera natural entre la estrecha costa y la extensa y desértica sierra de las vertientes occidentales: zonas ecológicas respectivas de Matorral

Desértico Sub Tropical (Md-St), Estepa Espinoza Montano Baja Sub Tropical (Ee-Mbs), Estepa Montano Tropical (E-Mt). Incluso en las partes altas de la sierra de Huarochirí donde se encuentran las cabeceras de los tres ríos, la taza de precipitaciones es relativamente limitada, entre 216 y 590 mm al año (estación Matucana, Rímac). Por esta razón ninguno de los tres ríos tiene caudal importante. A pesar de ello, gracias a las avenidas durante estación de lluvias en la vecina sierra, entre octubre/noviembre y marzo/abril, y las obras de riego emprendidas por diferentes poblaciones desde el Periodo Formativo, este segmento de la desértica costa del Perú se ha convertido en un atractivo oasis. La extensa área de cementerios, materia de nuestras investigaciones, se ubica sobre la margen izquierda del valle bajo de Lurín, en el lugar elevado que domina visualmente la quebrada de Atocongo, la vía tradicional de acceso hacia el valle de Rímac desde el Sur. Otro tradicional camino, el que baja por la margen derecha del río de Lurín desde la sierra de Huarochirí, se cruza con el precedente en la cercanía de los cementerios. Uno de los ramales de Qhapac Ñan, el sistema vial imperial de Tahuantinsuyu, adoptó este recorrido interconectando a dos importantes centros ceremoniales y oráculos, el de Pariacaca en la sierra, y el de Pachacamac.

El yacimiento arqueológico Tablada de Lurín se encuentra en el extenso tablazo arenoso, entre 200 y 300 m s.n.m. en la margen derecha de Lurín a pocos kilómetros de la desembocadura, entre los cerros Tres Marías, Mirador, Olivar, Castilla y Conchitas que pertenecen a las primeras estribaciones de los Andes y se elevan hacia la altura promedia entre 384 y 440 m s.n.m. (Fig.1). No se ha encontrado en la cercanía ningunas evidencias de estructuras residenciales ni tampoco de actividades domésticas y de producción. Tampoco se han registrado vestigios de cotos de caza o campamentos relacionados con la explotación de loma, como los que abundan en los niveles de ocupación anteriores a los cementerios (Jiménez 2002; Makowski 2009a; Salcedo 1997). Todo indica que los individuos sepultados moraban en los asentamientos dispersos en el valle de Lurín. El tablazo bordea de lado oeste la quebrada de Atocongo y se extiende formando una suave pendiente hacia la imponente loma fósil, Cerro Lomo de Corvina, en el litoral marino. La zona fue conocida en el pasado como una de las lomas de la costa más activas durante el periodo de estiaje, con relativamente densa cobertura de flora incluyendo especies arbóreas. El singular fenómeno de loma se manifiesta entre aproximadamente 250 y 1000 m s.n.m. en las abruptas laderas de las primeras estribaciones de los Andes, las que retienen densas neblinas que se forman a lo largo del litoral (Aguilar 1974). Las condiciones propicias para la formación de neblinas, cuya presencia se debe a la marcada diferencia de temperaturas entre las masas calientes de aire y la superficie del mar enfriada por la corriente de Humboldt (Dillon 1997; Ordóñez, et al. 1983; Sotomayor, et al. 2008), se dan cada año entre los meses de mayo y noviembre. Los testimonios históricos y los datos edafológicos (Chevalier 2002; Moutarde 2006) coinciden en señalar la existencia de bosques de molle (*Schinus molle*), tara (*Caesalpinia spinosa),* lúcumo (*Pouteria Obovata*), huarango (*Prosopis pallida*) en las lomas de Atocongo entre 400 y 600 m.s.n.m. Desde la altura de 400 hasta 250 m.s.n.m. se extendían praderas. Es probable que gracias a la cobertura boscosa las lomas de Atocongo se mantenían verdes durante todo el año y daban abrigo a numerosos ejemplares de la fauna mediana y chica, como venados *(Odoicoleus sp.*), guanacos (*Lama guanacoe*), pumas, zorros y vizcachas. Los cementerios prehispánicos se encontraban en la época de su uso rodeados de cinturón verde en medio del desierto. La expansión urbana y los cambios climáticos han contribuido en la degradación de este frágil sistema ecológico durante el siglo XX. Cárdenas (1993:3) quién ha trabajado en la zona desde 1958 ha observado que a partir del año 1972 las tazas de humedad atmosférica en la época de estiaje disminuyeron drásticamente y los pastores de

ganado caprino dejaron de visitar las lomas bajas. Solo en las temporadas de Mega Niños, como los de 1982/83 y 1997/98 la loma de Atocongo estaba renaciendo y cubriéndose de varias especies herbáceas.

El área arqueológica de Tablada de Lurín colinda con el asentamiento que tuvo su origen en el Colonato de Tablada, fundado en 1912 (Cárdenas 1993). En 1937 Compañía Peruana de Cemento Portland S.A. (luego Cementos Lima S.A. y hoy Unión Andina de Cementos – UNACEM S.A.A.) ha iniciado la producción de clínker a partir de la piedra caliza extraída en la quebrada Atocongo que colinda con el área arqueológica. En 1979 se ha inaugurado en la quebrada, al pie de tablazo, una moderna fábrica de cemento, propiedad de UNACEM S.A.A. La vecindad cercana de la gran industria extractiva, que puede resultar problemática para el patrimonio arqueológico, en este caso ha sido muy beneficiosa y ha permitido la conservación de uno de los muy pocos cementerios prehispánicos en el Perú, aún no arrasados por la codicia de excavadores furtivos (huaqueros) o por la expansión urbana. Desde los años 60 del siglo pasado se incrementa drásticamente el crecimiento de Lima en dirección hacia el sur. Millones de personas se asentaron en el denominado "cono sur" ocupando terrenos eriazos de propiedad de estado. En actualidad el área arqueológica está completamente rodeada por la ciudad y forma parte de uno de los nuevos barrios, compuesto de "pueblos jóvenes" que progresivamente dejaron su aspecto de barriada o favela transformándose en una ciudad formal: Villa María del Triunfo. Con el crecimiento demográfico y el aumento de precios de terrenos se ha incrementado la presión hacia la zona arqueológica. La Pontificia Universidad Católica del Perú ha mantenido guardianía permanente y un ambiente de información en la caseta prefabricada desde 1970 hasta 1989 para garantizar la seguridad de sus profesores y alumnos que excavaron en el sitio. La empresa Cementos Lima S.A. en alianza con los investigadores, ha tomado sucesivamente varias medidas para proteger los vestigios prehispánicos, muy vulnerables, puesto que no tienen carácter monumental, ni la suntuosidad de algunas tumbas de las culturas Moche, Lambayeque o Chimú en la costa norte. La inscripción del terreno en el Registro de Margesí de Bienes Inmuebles en 1987, y la protección que las leyes otorgan al patrimonio arqueológico, resultaron insuficientes. Antes 1994 la empresa mandó cavar una profunda zanja en todo el lindero entre la zona residencial y el área arqueológica. Luego de varios intentos de invasión, organizados por traficantes de terrenos, se ha remplazado la zanja por una muralla, cuyo largo supera 2 km., y se han establecido puntos de vigilancia permanente. Paralelamente, UNACEM S.A.A. ha apoyado la fundación del Centro de Investigación Arqueológica de la Pontificia Universidad Católica del Perú, con laboratorios, depósitos y sala de exposiciones. El centro fundado en octubre de 1991, fue ideado como escuela de campo para los alumnos de la Pontificia Universidad Católica del Perú y también de otras universidades peruanas y extranjeras. La escuela de campo funciona de manera ininterrumpida hasta el presente, gracias a los convenios suscritos entre la Universidad, UNACEM S.A.A. y la Asociación Atocongo y ha formado más de 200 jóvenes arqueólogos. Se realizan asimismo acciones educativas para profesores y alumnos de escuelas vecinas y también para centros educativos interesados de otras áreas de la gran Lima. La fórmula resultó exitosa. Los cementerios y yacimientos precerámicos de Tablada de Lurín siguen intactos a pesar del asedio urbano.

Gracias al conjunto de circunstancias excepcionales, que acabamos de mencionar, los cementerios prehispánicos de Tablada de Lurín pudieron ser investigados casi sin interrupción desde 1957 hasta 2002, es decir 45 años sucesivos. Se ha excavado a lo largo de estos años con diferentes metodologías, propias de cada época, aproximadamente 5,200 $m^2$,

es decir 3.13% del área mínima estimada del cementerio. Un total de 859 entierros individuales y múltiples, algunos de ellos precerámicos, así como 35 cámaras subterráneas con sepulturas múltiples fueron excavados y registrados. El aspecto más importante, sin embargo, no son los números sino la excepcional calidad de información que se debe al hecho que los cementerios casi no fueron afectados por los huaqueros. Es un caso completamente excepcional en la costa del Perú, donde los cementerios prehispánicos tienen apariencia de paisaje lunar, con miles de pozos rodeados de anillos de huesos humanos, esparcidos en los desmontes. Los arqueólogos suelen rescatar la información fragmentada e incompleta, en mejor de los casos, algunos contextos funerarios aislados. En cambio, en Tablada de Lurín se ha podido hacer un registro minucioso de entierros primarios, *in situ*, o removidos a raíz de enterramientos de otros individuos en la misma cámara, así como de entierros secundarios. Se ha documentado también reaperturas sucesivas de pozos y cámaras funerarias. Gracias a la excavación en área, fue posible definir e interpretar la organización espacial de ambos cementerios sobrepuestos, el de entierros de pozo y el de cámaras subterráneas con entierros múltiples. Asimismo, las investigaciones de la compleja historia post-deposicional permitieron reconstruir complejos rituales funerarios. Desafortunadamente, esta reconstrucción es solo parcial debido a la mala conservación de materiales orgánicos y la descomposición completa de envoltorios y fardos, cuya existencia se puede inferir a partir de las improntas en los objetos de metal, la forma de la mancha orgánica alrededor de restos óseos, la distribución de algunos artefactos cercanos al cuerpo y ciertos aspectos tafonómicos.

Los objetos presentados en el catálogo provienen de las excavaciones realizadas a partir de 1991 bajo la dirección de Krzysztof Makowski. Todos los objetos publicados en este volumen se encuentran custodiados en el Centro de Investigaciones Arqueológicas, Convenio PUCP – Asociación de Atocongo en Tablada de Lurín en base al convenio suscrito con el Ministerio de Cultura del Perú. Los artefactos de las investigaciones anteriores a esta fecha forman parte de la colección del Museo Arqueología "Josefina Ramos de Cox" del Instituto Riva Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

El conjunto de sitios prehispánicos en las lomas de Atocongo, en medio del extenso tablazo arenoso, llamado Tablada de Lurín (Fig.1), fue descubierto en 1957. Este año Josefina Ramos de Cox realizaba trabajos de ayuda social en el pueblo de San Francisco de Tablada, cuando recibió información de que en la zona había un lugar donde la gente estaba extrayendo ceramios. Una persona le mostró fragmentos de cerámica, y algunos especímenes completos, y la condujo al pie del Cerro Castilla. Con la seguridad de la importancia del hallazgo, gestionó un permiso oficial para realizar excavaciones en su calidad de la profesora de Arqueología de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Los trabajos se iniciaron el 14 de abril de 1958, "con la presencia de un miembro de la Comisaría de Atocongo para dejar constancia de cuarenta y siete pozos de "huaqueros" y de grandes lajas de piedra, removidas de su contexto original" (Cárdenas 1981). A partir de esta fecha Ramos de Cox (1964, 1969, 1971, 1972 inter alia) y Cárdenas (1999) excavaron entre 1958 y 1988 aprox. 3000 $m^2$, en diferentes partes del tablazo entre los cerros Tres Marias, Olivar y Castilla y descubrieron 422 entierros en pozo y fosa, así como 30 estructuras subterráneas de piedra. Las excavaciones se realizaban con el financiamiento muy limitado, y gracias al trabajo voluntario de alumnos universitarios de varias facultades, los fines de semana, salvo para las breves temporadas de dos semanas en 1967-1968. Un total de 163 personas diferentes han participado en los trabajos de campo durante estos treinta años (Cárdenas 1999:1-3). El interés de Ramos de Cox y de Cárdenas estuvo claramente enfocado en el registro de

ajuares. El control estratigráfico se realizaba sobre perfiles con mediciones desde la superficie. La ubicación de contextos dentro de los sectores se registraba en croquis a mano alzada (Cárdenas 1999: Planos 1-9). La excavación se realizaba por sondeos de tamaño variado pero siempre restringido. En el más extenso de los sectores, el "Primero" (Fig. 2), los sondeos se adosaban por lo general uno a otro a manera de ampliaciones. En los sectores restantes los sondeos, llamados "movimientos" tuvieron carácter de cateos exploratorios. La excavación se realizaba por niveles arbitrarios hasta conseguir que las formas de las matrices de los entierros y de las tumbas se definan claramente en la superficie del suelo gracias al contraste entre el color de los rellenos de pozos y fosas y la arena estéril. Luego, se procedía a vaciar los rellenos a la zaranda bajando por el pozo o fosa hasta ubicar a el (los) individuos y los elementos de su ajuar. Esta organización de trabajos ha implicado varios inconvenientes. No se ha logrado entender correctamente la ubicación estratigráfica de bocas de entierros y de niveles de ocupación precerámicos. La migración de material lítico a través de las grietas formadas en sedimentos estériles, debajo de niveles de ocupación ha pasado desapercibida, y los niveles de deposición segundaria fueron interpretados como niveles de ocupación (Makowski 2008). Algunos entierros acerámicos fueron indebidamente interpretados como precerámicos y las cámaras funerarias de piedra fueron interpretadas en algunas publicaciones preliminares como estructuras habitacionales precerámicas. Por otro lado, no se disponía de registro confiable de la distribución espacial de entierros, de la diversidad formal de matrices, de las características variadas del ritual funerario, y especialmente del manejo de cuerpos al interior de los espacios funerarios y fuera de ellos (definición de entierros primarios y secundarios). No se disponía tampoco de registro de aspectos tafonómicos, indispensables para reconstruir la compleja historia postdeposicional.

Cuando en 1991 se nos solicita que reanudemos los trabajos en Tablada de Lurín, hemos considerado prioritario registrar y entender la organización espacial de contextos mediante excavaciones en área, con el riguroso control estratigráfico y el análisis bioantropológico de los restos óseos *in situ* (Makowski 1994a, 1996, 1999b, 2008; Makowski, et al. 1992; Makowski, et al. 1994). Para este fin se han iniciado los trabajos con una extensa unidad de 1,200 $m^2$ excavada por capas naturales, Sector S-E (plano, Fig. 2), ubicada al Sur del "Sector Primero" de Ramos de Cox y Cárdenas (1999: mapa 2). Los niveles de ocupación (superficie de cementerios y niveles precerámicos) fueron excavados por decapado con el registro de microestratrigrafía (Makowski 2008; Salcedo 1997). Luego se ha extendido esta unidad hacia el Norte, Sur y en menor grado Este y Oeste. Las ampliaciones tuvieron por propósito definir la configuración de las agrupaciones de pozos con y sin sellos de lajas, y excavar algunas de estas nucleaciones de matrices de manera completa. Al final hemos unido los dos sectores luego de haber re-abierto el Sector Primero y haber documentado de manera geo-referenciada los contornos de todos los sondeos, así como de todas las matrices exploradas por Cárdenas, Ramos de Cox, así y sus colaboradores. El resultado se presenta en el plano, Fig. 2. que el lector puede comparar con el croquis en Cárdenas (1999: 401-402, plano 405 y 406). Desafortunadamente, dadas las imprecisiones del croquis de Cárdenas, no se ha podido correlacionar de manera segura e inequívoca los contornos de matrices y las estructuras expuestas, que hemos registrado y goereferenciado una por una, con los números correlativos de contextos publicados por Ramos de Cox (1971) y por Cárdenas (1999). A pesar de esta inconveniencia, el plano general confeccionado (Figs 2, 3) da una idea precisa sobre los probables criterios de la elección del lugar para cavar el pozo funerario o construir una estructura subterránea, y por lo tanto sobre las reglas de organización del cementerio.

Gracias a las excepcionales condiciones climáticas imperantes en la costa central se ha podido trabajar de manera continua durante 7-10 meses al año, las temporadas de campo alternadas con periodos destinados para la preparación de informes y para el descanso. Hemos tenido también excepcionales facilidades de infraestructura, debido a que cómodos laboratorios y depósitos fueron acondicionados a escasos metros del área de excavación. Por ello, el equipo de excavación estuvo segundado a diario por otro de laboratorio, dedicado a registro, conservación, análisis preliminar y catalogación.

Entre 1991 y 2002 se han excavado 437 entierros en pozo de cámara lateral y 5 cámaras subterráneas con entierros múltiples, denominadas a veces "cistas" en la literatura de lengua española. La superficie del cementerio prehispánico que ha sido expuesta es de 2220 $m^2$, de los cuales 1700 $m^2$ fueron excavados hasta el suelo estéril. Las fichas de los contextos con el registro gráfico de restos óseos y ajuar en el plano están a disposición del lector en el CD adjunto al volumen.

## 3. Estratigrafía y cronología del cementerio

Las intensas excavaciones en área, que cubrieron 2,220 $m^2$ y fueron realizadas bajo la dirección del autor, han permitido resolver todas las controversias mencionadas arriba y debidamente fundamentar la cronología relativa y la organización espacial de ambos cementerios. Todos los niveles de ocupación fueron excavados por decapado (Makowski 2009a:14-28). Se tiene por ende la plena certeza que las bocas de todos los entierros en pozo – estos mismos que contienen objetos cronológicamente diagnósticos con las características que se relacionan estilísticamente con el fin del Horizonte Temprano y las primeras fases del Periodo Intermedio Temprano - se ubican en el interfaz de las capas D-VI/C-V (Figs 4, 5). Sobre este nivel y encima de las bocas se levantan también pequeños túmulos, ocasionalmente conservados, y en otros casos los sellos de lajas y los marcadores de piedras sin cantear. Las vasijas-ofrendas, relacionadas con algunos entierros individuales y múltiples, están sepultadas generalmente a mitad dentro del estrato D-VI, asomando sus bocas en el nivel C-V (Fig. 5). En los niveles inferiores de la capa D se han registrado ocasionalmente eventos ocupacionales con la cerámica del Periodo Inicial y de las primeras fases del Horizonte Temprano (Jiménez 2009). La capa C se compone, como la precedente, de suelos arenosos orgánicos, pero se diferencia de ella por su color más claro, marrón grisáceo, con menor contenido de humus y consistencia suelta. Estas características sugieren la disminución de la intensidad del fenómeno de loma a fines de la era pasada a niveles comparables con los tiempos coloniales. Tres estratos se distinguen dentro de la capa. El más bajo de ellos, C-V, tiene carácter de deposición de origen cultural. Este estrato se formó a raíz de la erosión de los tumulillos y desmontes, productos de la intensa actividad funeraria. En las áreas con los entierros en pozo el estrato contiene la mezcla de fragmentos de cerámica, varios lentes de conchales con escasos desechos líticos y lentes compuestos de suelos propios de estratos inferiores. El análisis de distribución de estos lentes indica claramente que se asocian siempre a las bocas de los entierros. Los pozos de los entierros cortan ocasionalmente estratos en los que se encuentran evidencias de los periodos anteriores, en particular del Precerámico Medio y del Periodo Inicial (Capas D y E). Como se desprende de lo expuesto, todos los entierros en pozo son estratigráficamente contemporáneos. En cambio los entierros múltiples en cámaras subterráneas, construidas de piedra, y llamadas "cistas" por (Ramos de Cox 1972) y (Cárdenas 1999) son sin duda posteriores a los entierros en pozo. Sus grandes matrices se dibujan

en la superficie C-V (Figs 6, 7 c, d), cortan a menudo los entierros de pozo del nivel D-VI (Fig. 7 a,b) y las destruyen. El material arqueológico procedente de contextos destruidos se encuentra en los rellenos de las matrices de cámaras. El mortero con hematitas y limonitas utilizado en la construcción de las cámaras se ha conservado localmente en la superficie del nivel C-V y ha influido en el color, rojizo o amarillo así como en la consistencia. Los sellos y marcadores de lajas que se encuentran ocasionalmente en la superficie de las fosas afloran ya en el estrato C-IV y a veces asoman en la superficie del cementerio. Los estratos C-IV y C-III corresponden respectivamente al subsuelo y suelo moderno de la loma, anterior al desarrollo industrial. Algunos eventos cortos, un fogón y pequeñas acumulaciones de cerámica del Periodo Intermedio Tardío, se relacionan con la superficie C-IV. El nivel C-III está consolidado por abundantes raíces y bulbos de la vegetación de loma; contiene también restos de caracoles terrestres aunque de menor intensidad que el nivel anterior. La capa B-II está constituida por la mezcla de cemento y arena eólica, y corresponde a la primera etapa de industrialización en la zona, cuando aún no se aplicaban medidas adecuadas para impedir la contaminación ambiental. En la Unidad B del Sector NE, debajo de ella, yacen desmontes de huaqueros cuya actividad causó la destrucción de tres cistas vecinas en los años cincuenta. La capa A-I se compone de arena eólica con un agregado de polvo de cemento. Gracias a la resistencia de las especies propias de la loma, en varios sectores de esta capa se transforma paulatinamente en suelo orgánico.

Como se desprende de lo expuesto la estratigrafía ofrece la información valiosa en cuanto la relación cronológica entre ambos cementerios sobrepuestos pero no brinda elementos de juicio para ubicarlos con precisión en las cronologías estilísticas y procesuales de la Costa Central del Perú. Para este fin tenemos que recurrir a la comparación estilístico-formal de las piezas de cerámica y también de algunos artefactos de metal decorados. La mayor parte de vasijas encontradas en el particular estilo Tablada (Figs 8-11) presenta numerosos y sorprendentes nexos entre las tradiciones alfareras de Tablada de Lurín y uno de los estilos cerámicos registrados en la vertiente oriental de los Andes Nor-Centrales, en el área de Huanuco, el estilo Higueras (Izumi 1971). No se dispone desafortunadamente de fechados C14 ni para el inicio ni para el ocaso del estilo Higueras. La existencia de la fase Sajarapatac, previa a Higueras, y los nexos claros con el estilo Recuay ubican al estilo Higueras a fines del primer milenio a.C. y en los primeros siglos d.C. En el caso de Tablada de Lurín también se dispone de evidencias de préstamos de diseños característicos para el estilo Recuay (Cárdenas 1999:p.113, lam.163, foto 169, botella del entierro 133; pp.132, 133, lams 156, 196, fotos 180, 181, decoración gravada en placas de cobre dorado; Makowski y Rucabado 2000). George Lau (Lau 2011) fecha el desarrollo del estilo Recuay en la cerámica entre 200 – 600 d.C. No obstante, creemos muy posible que las características del estilo Recuay se hayan manifestado antes en el tejido y en metal que en la cerámica (Makowski 2000a; Makowski y Rucabado 2000) como ello ha ocurrido por ejemplo con los estilos Nazca (Makowski 2005; Peters 2000, 2010; Sawyer 1961, 1997; Wallace 1985) y Tiahuanaco (Isbell, et al. 2009; Makowski 2010).

Otro grupo de material asociado con los entierros en pozo se vincula de manera muy consistente con las tradiciones alfareras de la costa centro-sur (Figs 15 d, 16 d), en particular con el estilo Topará (Carrillo 2009; Wallace 1985), conocido también como Paracas (Tello y Mejia Xesspe 1979). Las formas de botellas y cuencos estilísticamente Topará (Carrillo 2009) carecen de rasgos diagnósticos de la fase Chongos (Wallace 1985, 1986), vg. la característica tapa encima del cuerpo que imita la forma globular con ranuras de una lagenaria. El rasgo mencionado se manifiesta solo en un caso, el que está ilustrado en la Fig. 18 b. Por

otro lado, la secuencia de Huachipa (Palacios 1988) permite ubicar la tradición local de Tablada en el periodo definido como Pinazo, Huayco Inicial y Huayco Temprano, posteriores al Periodo Cerro. En este último son frecuentes las importaciones o imitaciones de cuencos en estilo Cochachongos, originario de la sierra de Jauja y Huancayo. Palacios (1988) considera que Cochachongos AB (Browman 1970) es contemporáneo con su fase Cerro. Un cuenco Cochachongos fue encontrado también en asociación con la cerámica Paracas-Cavernas en la Caverna VIII (Tello y Mejia Xesspe 1979:227, 244-247, Fig. 267). Palacios (1988) llega también a la conclusión que su estilo Cerro es contemporáneo con Sajarapatac de Huallaga (Izumi 1971:Plate 104). En cuanto a los vínculos con la Costa Sur, Palacios (1988) percibe un cercano parentesco entre Jahuay 2 de Cañete (Wallace 1985) y su fase Pinazo, posterior a Cerro (Palacios 1999). Por su parte Silva y sus colaboradores (Silva, et al. 1997; Silva, et al. 1982; Silva, et al. 1981) dan aún más peso a estas interacciones y concluyen que su fase Huachipa-Jicamarca C, la que correspondería a las fases Cerro y Pinazo en la terminología de Guerrero y Palacios (1994), se caracteriza por la predominante influencia "de Paracas y Ocucaje en sus fases finales y Topará o Jahuay del valle de Chincha" (Silva y García 1997:197). Cabe observar que en Tablada de Lurín no se han registrado fragmentos de cerámica emparentada estilísticamente con Ocucaje como las de Huachipa (Silva y García 1997). Por ende, la comparación con las secuencias del valle de Rimac ubicaría el inicio de la ocupación funeraria de Tablada de Lurín en la fase Pinazo de Palacios (1988) y en la transición entre Huachipa-Jicamarca C y D de (Silva y García 1997).

La comparación cruzada con las secuencias establecidas previamente para los valles de Rimac, Chincha, Pisco e Ica proporciona también ciertos elementos de juicio para precisar el tiempo del fin de la ocupación funeraria de entierros en pozo en Tablada de Lurín. A diferencia de Villa el Salvador (Delgado 2007), de Panel (Maguiña, et al. 2009), de Huachipa (Palacios 1988), en Tablada por lo general no se registran casos de préstamos estilísticos del área Nazca, directos o indirectos, por intermedio del estilo Carmen de los valles de Chincha y Pisco. Nos referimos en particular a la decoración polícroma y las formas Nazca de botella asa-puente con dos golletes delgados verticales. El único caso registrado por Cárdenas (1999) es el de la botella asa-puente, pintada pre-cocción y con el fino pulido del entierro 15 (Fig. 16 d).

Igualmente significativa es la ausencia de préstamos, imitaciones o importaciones en estilo Playa Grande de la tradición Lima, fases 3-6 de Patterson (1966a) (Goldhausen 2001), tanto en los entierros en pozo como en el inmediatamente posterior cementerio de cámaras construidas de piedra. En cambio hay muy numerosas afinidades, particularmente en cuanto a las formas, entre Baños de Boza-Miramar del área de Chancay y Ancón y la tradición cerámica local de Tablada de Lurín (Córdova 2002, 2009). A título de ejemplo se podría citar a las muy difundidas formas de cántaros con el cuerpo asimétrico, conocidos como "mamiformes". Estos se encontraron entre otros tanto en Panel (Maguiña y Paredes 2009: Foto 11, Fig. 10), como en Tablada de Lurín (Cárdenas 1999:113, Foto 170). Llama atención, sin embargo la recurrencia muy reducida de técnicas de decoración y de diseños diagnósticos para el estilo Lima en su fase temprana. La decoración blanco sobre rojo (Fig. 17), rojo sobre blanco (Figs 15, 16), como tricolor, al igual que los cántaros mamiformes aparecen sólo excepcionalmente en Tablada de Lurín y constituyen casos claros de préstamo estilístico. En este contexto llaman atención escasas imitaciones de diseños y formas Lima Temprano (Figs 19 a, cántaro; y 19b; (Cárdenas 1999:112,113, foto 168, lám.188: vasos con el diseño interlocking en negativo) en los entierros que se relacionan desde el punto de vista estratigráfico con el breve episodio intermedio entre los entierros en pozo y los entierros

en cámaras de piedra . Los nexos y préstamos mencionados arriba sugieren que el cementerio de entierros en pozo se situaría en las fases 1-3 de Periodo Intermedio Temprano de la Costa Central, según Patterson (1966a) pero las influencias que llegan desde el Sur son todas anteriores al Periodo Intermedio Temprano 2 de la Costa Centro-Sur, según Wallace (1985), Massey (1986) y Silverman (1993).

El fechado absoluto con el método C 14 se complica por los bajos niveles de colágeno en los restos óseos encontrados en el cementerio de Tablada de Lurín (Michczynski, inf. personal), y la escasez de otras materias orgánicas que podrían someterse al análisis. La única muestra analizada por encargo de Cárdenas con la desviación estándar menor de ±100 arroja resultados coherentes con los préstamos Recuay, mencionados arriba, pero demasiado tardíos en el contexto de relaciones con la costa Centro-Sur: entierro N°172, PUCP-13, 1530±90. Se dispone actualmente de un gran número de fechas calibradas asociadas a los materiales diagnósticos Nazca de los valles de Nasca (Ziólkowski 1994) y de Palpa (Hecht 2009; Unkel, et al. 2009). El ocaso de la tradición Paracas (Ocucaje 8,9) y los orígenes de la tradición Nazca en el contexto del incremento de la presencia Topará en las cuencas de Palpa y Nazca parece haber acontecido a partir de 200 a.C. (cal.) aproximadamente. En cambio, el auge de Cahuachi y la difusión del estilo Nazca en las fases 2 y 3, con sus efectos en la evolución del estilo Carmen en los valles de Cañete, Chincha y Pisco se situaría entre 100 y 325 d.C. Desafortunadamente contamos con muy pocos fechados relacionados con los contextos Topará. Los existentes, sobre muestras provenientes de los fardos encontrados por Tello en Wari Kayán, en la Península de Paracas (Paul 1991), sustentan relativamente bien la fecha consensual (Silverman 1991) para Jahuay, Chongos y Campana entre 200 a.C. y 100 d.C y de su influencia en el estilo naciente Nazca en los alrededores del inicio de nuestra era (Silverman, et al. 2002:14-28). Por otro lado, los fechados asociados con el abandono de Chavín por 400 a.C. ±100, y con la gradual sustitución de los estilos del Horizonte Temprano [Janabarriu; Burger (1995) veáse también Tellenbach (1999: vol. I:127-132)], a lo largo de la sierra y de la costa, por otras tradiciones estilística, que anticipan el desarrollo de cerámica y textiles en el Periodo Intermedio Temprano, vg. Huaras Blanco sobre Rojo, Salinar, Jahuay, proporcionan un cómodo *terminus postquem*. En conclusión, la tradición de entierros en pozo en Tablada de Lurín se ubicaría, probablemente, en términos de la cronología absoluta basada en las fechas radiocarbónicas entre 200 a.C. y 200 d.C. (cal.).

El fechado de las tumbas subterráneas fue materia de polémica. Ramos de Cox (1964:10) ha observado correctamente que varias estructuras destruyen completa o parcialmente a entierros en pozo Cárdenas (1999:32,33, lam.27). En efecto, Makowski (1996) no sólo ha encontrado varios de estos entierros cortados por muros de las tumbas, sino que partes de esqueletos humanos y de cerámica, correspondientes a contextos disturbados, estaban diseminados en los rellenos, dentro y fuera de las cámaras. Asimismo, se ha comprobado la reutilización de algunas vasijas provenientes de entierros parcialmente destruidos (Balbuena 1996). La coincidencia fortuita entre el nivel de la cima de los techos y los estratos precerámicos, así como la migración del material lítico por las grietas naturales que se forman en el suelo de la loma, han inducido un posterior error de apreciación: Ramos de Cox (1969) cambió de opinión y ha asignado las estructuras al Periodo Precerámico; la arqueóloga ha planteado asimismo que éstas fueron reutilizadas para fines funerarios durante el Periodo Intermedio Temprano y el Horizonte Medio. El error se ha hecho evidente en el transcurso de nuestras excavaciones (loc.cit.) de las tumbas localizadas en el sector NE de Tablada de Lurín, donde no hay evidencias de ocupación precerámica previa. (Cárdenas 1981; 1999:32-33), por su parte, ha sostenido que las tumbas subterráneas de piedras y los entierros en

pozo corresponden a dos tradiciones ceremoniales coetáneas, basándose en el hallazgo de fragmentos de cerámica correspondientes a la tradición Tablada (alfar 1) dentro de la argamasa del techo de una de las estructuras. Desde nuestro punto de vista, dicho hallazgo determina sólo un *terminus postquem* para la construcción de la cámara, y las evidencias estratigráficas expuestas arriba son suficientemente contundentes para plantear la posterioridad de las cámaras subterráneas de piedra respecto a la tradición de entierros en pozo. Sin embargo, cabe la posibilidad de que los últimos entierros en pozo con la cerámica Lima Temprano sean contemporáneos con las tumbas de cámara, dada la ubicación estratigráfica de ambas categorías de contextos. Nos llama también atención el hecho de que en ambos casos se comprueba la descomunal falta de respeto que conduce a la destrucción intencional de entierros más antiguos, estos mismos cuyos ajuares contienen piezas cerámicas correspondientes a estilos del inicio del Periodo Intemedio Temprano.

Para definir correctamente las cronologías de las cámaras, es menester descartar vasijas provenientes de entierros en pozo destruidos, tanto las reutilizadas, como las que fueron simplemente depositadas por casualidad junto con la tierra de relleno. El conjunto restante posee varias características singulares que lo distancian del material Tablada, Villa el Salvador B/R y Huachipa, a pesar de indudables lazos de continuidad en el repertorio de formas alfareras. Fuera de las características de la pasta llama atención la recurrente presencia de engobe rojizo o ante. También frecuente es la presencia de diseños geométricos simples (líneas verticales) pintados en rojo encendido sobre el engobe (Fig. 22). Botellas-cantimploras de un sólo pico (Cárdenas 1999:, lam.190:000027), platos ovalados con base anular, cuencos con la decoración en relieve (ibid., lam.195:09134, 09142), vasijas-miniatura cuentan entre las formas más diagnósticas. La única botella asa-puente recuperada (Fig. 22 a e ibid., lam.195:09134, p. 88-89, foto 40, izquierda) se asemeja y a las botellas ornitomorfas decoradas con la pintura roja con el fondo claro de Villa el Salvador pero el fondo de rara tonalidad amarilla, está aplicado sobre una superficie brunida, y el diseño del ave está esquematizado. Las formas de cántaros de asas laterales de cuello alto (ibid., lam.195:09143) encuentran paralelos en los núcleos funerarios de Panel, los que probablemente formaban parte del complejo de cementerios de Villa el Salvador (Maguiña y Paredes 2009). En resumen, las evidencias estratigráficas y estilísticas son coincidentes. Los cementerios de Tablada de Lurín estuvieron en uso intensivo antes de que la cerámica ceremonial del valle adopte diseños y técnicas decorativas propias al estilo Playa Grande o Lima Temprano, por un lado, y Carmen o Nazca, por el otro [véase, por ejemplo (Stothert, et al. 1977)]. La aparición de la cerámica Lima 3-4 (Patterson 1966a) en el contexto de arquitectura pública de adobes cuadrangulares (Makowski 2011, 2012), construida sobre las laderas del cerro en cuya cima se levantará siglos después el templo del Sol, en Pachacamac, se constituye en un *terminus ante quem* para el abandono de los cementerios del Periodo Intermedio Temprano en Tablada de Lurín.

## 4. Organización espacial de cementerios y características de contextos.

Las dos fases consecutivas del uso del tablazo arenoso para fines funerarios se caracterizan por tipos de enterramiento distintos, a pesar de que cierta continuidad se aprecia entre ambas en las formas y acabados de cerámica, así como en la manera como se prepara y deposita el cuerpo. En la fase de mayor antigüedad los entierros son en principio individuales y se realizan al interior de pozos de diferente profundidad. Se transforman ocasio-

nalmente en entierros múltiples a raíz de reaperturas y mediante la deposición sucesiva de otros individuos en el espacio previamente ampliado de la cámara. Cárdenas (1999:19, cuadro 12) había observado correctamente la tendencia de aumento de la profundidad en relación con el incremento de la complejidad del ajuar. Tendencia similar registra Carmichael (1995) en el caso Nazca. En cambio en la segunda fase los entierros son múltiples y se realizan dentro de la cámara subterránea construida de piedra y techada con lajas. El cementerio de tradición Tablada abarca casi toda la extensión de la zona arqueológica e inclusive algunas agrupaciones de entierros fueron señalados fuera de este límite hace veinte años, cuando empezó a avanzar hacia el este la extensión urbana del asentamiento San Francisco de Tablada (a partir de 1970). El área principal del cementerio se ubica aproximadamente en el cuadrilátero de las coordenadas UTM N8652300 – 8652700 / E291400 – 292000 (Cárdenas 1999: Mapa 2). El cálculo del área mínima de la agrupación central de entierros arroja un aproximado de 16-20 hectáreas. La densidad de la ocupación funeraria parece incrementarse de oeste al este, siendo mayor en las pendientes que dan hacia la Quebrada de Atocongo que en las partes más elevadas del tablazo.

Varias premisas nos hacen pensar que la localización de cada entierro dentro de esta extensa área estaba normada por una serie de reglas y no dependía exclusivamente de la voluntad de los deudos u oficiantes encargados del ritual funerario. En la primera fase los entierros poseen marcadores o se organizan en grupos alrededor de un amontonamiento de lajas (Fig. 2-5). Hay además indicios inequívocos que los marcadores permitían efectivamente ubicar la tumba algunos meses o años después del primer entierro. Un 8.5% de todos los pozos fue reabierto una o varias veces consecutivas. Las reaperturas dejan huellas claras: rellenos parcialmente evacuados en el ducto, restos óseos desplazados o completamente desarticulados por haber sido reubicados para dar cabida a un otro(s) individuo(s) completamente articulado(s), eventualmente cámaras ampliadas, y ajuares alterados. Por otro lado, las vasijas-ofrenda depositadas en la superficie entre marcadores y pequeños túmulos sugieren la existencia de algún tipo de culto posterior al entierro y a la clausura del pozo. Asimismo los entierros no se distribuyen ni de manera aleatoria, ni ordenada equidistante. Por lo contrario, los entierros individuales típicos conforman agrupaciones que a su vez se distribuyen alrededor de los espacios relativamente libres de entierros (plano, Fig. 3). En estos espacios hemos encontrado sólo algunos entierros atípicos de tres categorías. El caso más frecuente es el de pozos vacíos o vaciados ex profeso. Esta última inferencia se desprende del hallazgo de falanges y eventualmente de fragmentos de cerámica en la cámara en ausencia completa de otros elementos del cuerpo. La segunda categoría de sepulturas atípicas comprende entierros de individuos mutilados, cuyos cuerpos fueron depositados decúbito ventral al interior de una fosa de profundidad menor de 1m. Finalmente, ofrendas de batracios dentro de una matriz similar a la de un entierro humano conforman la tercera categoría de contextos atípicos. Como lo sugiere la descripción, los espacios mencionados fueron aparentemente considerados inadecuados para entierros normales.

Las agrupaciones de los entierros típicos también poseen configuración premeditada. Los entierros individuales de niños menores de un año parecen delimitar espacios de forma circular u oval. Al interior de cada uno de estos espacios se perciben varias densas concentraciones de entierros de adultos de ambos sexos, entierros múltiples y entierros con reaperturas. Desafortunadamente los límites precisos de cada agrupación son a menudo difusos por el crecimiento de núcleos vecinos a lo largo de años del uso de cementerio. A pesar de ello, resulta claro que la distribución respectiva de entierros de infantes, niños y subadultos en relación con los adultos de ambos sexos no tiene características que se esperaría si la per-

tenencia a una familia nuclear determinase la localización de cada sepultura. Varios adultos de ambos sexos comparten el mismo espacio funerario sugiriendo que éste fue asignado más bien a una familia extendida compuesta de 20-30 miembros en promedio. En los entierros múltiples los subadultos, niños e infantes comparten la misma tumba indiscriminadamente con los adultos de ambos sexos. No existe, por ende, una preferente asociación de niño con su potencial madre. Además, la composición demográfica de cada agrupación se aproxima en términos de porcentajes por cada categoría de sexo/edad a la composición demográfica de la totalidad de la muestra. Hemos sugerido anteriormente (Makowski 1994b; Makowski y Castro de la Mata 2000) a partir de los resultados de excavaciones en la unidad A (plano, Fig. 3) que las concentraciones se agrupaban en anillos alrededor de espacios semi-vacíos con entierros atípicos. Las imprecisiones del croquis de (Cárdenas 1999) no permiten contrastar esta hipótesis de manera completamente satisfactoria.

Por otro lado, no cabe duda que el cementerio se compone de extensos sectores compuestos, cada uno, de varios miles de entierros contemporáneos, y que hay amplios espacios sin uso que separan estos sectores, además de espacios internos en cada sector, los que albergan sólo ofrendas y entierros atípicos.

En el caso del cementerio de cámara subterráneas, claramente posterior al cementerio de entierros en pozo, las tumbas también conforman agrupaciones de 2 a 6 estructuras (vg. sector NE: Makowski 1996; Gerdau y Makowski 2011). Hemos podido comprobar en el caso de uno de los núcleos, excavados por nosotros (ibíd.), que tres cámaras subterráneas fueron construidas secuencialmente, una tras otra. La variación del número de individuos en el interior de las estructuras intactas, entre 2 y 20 sepulturas primarias, sugiere que cada una de ellas fue hecha por un grupo familiar, y utilizada hasta la muerte del fundador para sepultar a sus parientes. Las reaperturas y reacomodos consecutivos y la recurrente relación de las ofrendas con los últimos enterramientos merecen ser citados también como argumentos a favor de esta hipótesis. Los núcleos de cámaras subterráneas conforman una o dos filas paralelas, alineadas Este-Oeste.

En las excavaciones estratigráficas realizadas por el autor se ha podido comprobar de manera fehaciente que todas las cámaras fueron construidas en el interior de amplias zanjas ovaladas a cuyo fondo se accedía por medio de una larga rampa que bajaba desde el nivel de la boca. La rampa facilitaba el transporte del material de construcción. En todos los casos documentados la boca de la zanja se localizaba en el interior del nivel C-V. El sello de lajas sobre la matriz en algunos casos sobresalía hasta el nivel C-IV. Tanto Cárdenas (1999) como el autor registraron numerosos casos en los que cavando la zanja para la construcción de una cámara nueva se ha destruido total o parcialmente varios entierros en pozo. Se ha podido también comprobar que las cámaras ubicadas cerca una de la otra dentro de una agrupación nuclear fueron construidas de manera secuencial. Por ejemplo, la matriz de la estructura NE-B-EF-2 corta a la matriz de la estructura NE-B-EF-3 (Fig. 6). Por otro lado, la matriz de la estructura NE-B-EF-4 (fig. 6) corta casi por la mitad las matrices de dos entierros (CF-28 y CF-30), y lo mismo ocurre con la NE-B-EF-5 que destruye parcialmente otros dos entierros (s/n) que se ven en el perfil este, pero su boca está cubierta por el desmonte acarreado procedente de la estructura NE-B-EF-1, adyacente al sur. El desmonte contiene los abundantes y característicos grumos de argamasa de arcilla roja teñida con hematita. Las formas de las estructuras son variadas.

Las cámaras fueron construidas en el fondo de profundas fosas (hasta aprox. 2m. de profundidad). El material de construcción, lajas y bloques parcialmente canteados de andesitas, procedía de canteras localizadas en las laderas de dos cerros aledaños, Tres Marías

y el Mirador. Los muros de las estructuras revisten a las paredes de la fosa: las piedras usadas para levantarlas están incrustadas con la parte puntiaguda en la pared de arena, mientras que la cara plana, canteada, da hacia el interior de la cámara. Grava y argamasa de arcilla rellenan los intersticios. La profundidad de la fosa está en buena parte supeditada a la intención de colocar las ménsulas de los techos dentro del estrato de arena consolidada con carbonatos (capa F). De esta manera se asegura la estabilidad de la construcción aligerando el peso del techado hecho de lajas monolíticas. La mayoría de camáras es cuadrangular (20 sobre un total de 34, incluyendo a los que tienen un ábside en la pared del fondo), pero las hay también poligonales (5), y ovaladas o circulares (9). De igual modo varían tamaños y sistemas de acceso. Algunas estructuras tienen puertas de acceso con vestíbulos externos, otras poseen vestíbulos con peldaños, otras, simples aperturas en los techos. La forma de estos últimos está condicionada por el tamaño de las estructuras y por el sistema de acceso. En las estructuras medianas cuyo ancho no sobrepasa a 1.30m el techo está soportado por una a dos vigas transversales de piedra. En las estructuras mayores, el techo conforma una falsa bóveda, o se convierte en una especie de sello monumental con las vigas dispuestas radialmente (Balbuena 1996; Cárdenas 1999:37, lams 29-32; Ramos de Cox 1972). Las 35 tumbas subterráneas excavadas hasta el presente contenían un número variado de individuos adultos y subadultos, entre 03 y no menos de 55 individuos (Gerdau Radonic 2001) en diferente estado de articulación y conservación. Makowski ha excavado 05 de estas estructuras con el fin de reunir evidencias para poder precisar el NMI y reconstruir el ritual funerario. El número de individuos sepultados fue estimado por Cárdenas, et al. (1999) a partir del número de cráneos registrados. En el caso de excavaciones de Makowski, Gerdau Radonic (2001; Radonic y Makowski 2011) ha realizado un análisis sistemático de la totalidad de restos óseos registrados en las cámaras del Sector Nor-Oeste, con el énfasis en la estructura EF-04 en el Sector Nor-Oeste. La metodología empleada fue la siguiente. Se ha dividido los restos óseos en dos grupos, adultos y sub-adultos. Con fines pragmáticos y sin pretensión de precisar la edad del deceso se ha considerado adultos a los individuos cuyas epífisis estuvieron fusionadas definitivamente con la excepción de la extremidad medial de la clavícula et de la cresta iliaca, cuya fusión se realiza a partir de 20 años para los dos sexos (Ferembach, et al. 1979:24-27) (Murail 1996:28). Para identificar a los individuos se ha seguido el procedimiento de Gallay, et al. (1984:doc. 154). Para obtener el NMI de recurrencia, les huesos pares fueron clasificados en los de la derecha y los de la izquierda y luego se ha contabilizado los osamentas enteros y sus fragmentos. Del cálculo se excluyen las falanges, las vértebras con la excepción del atlas y axis, y las costillas con la excepción de la primera. Luego se ha intentado identificar fragmentos procedentes del mismo hueso. El NMI equivale al número más alto de huesos pares, derechos o izquierdos. Finalmente se suma los números obtenidos para los individuos adultos y subadultos (Villena I Mota 1997:212). La comparación de los resultados obtenidos por Gerdau Radonic (2001) y por Cárdenas y Vivar (1999) sugiere que en algunos casos el número de individuos sepultados en una sola cámara pudo ser mayor de 55 e incluir un cierto número de entierros segundarios. Gerdau ha identificado durante la excavación de la cámara EF04 esqueletos parcialmente articulados de 19 individuos, incompletos en su mayoría. En el gabinete, en cambio, se ha registrado restos óseos de 35 individuos adultos y 20 sub-adultos de menos de 15 años de edad. Es un número considerablemente alto dado las dimensiones reducidas de la cámara que tenía solo 2,19 metros cuadrados. Es probable que la mayoría de cámaras excavadas por Ramos de Cox (1972) Cárdenas (1999) contenía un número similar de individuos sepultados entre entierros primarios y segundarios.

## 5. Comportamientos funerarios, ajuares y organización social.

En ambas fases el cuerpo del difunto fue preparado de manera similar antes de ser depositado en la cámara. En el caso de los entierros en pozo, el cuerpo fue acomodado, antes de que el rigor mortis lo imposibilite, en la posición sentada "embrional" con las piernas fuertemente encogidas hacia el torso y las manos cruzadas en el pecho, apoyadas sobre los hombros o levantadas contra la cara. Desafortunadamente ni las sogas que seguramente mantenían el cuerpo en esta posición ni los textiles de envoltorios se han conservado. No obstante, hay varios indicios de que una serie de envoltorios originalmente envolvía al individuo sepultado formando un fardo, Entre estos indicios hay que mencionar la posición del esqueleto cuando este se conservó en la posición original (Fig. 7 a), el desplazamiento direccional de restos óseos bajo presión de rellenos, las improntas de textiles en objetos de metal cerca del cuerpo, y la coloración de suelos alrededor de restos óseos. Una cámara de diámetro más reducida que el diámetro del pozo albergaba el fardo. Las cámaras estuvieron cavadas en el centro o contra la pared de cada pozo. En este último caso se formaba la traza de bota. El peldaño al fondo del pozo permitía bajar cómodamente el fardo hasta su ubicación final. En el caso de entierros múltiples el pozo suele tener forma tubular simple. En algunos casos de re-enterramientos, la forma original de cámara desaparecía a raíz de la remodelación del pozo con el fin de dar cabida a otro individuo.

Cabe resaltar que todos los individuos de ambos sexos y todos los grupos etarios, salvo escasos entierros atípicos e individuos menores de 1 año, estuvieron orientados hacia el Este, $\pm$ 20° con la preferencia hacia Nor-Este, es decir mirando hacia la cabecera del valle de Lurín en la sierra. En vista de cambios post-deposicionales en la posición del esqueleto, la desviación promedia del Este pudo ser incluso menor en comparación con la que se ha registrado durante la excavación. Los adornos, tocados, pectorales, collares, orejeras estuvieron puestos por lo general sobre el cuerpo. En algunos casos menos frecuentes se les encuentra dentro o encima de los envoltorios. Las ofrendas cerámicas, en cambio, suelen ubicarse frente al individuo y a sus lados al interior de la cámara.

Balbuena (1996) y Gerdau Radonic (2001) coinciden en señalar que los entierros primarios en las estructuras subterráneas tuvieron el tratamiento parecido a los entierros en pozo, a pesar de la apariencia que hizo pensar a Cárdenas (1999:35) que se trataba de entierros secundarios. Las investigadoras mencionadas han demostrado que las estructuras se construían un tiempo antes del primer entierro y se les dejaba sin techar hasta que los primeros cuerpos fuesen sepultados en su interior. Los cuerpos sentados sobre una esterilla o dentro de un cesto se depositaban espalda contra la pared de fondo. La posición del cuerpo no difería de la que caracterizaba a los entierros en pozo pero por razones objetivas de cambios post-deposicionales carecemos de evidencias firmes para reconstruir la orientación original del cuerpo en todos los casos. Las improntas del coxis, de la esterilla y de los pies dentro de la capa constituida por la argamasa de arcilla que cayó sobre el piso en el momento de techar la estructura ayudó a reconstruir la posición original de los primeros cuerpos cuando estos fueron depositados al fondo de la cámara. Estos por lo general se ubican sentados contra la pared del fondo, en el caso de cámaras de planta rectangular. Pasado un tiempo, la tumba recibía a nuevo grupo de cuerpos. Se reabría el techo o la puerta del acceso. En las estructuras amplias, los encargados del entierro desplazaban los esqueletos anteriormente depositados hacia los lados provocando su desarticulación parcial o completa. Cuando la tumba tenía dimensiones reducidas (vg. estructuras redondas) era necesario sacar las osamentas correspondientes a entierros anteriores, y volverlos a acomodarlos en

los espacios vacíos, luego de haber depositado a los nuevos ocupantes de la cámara. El acto de enterramiento podía realizarse con uno o varios fardos a la vez. El número de reaperturas es difícil de precisar pero por lo general superaba a 4 eventos consecutivos, como en la EF NE-03 (Balbuena 1996:121). La apariencia del osario es el resultado de la remoción intencional de esqueletos. Por ello, en las cámaras de poco uso, la mayoría de restos óseos queda articulada (Cárdenas 1981); mientras tanto en la cámaras amplias, como los EF--NE-1 y NE-2 (Balbuena 1996), que contenían los restos de más de 10 individuos, existen numerosas evidencias de reacomodo de partes de esqueleto, y de la destrucción de osamentas por causa de pisadas**.** Parte de entierros tuvo sin duda carácter segundario. Gerdau ha demostrado, que buena parte de los individuos estuvieron incompletos faltando sistemáticamente huesos del carpo, del tarso, y las vértebras. Por ejemplo, en la estructura NE- EF 1 el número mínimo de individuos adultos según el hueso frontal es de 30. No obstante, este número se reduce a 16 en base el cálculo de los huesos del carpo (el ganchoso). Las estimaciones del NMI son aún más bajas en esa estructura si se considera solo los huesos de la mano, del pie y las vértebras. Otro aspecto que llama la atención dentro de las cistas es que le hayan quitado algunos huesos a ciertos individuos sin que los cuerpos hayan sido cambiados de sitio y sin que la posición original del mismo haya sido afectada. Por ejemplo, el individuo X de EF 4 se halló en su posición original, con los brazos cruzados ante el pecho, piernas flexionadas a la rodilla, con un pie sobre el otro. A pesar del proceso de descomposición los huesos del pie se habían mantenido articulados. Sin embargo, cuando tan solo quedaban restos óseos, sin tejido blando, alguien se llevó la tibia y el peroné sin afectar la disposición y el grado de articulación de los demás huesos. Además, se conoce casos de piezas óseas humanas que han sido agregadas intencionalmente. En la cista NE-EF 04 algunos restos humanos desarticulados fueron depositados sobre un plato de alfarero en la entrada, sin duda cuando ésta se estaba clausurando.

La mayoría de cuerpos carecía de ofrendas acompañantes. Adornos, como elementos de tocado y placas de cobre dorado, collares de cuentas y piruros, agujas de hueso, tampoco fueron frecuentes. Hay premisas para pensar en rituales de ofrenda relacionados, por un lado, con la fundación, y por el otro, con la última sepultura. En la tumba EF NE-03 (Balbuena 1996) la ofrenda de fundación estaba constituida por un cráneo de venado y un par de antaras de terracota. Las ofrendas relacionadas con los individuos, cuyos cuerpos fueron depositados como últimos antes del cierre definitivo de la cámara, fueron documentadas en todas las estructuras excavadas por nosotros. Las ofrendas se componían de vasijas ceremoniales o utilitarias, vasijas-miniatura, a veces también porras, cuernos de venado o sus sustitutos en arcilla. En algunos casos otras actividades rituales han acompañado a la ceremonia durante la cual se rellenaba la fosa y se la cubría con un sello de lajas, de las cuales una, parada servía de marcador. Por ejemplo, en la tumba EF NE-06 un cántaro que contenía carne trozada de venado y de lobo marino había sido depositado dentro del relleno de la fosa, encima del techo. El cuadro que se está esbozando a partir del análisis de la variabilidad de ajuares y de la distribución de categorías de entierros en el espacio del cementerio parece corresponder a una sociedad cuya organización está cimentada por lazos de parentesco y por la consciencia de pertenecer a una solo etnia. No existen diferencias en estilo de ofrendas, ni de comportamientos funerarios entre una y otra agrupación de entierros, ni tampoco entre sectores diferentes del cementerio. La mayoría de entierros contiene cerámica en estilo Tablada cuyas características (mal cocción, permeabilidad, friabilidad) y falta de huellas de uso, salvo platos de alfarero, sugieren que fue confeccionada exclusivamente como ofrenda funeraria, por paleteado (beating) de una mezcla de arcillas locales

procedentes de la quebrada de Atocongo (Curay Rufasto ms). Ciertas pequeñas diferencias en los detalles de morfología y profundidad de cámaras, en los porcentajes de recurrencia algunas clases de objetos (vg. adornos de metal, cerámica traída del valle y exótica) se perciben comparando entre sí a las agrupaciones. Por estas razones, pensamos que el cementerio de Tablada puede ser entendido como un espacio ceremonial, en el que la unidad de un grupo étnico asentado en el valle bajo y medio se consolidaba mediante el esfuerzo mancomunado de producción de bienes funerarios y mediante la participación en los rituales de entierro. Cada comunidad territorial (sectores) y cada familia extensa (agrupación) tuvieron asignado su propio espacio.

Es significativo que las comunidades asentadas en el litoral y dedicadas a la pesca probablemente no tuvieron acceso al cementerio de Tablada de Lurín y se sepultaban cerca del lugar de residencia. Lo sugiere la existencia de áreas de entierros diseminadas en las laderas de la gran loma costera Lomo de Corvina que bordea la playa del Océano Pacífico, al oeste de las ruinas de Pachacamac: sitios Villa el Salvador, el Ferrocarril, el Panel (Stothert y Ravines 1977; Maguiña y Paredes 2009; Pechenkina y Delgado 2006). Estas áreas estuvieron en uso por lo menos parcialmente en el mismo tiempo que el cementerio de Tablada de Lurín, a juzgar por las características estilísticas de la cerámica asociada. No obstante, difieren de los entierros de Tablada en varios aspectos de comportamientos funerarios: profundidad y forma de la matriz, la orientación del cuerpo hacia el Oeste, tipo de sellos y marcadores. La ubicación de estas áreas al borde del mar y la presencia de productos marinos y artefactos relacionados con la pesca y marisqueo, que lucen por su ausencia en Tablada de Lurín, sugieren que las poblaciones que hicieron uso de las laderas de Lomo de Corvina para fines funerarios estuvieron asentados en el litoral y especializados en el manejo de recursos marinos.

Los datos a nuestra disposición sugieren, por ende, que en ambos casos analizados la pertenencia a un grupo territorial y de parentesco, equiparable en líneas generales con el ayllu de las fuentes coloniales (Isbell 1997), determinaba el lugar de sepultura. Sin embargo, ni los entierros en pozo, ni las cámaras subterráneas estaban fácilmente accesibles como las chullpas, y no hay evidencias de atenciones permanentes al muerto. Cuando el último individuo con el derecho de sepultura en el lugar quedaba depositado al interior de la cámara esta se sellaba definitivamente. Isbell (1997) consideraba que la construcción de las tumbas destinadas a entierros múltiples y dotadas de fácil acceso, gracias a su forma de mausoleo de plata rectangular o torre funeraria, son el únicos referentes materiales seguros de la existencia de organización social tipo "ayllu", comunidad territorial de parentesco, en la prehistoria de los Andes Centrales. No obstante, las evidencias aquí presentadas no lo confirman. Por lo contrario, las conclusiones a las que hemos llegado permiten comparar la situación observada en el valle de Lurín con otros casos, por ejemplo con las áreas funerarias excavadas por Tello (Tello y Mejia Xesspe 1979) en Paracas, famosas por el hallazgo de grandes fardos funerarios llenas de ofrendas textiles. La secuencia deposicional de estos fardos (Makowski 2000b; Peters 1997) hace recordar la situación de Tablada de Lurín. Los entierros humanos de Paracas son excepcionales a escala mundial por la conservación de los textiles, de la cestería y en general de todo el material orgánico. Gracias a estas circunstancias inusitadas, el arqueólogo tiene la oportunidad de evaluar cuán sesgada está su interpretación cuando en las tumbas excavadas solo encuentra cerámica o eventualmente objetos de metal, tal como ocurrió en Tablada. Es mérito de los estudiosos de la época inca llamar la atención del medio académico sobre el bien más preciado socialmente, más cargado de poder simbólico y más valorado de todos: la fina vestimenta ceremonial (Frame

2010a, b). Como bien lo ha observado Lechtman (1984) la mayor parte de la producción de metal comprende adornos para el atuendo y el tocado, además de orejeras y narigueras. Por consiguiente, los componentes del atuendo se constituyen en el grupo de artefactos que involucra los conocimientos técnicos más sofisticados de sus tiempos y la mayoría de materias primas importadas. La veracidad de estas apreciaciones se confirma plenamente en el caso de Paracas. En comparación con los textiles, las ofrendas de cerámica y metal (oro y cobre) son completamente insignificantes y marginales. Los fardos más espectaculares en cuanto a cantidad y calidad de telas bordadas, así como en la cantidad de tiempo social involucrado en la confección de todas las ofrendas, no se asocian a la cerámica ni a las piezas de metal. Las láminas de oro, muy escasas en Paracas, fueron encontradas por ejemplo en el fardo de un niño con pobres ofrendas de todo tipo.

En Paracas, la diferencia entre los entierros de los jefes y los demás difuntos se percibe en la manera cómo se preparó el fardo y cómo se depositaron en su interior las ofrendas textiles. El ritual de la preparación del cuerpo para el entierro fue posiblemente parecido al de Tablada. El cuerpo desnudo del difunto se acomodaba en la posición sentada «embrional», con las manos hacia la cara o hacia los hombros, antes del rigor mortis. Las sogas lo mantenían en esta posición. La ropa usada en vida por el difunto se plegaba y se acomodaba sobre el cuerpo desnudo. Luego venían los envoltorios de tela llana en una o varias capas y las ofrendas textiles que podían tener forma de retazos bordados, vestidos miniatura, vestidos de talla sobrenatural con bordados o no, y diferentes formas de tocados. Los difuntos de mayor estatus estaban sentados sobre un cesto recubierto de piel y en ese caso los envoltorios sumaban cientos e incluso miles de metros de tela llana. El fardo con el ajuar fue fácil de transportar gracias a los amarres y las costuras, que permitían enterrarlo y desenterrarlo con facilidad, lo que ocurría con cierta frecuencia. Algunos fardos de personajes importantes fueron desenterrados varias veces para vestirlos con nuevas capas de ofrendas textiles, compuestas esencialmente por mantos ceremoniales bordados de gran tamaño y complejidad iconográfica. En la preparación de ajuar textil participaban varios grupos sociales cuyas identidades se expresaban entre otros en el estilo de prenda textil ofrecida al muerto. Los individuos sepultados en los fardos de mayor tamaño recibían prendas textiles de varios estilos y sub-estilos, como Paracas (Paracas Cavernas), Topará (Paracas Necrópolis) de línea fina y de línea ancha, o Nazca Temprano (Paul 1990). Según Makowski (2000b) y (Peters 2010) los fardos se confeccionaban durante varios episodios ceremoniales. Los fardos estaban preparados para manipularlos, sepultarlos temporalmente en un lugar señalado por una alta caña con plumas atadas en el tope, y luego sacarlos. Durante la producción de prendas ofrendas y también a lo largo de la ceremonias se construía el retrato hablado del difunto, se consolidaban relaciones basadas en parentescos consanguíneos y rituales, se afirmaban eventualmente las lealtades políticas. La decoración de parte de las prendas textiles hechas *ex profeso* como parte del ajuar tuvo por finalidad propiciar la transfiguración del muerto en el ancestro dotado de poderes sobrenaturales y asegurar desde más allá su retribución recíproca en favor de sus familiares y linajes vasallos (Dwyer, et al. 1975; Makowski 2000a)

## 6. El problema de elites y el acceso a bienes suntuarios.

Los textiles no se conservaron en Tablada de Lurín pero los ajuares contienen a menudo objetos que tradicionalmente fueron considerados indicadores de estatus social elevado en arqueología andina (Carmichael 1995; Dillehay 1995): tocados, y armas de cobre dorado, adornos de sodalita, y *Spondylus princeps*, orejeras y láminas de oro, botellas escultóricas etc. Por otro lado, los análisis (Makowski y Castro de la Mata 2000) han demostrado el conocimiento de técnicas metalúrgicas sorprendentemente alto como para la época, incluyendo métodos de dorados por fusión y reducción, estos mismos que fueron usados por los metalurgistas moche de Loma Negra (Makowski, et al. 1996; Schorsch 1998). Consideramos que el seguimiento de la distribución de estos objetos en el cementerio es una de las maneras más precisas de definir el lugar de los individuos privilegiados dentro de la sociedad. La base de datos del proyecto, elaborada por Castro y Tomasto, permite crear una matriz escalonada de incidencia de elementos de ajuar en relación con el tipo de entierro, sexo y edad y posteriormente seguir la distribución espacial de categorías de entierros o de rasgos relevantes. Inicialmente (Makowski 2002, 2009b; Makowski, et al. 2001) hemos analizado una serie de 125 entierros individuales del sector SE con el sexo y la edad de cada individuos definidos de manera segura. En esta muestra 28% de entierros masculinos y 57% de entierros femeninos podría ser considerada como contextos "pobres" puesto que o carecían del todo de ofrendas o estas se limitaban a menos de 2 asociaciones incluyendo adornos: categorías A y B . Aproximadamente una tercera parte (38% de entierros masculinos y 27% de femeninos) contenía de 2 a 4 asociaciones: categoría C. Un grupo de contextos menor aún, 34% de masculinos y 16% de femeninos podrían ser eventualmente considerados como entierros de elite si no fuese por la distribución. Este último grupo de contextos funerarios (categoría D) se caracteriza por contener armas entre cabezas de porra y ganchos de estólica, aplicaciones de cobre dorado, platos hondos finos en estilo foráneo (Topará), adornos con sodalita, tocados complejos de metal. El número de objetos o rasgos (verbigracia: material orgánico quemado) asociados va de 4 a 22.

Significativamente, los individuos correspondientes a cada una de las cuatro categorías clasificatorias tan claramente diferenciadas, una de la otra, en cuanto a la complejidad del ajuar no fueron sepultados en espacios separados, como podría esperarse si se tratase de cuatro diferentes estratos sociales. Todo lo contrario. Cada uno de los núcleos correspondientes al lugar de entierro de los miembros de una familia extendida, según la interpretación muy verosímil, contiene indistintamente a los contextos funerarios de cada una de las cuatro categorías, dispuestos unos a lado de otros y en proporciones parecidas de un núcleo a otro. Estas proporciones son cercanas a los promedios que hemos presentado arriba. Los entierros de la categoría D tienden a concentrarse en la parte media de cada núcleo. Sorprendentemente encontramos también un número considerable de adornos de cobre dorado, sodalita y *Spondylus sp*. en los entierros con ajuares limitados de categoría B y en los entierros de edad perinatal, así como de niños (Tomasto 1998). Ello parece indicar que la distribución de objetos, posibles indicadores de rango y estatus social, ha sido uniforme entre las unidades de parentesco y las eventuales desigualdades en el tratamiento funerario se manifestaban a dentro del grupo.

Luego de este análisis preliminar, Tomasto (Makowski y Tomasto 2001; Tomasto 1998; Tomasto, et al. ms) analizó la totalidad de la muestra proveniente de la Unidad A del Sector SE (plano, Fig. 3). En esta unidad de 1805 $m^2$, que se ubica en la parte más alta del tablazo, se ha excavado casi en su totalidad una de las agrupaciones de núcleos de entier-

ros en pozo que forman anillos alrededor de espacios vacíos, o destinados exclusivamente a ofrendas y entierros atípicos. Otras dos posibles agrupaciones anulares colindantes con la primera se han excavado parcialmente (plano, Fig. 3)[3]. El total de individuos exhumados en la unidad A del Sector SE es de 576. En el análisis se ha tomado en cuenta solamente los 321 casos de entierros individuales (*cf infra*). La tabla de vida (Tabla 1), elaborada a partir de esta serie por Tomasto (1998); (Tomasto y Makowski, ms) presenta valores esperables para una sociedad pre-industrial, con una mortalidad infantil alta que declina de manera continua hasta alcanzar el punto más bajo en el rango de 10 a 14 años, y una proporción de los sexos al nacer de 0.8 niños por cada niña [compárese con (Weiss, et al. 1973:MT 15.10-40.10)]. Esto es un buen indicador de la representatividad de la muestra, pues significa que ésta no tiene sesgos importantes, que pueden existir en poblaciones arqueológicas debido a prácticas culturales o problemas de conservación (Ubelaker 1989b).

El estado de conservación de los esqueletos que componen esta muestra es variable. Hay unos pocos casos en los que el grado de conservación es muy bueno. La gran mayoría de esqueletos, sin embargo, han sido afectados en mayor o menor grado por la alta humedad del sitio y las características del suelo.

El sexo de los adultos se determinó en la mayoría de los casos mediante el examen de la morfología del pubis (Phenice 2005). Cuando la conservación de este hueso no era buena se examinó otros rasgos de la pelvis o del cráneo (Bass 1971; Ubelaker 1989b), o se tomó en cuenta la contextura robusta o grácil del individuo. En este último caso el sexo estimado es sólo "probable". La edad de los niños se estimó mediante el grado de calcificación de los dientes (Smith 1991:Fig. 71; Ubelaker 1989a) y la fusión de las apófisis del occipital y segmentos del atlas y axis (Angel, et al. 1986; Krogman, et al. 1986). En el caso de niños muy pequeños se utilizó el método de Fazekas y Kosa (Kosa 1989). La edad de los individuos juveniles se estimó mediante el grado de fusión de centros secundarios de osificación, de acuerdo a los estudios de McKern, et al. (1957) y Webb, et al. (1985). En el caso de los adultos se observaron los cambios en la sínfisis púbica (Brooks, et al. 1990; Suchey, et al. 1986) y en los bordes esternales de las costillas (Krogman y Iscan 1986), así como la obliteración de las suturas craneales (Meindl, et al. 1985). Como complemento de estos métodos se observaron también los cambios degenerativos y el grado de desgaste de los molares.

A partir de estos criterios Tomasto (Tomasto y Makowski, ms) ha clasificado la muestra de niños en cinco grupos de edad a los que se han denominado "rangos". El primero de ellos (Rango 0), corresponde a individuos que no concluyeron su período de vida intrauterina; los siguientes tres rangos (1, 2 y 3) comprenden a niños de las infancias primera, segunda y tercera; el último rango (4) agrupa a individuos mayores de 12 años y menores de 15.

Uno de los límites más difíciles de establecer es el final de la tercera infancia, que es al mismo tiempo el final de la niñez. Biológicamente este límite cae alrededor de los 12 años, pero hay mucha variabilidad a nivel cultural. El Rango 4 ha sido creado con la intención de captar este límite final, en términos culturales, de la niñez en Tablada de Lurín. Los integrantes de este rango serían púberes en términos biológicos y si es que la pubertad era considerada el inicio de la edad adulta en Tablada, deberíamos encontrar cambios en el tratamiento funerario de los individuos de este rango. La muestra de adultos, por otra parte ha sido dividida por Tomasto (Tomasto y Makowski, ms) en 5 rangos más: rango 5:

[3] Si bien existe una superposición parcial de tres agrupaciones anulares, la distancia temporal entre una y otra no debe ser muy grande, puesto que, por una parte, todas las bocas de las estructuras se encuentran en un mismo nivel estratigráfico, y por otra, la uniformidad del material asociado no justifica una subdivisión temporal.

15 a 19 años; rango 6: 20 a 29 años; rango 7: 30 a 39 años; rango 8: 40 a 49 años; y rango 9: más de 50 años. El propósito de la clasificación en rangos etarios ha sido el averiguar si las diferencias de tratamiento, y en el particular, la variabilidad del ajuar, tienen que ver con edades al morir, posteriores a episodios socialmente significativos en la vida del individuo, como el nacimiento, los primeros pasos, el destete, el inicio de la pubertad, etc. Estos episodios tienen una base biológica[4] pero su importancia e interpretación son fenómenos por supuesto esencialmente culturales.

Al constituir la base de datos se ha podido comprobar que la posición y la disposición del cuerpo, el grado de articulación del individuo, la forma y orientación de la estructura funeraria, y el número de individuos por estructura utilizados por arqueólogos con la finalidad de establecer regularidades en los comportamientos funerarios (Binford 1971; Goldstein 1981; Pader 1982) no varían en el caso del cementerio de Tablada de Lurín, de un rango etario al otro y tampoco en relación con el sexo del individuo. Tomasto (1998:Gráficos 8, 9, 12) ha demostrado que el repertorio, la calidad, y la distribución de las asociaciones en el espacio de la cámara varían de manera sensible cuando se compara los entierros de niños y de adultos. En el análisis se ha tomado en cuenta solamente los contextos funerarios individuales, puesto que en este tipo de contexto no hay duda sobre la intención de asignarle a un determinado individuo un determinado conjunto de objetos. De esta manera la muestra utilizada para la investigación se limitó a 321 contextos funerarios individuales excavados por el PATL-PUC entre 1991 y 1998 en el sector SE-A. Esta muestra se compone de 204 niños y 117 adultos[5].

Para poder entender la forma en que se distribuyen los diversos tipos de asociaciones en relación a individuos de diferente sexo y edad recurrimos al uso de matrices de incidencia escalonadas, empleando el método propuesto por (Fernández de la Vega 1977). Una vez ordenadas las matrices con este método acomodamos algunas filas y columnas, obteniendo de esta manera grupos de individuos bien diferenciados en relación a su ajuar funerario. Este escalamiento se hizo considerando sólo la presencia o ausencia de asociaciones dentro de la cámara funeraria. Las asociaciones que no se encontraban dentro de la cámara, sino en el sello de la misma, en el relleno, o en la boca del pozo, se analizaron posteriormente en relación a los grupos identificados y al sexo y edad de los individuos (Tomasto 1998; Tomasto, et al. 2000).

Las asociaciones halladas al interior de las cámaras funerarias se agruparon en varias categorías: ornamentación,[6] ofrendas alimenticias,[7] platos de estilo Topará (Carrillo 2009;

[4] En la literatura médica (Miroli 1987; Merlo 1987) la infancia se suele dividir en tres etapas: la primera infancia, la segunda y la tercera. La primera infancia transcurre aproximadamente durante el primer año después del nacimiento y es una etapa de cambios acelerados que culminan con los primeros pasos y las primeras palabras del niño. Comprende la etapa sensorial-motriz definida por Piaget (1986). La segunda infancia transcurre entre los dos y seis o siete años y corresponde a la etapa pre-operacional de Piaget (op. cit.). Finalmente, la tercera infancia se prolonga hasta los once o doce años, abarcando lo que Piaget (op. cit.) llama la etapa de las operaciones concretas. Esta última fase de la infancia termina al iniciarse la pubertad, fenómeno que podemos marcar alrededor de los doce años.

[5] 44 adultos de sexo femenino, 10 de probable sexo femenino, 59 de sexo masculino, 2 de probable sexo masculino y 2 de sexo no determinable.

[6] Collares, pulseras, aretes, agrupaciones (conjuntos de cuentas de diferentes formas y materiales que se hallaron junto o cerca del individuo) y láminas de metal y cuentas de otros materiales cuya función no fue posible determinar

[7] Moluscos marinos (*Choromytilus chorus*, *Aulacomya ater* y *Mesodesma donacium*) y terrestres (*Scutalus sp.*), animales pequeños como aves y roedores (*Cavia sp.* y Cricetidae sp. (?)) y restos de alimentos menos frecuentes como huevos y huesos de camélido. También se incluyen vasijas que probablemente contuvieron alimentos, como ollas, cántaros y botellas.

Wallace 1985), miniaturas, instrumentos relacionados a la textilería,[8] elementos relacionados al trabajo de pieles,[9] instrumentos musicales,[10] instrumentos relacionados al uso de alucinógenos,[11] armas,[12] vasijas figurativas, ornamentos especiales,[13] cráneos y cornamentas de cérvido, elementos exclusivos de las mujeres,[14] y elementos exclusivos de los niños[15]. Estas categorías nos han permitido identificar grupos de individuos.

Algunos objetos no pudieron ser clasificados en ninguna de estas categorías por ser únicos o poco frecuentes[16]. Estos objetos se relacionan a los contextos con mayor número de asociaciones, siendo más frecuentes entre los adultos de sexo masculino. Por otra parte, varias categorías (armas, instrumentos de textilería, peletería, musicales y relacionados al uso de alucinógenos, así como, vasijas figurativas, ornamentos especiales y cráneos y cornamentas de cérvido) son exclusivas de los adultos de sexo masculino. Algunos objetos de estas categorías pueden aparecer también en entierros de niños.

Finalmente, cabe señalar que la mayor parte de objetos de las categorías "ornamentación y ofrendas alimenticias" son muy frecuentes y se asocian tanto a hombres como a mujeres y niños, razón por la cual Tomasto (1998) las denominó "asociaciones comunes". Estas asociaciones conformarían una especie de "ajuar básico" en los entierros en pozo de Tablada de Lurín (Tomasto y Castro de la Mata 2000).

El análisis de conglomerados realizado a partir de la matriz de asociaciones en los entierros individuales de adultos sepultados en el área del Sector Sur-Este, Unidad A, ha generado varios subgrupos dentro de una subdivisión general de todos los contextos en dos grupos con las características siguientes:

Grupo A:

El grupo está conformado por entierros de 45 adultos, de los cuales 16 carecían asociaciones dentro de la cámara funeraria, 13 sólo tenían adornos y en 16 casos se encontraron ofrendas alimenticias, o adornos y ofrendas alimenticias. El número de asociaciones por individuo en este grupo va de 0 a 3, con un promedio de 1.7 asociaciones por individuo en los dos últimos subgrupos.

---

[8] Instrumentos trabajados en metapodios de camélidos, conocidos actualmente como "wichuñas" o "alwiñas", los cuales se emplean en el telar, así como diversos tipos de agujas.

[9] Escápulas trabajadas de camélidos, minerales como limonita y hematita, restos de ceniza y alisadores rectangulares de piedra, objetos que según Lavallée (1995) podrían estar relacionados al trabajo de pieles. Los instrumentos elaborados sobre escápulas de camélido hallados en Telarmachay son muy parecidos a los de Tablada. Si bien las piezas de Tablada no han sido sometidas a un análisis traceológico, el filo liso y la concavidad en la parte media son muy similares. De otro lado, de 43 contextos funerarios con escápulas trabajadas excavados en Tablada, 13 tenían también limonita, 5 tenían limonita y ceniza, 3 tenían hematita y uno plaquetas de piedra similares a los que describe Lavalée (1995: 258, 262).

[10] Quenas de hueso de ave, generalmente cóndor (Cecilia rodríguez, com. pers.) y antaras de cerámica.

[11] Tabletas de rapé, cucharetas (Elera 1994), caleros y tubos.

[12] Cabezas de porra, ganchos de estólica y puntas de proyectil.

[13] Ornamentos muy elaborados que sólo aparecen asociados a adultos de sexo masculino en contextos con muchas asociaciones. Son diademas, orejeras, narigueras, etc.

[14] Botellas frejoloides y platos de alfarero (Cárdenas 1981, 1986, 1999; Castro de la Mata 1996, Makowski 1996).

[15] Figurinas y silbatos de cerámica, los cuales podrían intepretarse como juguetes (Tomasto 1998).

[16] Piruros, pedazos de arcilla cruda, vasijas de formas únicas, artefactos de hueso de función no determinada (espátulas sin mango, objetos planos de forma rectangular y otros, algunos de los cuales pueden estar ligados a la textilería), dientes y garras de animales, morteros y manos de moler, hachuelas de piedra, minerales como oropimente y galena, guijarros y espejos de antracita.

Grupo B:

El grupo está conformado por 72 casos de entierros de adultos con ajuares que tienen amplio repertorio de asociaciones, además de adornos y ofrendas alimenticias, como las del grupo "A". El número de asociaciones por individuo en el Grupo B de los adultos va de 1 a 72, con un promedio de 8.5 asociaciones por individuo. Las características de las asociaciones permiten distinguir dentro del grupo tres conjuntos de entierros de mujeres, y cuatro de hombres.

En el primer subconjunto del grupo B se agrupan 11 entierros de mujeres en cuyos ajuares se encuentran ofrendas y objetos típicos para los contextos femeninos: botellas cantimploras, llamadas también "frejoloides", y los implementos de alfarería, como platos de alfarero con el característico desgaste, pulidores, alisadores, desbastadores de concha, bolas de arcilla. El segundo subgrupo compuesto por 10 entierros de mujeres (10 casos) se caracteriza por la presencia de los platos de estilo Topará que se agregan a las asociaciones típicas para el subconjunto anterior. Finalmente en el tercer subgrupo (4 casos) hallamos, además de los objetos mencionados, platos en miniatura asociados por lo general a valvas de *Choromytylus chorus* y *Mesodesma donacium*.

El primer subgrupo de entierros de hombres (19 casos), se define por la presencia de instrumentos musicales, instrumentos textiles y/o instrumentos relacionados al trabajo de pieles. En el segundo subgrupo (12 casos), encontramos además de lo anterior, artefactos relacionados con el uso de alucinógenos (tubos y espátulas), garras y/o dientes de carnívoros o aves de rapiña, y armas. En el tercer subgrupo (6 casos) se añaden cabezas de cérvido y las armas se vuelven más frecuentes, en tanto que el último subgrupo (10 casos) se define por la presencia de adornos especiales. Los platos de estilo Topará pueden aparecer en cualquiera de estos subgrupos. Por otra parte, en todos los subgrupos con las excepción de primero aparecen objetos singulares, únicos en toda la muestra (cf supra).

A diferencia de niños, todas las asociaciones de adultos se presentan dentro de la cámara funeraria. Las dos únicas excepciones corresponden a mujeres de 15 a 20 años de edad.

La comparación entre los dos grupos, A y B, lleva a conclusiones sumamente interesantes. En primera instancia sólo en el grupo B, que agrupa 60% de entierros de adultos se perciben con claridad las diferencias de composición de ajuar entre ambos sexos. Estas diferencias parecen remitir a roles simbólicos y/o reales que se les suele asignar. Los objetos masculinos se relacionan con la guerra, la caza, los rituales con el acompañamiento de música y la ingesta de alucinógenos. Hay también instrumentos para tejer y procesar pieles. En cambio los entierros de mujeres contienen objetos relacionados con su papel como alfareras, y nunca se les ofrece instrumentos musicales.

El número y la calidad de ofrendas sugieren que los individuos del grupo A gozaron definitivamente de menor prestigio que los del grupo B. No se trata, sin embargo de dos estratos, superior e inferior, como podría pensarse. Los entierros menos complejos en cuanto asociaciones (Grupo A) son minoritarios en la muestra, contrariamente a lo que se podría esperar de los contextos funerarios pertenecientes a los representantes del estrato social menos favorecido. Tampoco se percibe diferencias en cuanto al lugar y forma de entierro así como tratamiento del cuerpo. Todo lo contario, los individuos correspondientes a ambos grupos reciben la misma atención y comparten espacios funerarios probablemente usados por familias extensas. No solo los entierros con ajuares simples (A) y complejos (B) colindan dentro del mismo núcleo, lado a lado, sino a veces uno se sobrepone al otro y las bocas de los pozos comparten el mismo sello. No se percibe correlación directa entre la edad y la complejidad del ajuar. De hecho, en la muestra estudiada, un número mayor de individuos

jóvenes (R5: 15-19 años) y de edad avanzada (R8 y 9: más de 40 años) fueron sepultados con los ajuares simples (Grupo A: 40%) que con los ajuares complejos (Grupo B: 21%) como lo demuestra la comparación entre los gráficos I (grupo A) y II (Grupo B). Esta distribución sugiere que el tratamiento relativamente privilegiado recibían en Tablada de Lurín los individuos de ambos sexos que fallecieron en plena edad reproductiva. El carácter de las ofrendas y asociaciones especiales que hacen la diferencia entre los individuos de los grupos A y B sugiere que este tratamiento privilegiado ponía énfasis en el recuerdo de su papel como jefes de familia y como integrantes de linajes que cultivaban ciertas especialidades.

Gráficos I (Grupo A) y II (Grupo B; dib. E. Tomasto)

El análisis de conglomerados a partir de la matriz de incidencia de entierros de niños confirma en buena parte las conclusiones que se han expuesto arriba en cuanto a los adultos. En este caso se observan también dos grandes grupos compuestos a su vez por subgrupos:

Grupo A:

Conformado por 170 entierros de niños, de los cuales 72 no tenían asociaciones dentro de la cámara funeraria. Los ajuares restantes comprendían sólo adornos en 42 casos, y ofrendas alimenticias y adornos o sólo ofrendas alimenticias en 56 casos. El número de asociaciones por individuo en este grupo va de 0 a 10, con un promedio de 2 asociaciones por individuo en los dos últimos subgrupos.

Grupo B:

Compuesto por 34 entierros de niños, cuyos ajuares contenían no solo adornos y ofrendas alimenticias sino también otros tipos de asociaciones y artefactos. Los objetos que permitieron la definición de subgrupos fueron las asociaciones que se encuentran exclusivamente en los entierros de las mujeres (7 casos), platos de estilo Topará (4 casos), asociaciones exclusivas de los niños y vasijas-miniatura (5 casos), y asociaciones exclusivas del sexo masculino, como instrumentos musicales, agujas, limonita y ornamentos especiales (18 casos). El número de objetos por individuo el grupo B va de 1 a 13, con un promedio de 5 asociaciones por individuo.

Los grupos A y B están compuestos por niños de todas las edades, pero con un mayor porcentaje de niños menores de un año en el grupo A, como puede verse en los Gráficos III y IV. la variabilidad de asociaciones aumenta gradualmente con la edad. A los ornamentos que son recurrentes en todos los rangos etarios de subadultos se agregan respectivamente en el caso del grupo B:

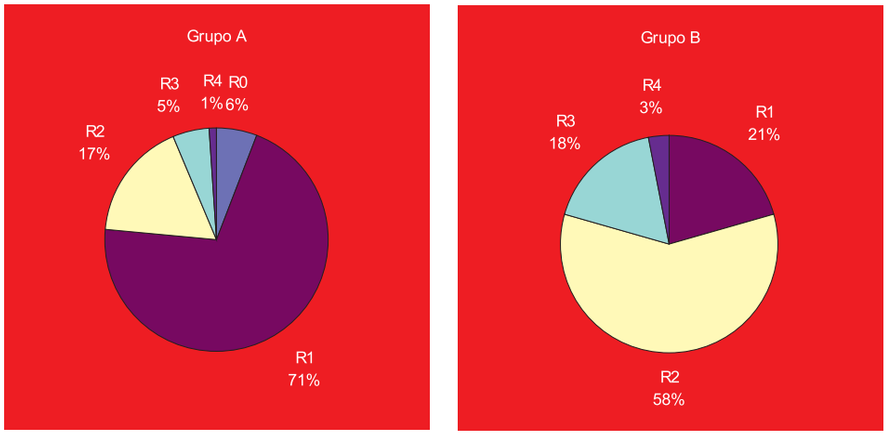
Rango (1): Objetos exclusivos a los entierros de adultos femeninos

Rango (2): Objetos femeninos, objetos exclusivos para entierros infantiles y cuencos--platos Topará

Rango (3): Objetos femeninos, objetos infantiles y miniaturas

Rango (4): Objetos infantiles, platos Topará y asociaciones exclusivas para entierros de adultos masculinos.

Los platos de estilo Topará y las asociaciones exclusivas del sexo femenino son particularmente recurrentes. Pareciera que hay diferencias notables en el uso como ofrenda funeraria de artefactos relacionados respectivamente con el género masculino y con el género femenino. Solo algunos subadultos entre 12 y 15 años recibían objetos que se solían depositar en los entierros de adultos. En cambio los artefactos exclusivos para entierros de mujeres adultas aparecen sin distinción en los ajuares de todos los rangos etarios de subadultos.




Gráficos III y IV

En cuanto a las asociaciones exteriores a las cámaras funerarias, si bien no se observa un patrón de distribución claro, son más recurrentes entre los individuos menores de un año y entre los de 12 a 15 años. Por otra parte, hay 4 individuos cuyas únicas asociaciones se encuentran fuera de la cámara funeraria, y todos ellos son menores de un año. Finalmente, los elementos exclusivos del sexo masculino hallados en los sellos de las cámaras se asocian sólo a niños menores de un año.

Resulta evidente que los niños y los adultos fueron tratados durante los ritos funerarios de manera muy similar: entre los niños existen los mismos grupos y subgrupos que entre los adultos (Tomasto 1998). La similitud es más clara en el grupo A, pues encontramos niños y adultos sin asociaciones, o solamente con un ajuar básico de asociaciones comunes *(cf. supra)*.

En el caso del grupo B el subgrupo de ajuares de niños definido por elementos exclusivos del sexo femenino tiene su contraparte en un subgrupo de entierros de mujeres. Otro subgrupo de entierros de niños con los platos miniatura o con los platos Topará puede compararse con los contextos funerarios con esos mismos platos asociados a los individuos femeninos. Asimismo el subgrupo de niños definido por elementos exclusivos del sexo masculino tiene su contraparte en el grupo B de los hombres. Si bien en el caso de los niños el repertorio de asociaciones es más limitado[17], se han encontrado algunos ajuares sorpren-

[17] No hay ni un solo caso de instrumentos relacionados con el uso de alucinógenos, escápulas trabajadas, cornamentas de venado, ganchos de estólica, orejeras, narigueras ni hachuelas, asociados a niños.

dentemente complejos y parecidos en cuanto al repertorio de ofrendas a más ricos ajuares masculinos (Tomasto 1998). De esta manera, hay 5 niños que, además de adornos y alimentos fueron sepultados con herramientas para textileria y peletería así como instrumentos musicales; hay asimismo 8 niños enterrados con garras o dientes de animales o armas, 2 niños que, si bien no tienen cornamentas de cérvido, están asociados a representaciones en cerámica de estos animales[18]; y 3 niños con ornamentos especiales.

Podemos concluir entonces que las mismas reglas de tratamiento ritual se aplican a los niños y a los adultos muertos. Sin embargo, existen también ciertas diferencias en la manera como el rito funerario se realiza en ambos casos: las proporciones de cada grupo de asociaciones en relación al total de individuos (Gráfico V), la exclusividad de algunos elementos para los niños y la exclusividad de algunos elementos para los adultos de sexo masculino (Tomasto 1998).

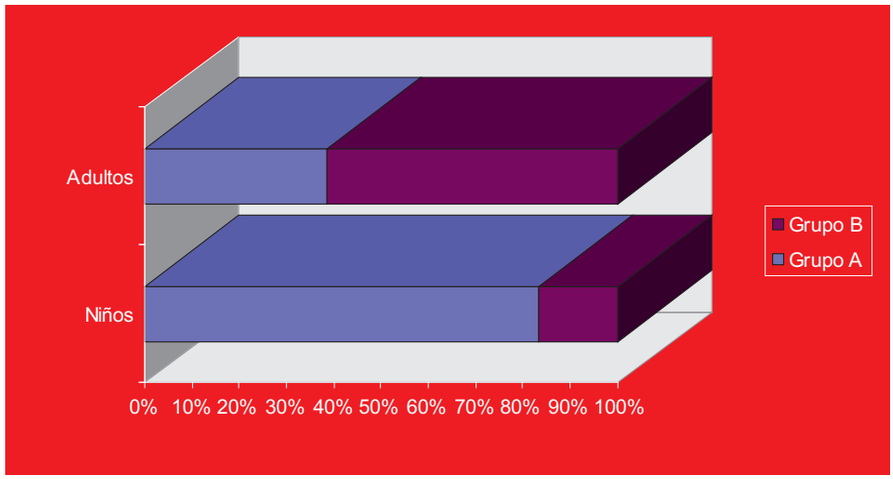



Gráfico V

No obstante, estas diferencias tienen que ver más con la gradual maduración de los individuos que con su status social. El primer punto está relacionado esencialmente con una práctica ritual significativa: la mayor parte de los niños menores de un año (Rango 1) carecen de ofrendas, o tienen solamente asociaciones comunes (Grupo A) *(cf. supra).* A partir del segundo año de vida encontramos que la proporción de los grupos A y B en relación al total de niños es similar a la de los adultos (Gráfico VI). Respecto a la exclusividad de algunos objetos para los adultos de sexo masculino o para los niños, nuevamente estamos ante una diferencia que tiene que ver con la gradual maduración de los individuos y no con su status: si los niños analizados (o por lo menos algunos de ellos) hubieran vivido el tiempo suficiente, seguramente en lugar de silbatos y figurinas hubieran tenido en su ajuar escápulas, hachuelas, etc., dado que se trata de objetos relacionados con la condición de adulto masculino y sus roles de guerrero, agricultor, cazador y posiblemente también participante de ritos extáticos que implicaban el consumo de alucinógenos (Tomasto y Makowski, ms).

[18] Curiosamente no hemos hallado este tipo de representaciones asociadas a adultos en nuestras excavaciones. Aparentemente Cárdenas (1999: 92) tampoco.

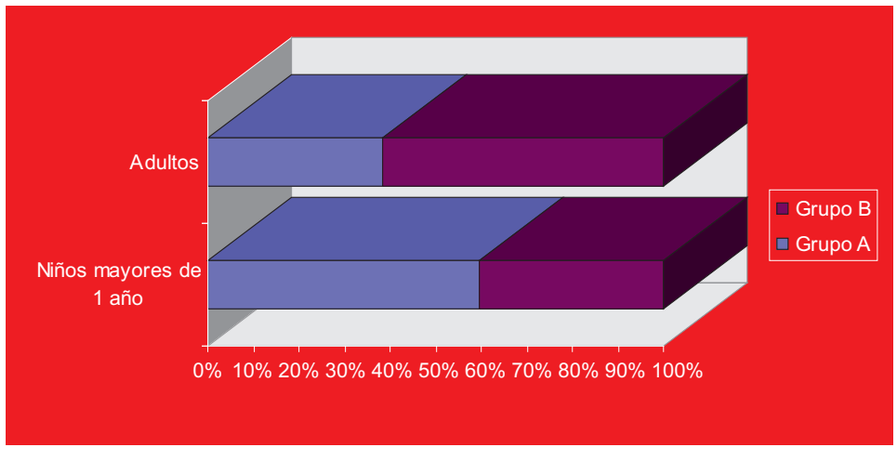



Gráfico VI

En conclusión, las mismas reglas rituales, incluyendo a asociaciones de objetos que remiten de manera directa o simbólica a funciones sociales concretas, se aplicaban en las ceremonias de entierro de niños y adultos. Los grupos de conglomerados dentro de la matriz seriada parecen ser reflejo de un sistema de clasificación de individuos según sexo que se aplica sin excepciones significantes a todos los grupos de edad. Por consiguiente, es muy probable que este sistema un rango estuvo adscrito a todos los integrantes del parentesco, quizás en relación con el orden de nacimiento (primogénito, segundo hijo/hija). El bajo estatus en adultos (categoría A) podría relacionarse, por ejemplo, con la falta de progenitura o la perdida de todos los hijos (Makowski 2009b; Tomasto y Krzysztof ms).

El nacimiento de la sociedad guerrera inmersa en una violencia institucionalizada en la costa central del Perú no parece entonces relacionarse con el aumento dramático de distancia social entre los dirigentes y el resto de la sociedad, y con la sustitución de relaciones sociales basados en el parentesco, por los que se desprenden del estatus económico del individuo y su familia. Lo confirman también las investigaciones de Castro de la Mata (2005) sobre los objetos de metal en 276 contextos que contenían en total 335 individuos. En la población estudiada, 46 contextos con 47 individuos contenían objetos metálicos, lo que constituye 14% de la población estudiada. En esta muestra, los individuos masculinos fueron sepultados con narigueras, orejeras, diademas, coronas, bandas y pluma, cabezas de porra, anzuelos, y ganchos de estólica (*atlatl*) de metal, por lo general cobre o cobre dorado. Para los entierros femeninos fueron exclusivos prendedores-*tupus* y alfileres. No obstante se podía encontrar en ellos también aretes, collares, agrupaciones de recortes de placas y artefactos. Contrariamente a lo esperado, los hallazgos de metal fueron recurrentes en los entierros de niños de todos los grupos etarios. Los objetos de metal podían asimismo constituirse en la única ofrenda en los ajuares de grupo A de niños y adultos. Por ejemplo, los aretes hechos de retazos de láminas fueron particularmente recurrentes en los ajuares de mujeres y de niños.

## 7. Cerámica, estilo, tecnología, identidades de productores y usuarios

Como se ha visto anteriormente, la cerámica encontrada en el cementerio de Tablada de Lurín es relativamente uniforme desde el punto de variabilidad estilística. El estilo predominante numéricamente no ha recibido aún el nombre propio en la literatura del tema a pesar de que se trata de una tradición alfarera sumamente original. El autor considera justo proponer que este estilo lleve el nombre del sitio, en el que fue hallado por primera vez por Ramos de Cox (1972: el estilo "Tablada"). La totalidad de vasijas en este estilo fue elaborada de una mezcla de arcillas locales (alfar 1) y con procedimientos sumamente característicos, que lo diferencian de otros dos grupos tecnológicos, los alfares 2 y 3. El alfar n° 1 se caracteriza por su pasta de textura granular, semicompacta, con abundantes inclusiones de cuarzo de tamaño grueso (1/2-1 mm.). La atmósfera de cocción es oxidante en cámara posiblemente abierta, y en bajas temperaturas, a juzgar por manchas de cocción, baja dureza y friabilidad. El acabado predominante es el bruñido, efectuado con cantos rodados cuando la pasta se encontraba en estado "cuero". El color de la superficie se caracterísa por tonalidades rojas oscuras y marrones. Todas las categorías formales están presentes en este alfar: ollas, cántaros, botellas, cuencos y platos; sin embargo son más abundantes las formas cerradas. Las piezas con huellas de uso según el análisis de Iván Amaro Bullon (ms) y Curay Rufasto (ms) son escasas y se registran sólo en algunas ollas y platos, en particular en los platos de alfarero. Con la excepción de cuencos, platos, instrumentos musicales (tambores y antaras), y miniaturas, las demás formas fueron construidas con el uso de la técnica de paleteado en su modalidad de beating (Rice 2005:84-85; Rye 1977, 1981). Es una técnica particular que implica el uso simultáneo de una piedra como una especie de yunque sostenido en la parte interna del recipiente en formación y de la mano que remplaza a la paleta de madera. El paleteado como técnica de construcción es muy difundido entre los alfareros artesanales de los Andes Centrales aún hoy (Ramón Joffré 1999, 2011; Ravines, et al. 1989; Shimada 1994) El uso generalizado de la técnica en cuestión fue detectada en primera instancia mediante el análisis sistemático de las superficies externas y –en algunos casos – internas de las vasijas. Esto último fue posible gracias a que muchas vasijas se encontraban fragmentadas por la presión ejercida por el relleno. Todas las piezas presentaban una serie de características comunes. Las paredes de los ceramios eran diagnósticamente delgadas (3-4 mm) y compactas, lo que le otorgaba a los especímenes solidez pero a la vez fragilidad. La superficie interior era regular y homogénea, sin mostrar indicios de haber sido alisada. Por su parte, la superficie exterior presentaba "facetas" planas consecutivas y paralelas disimuladas a lo largo de todo el cuerpo, que se aprecian cuando uno observa detenidamente el perfil de los ceramios. Finalmente –y con excepción de las botellas– los cuellos fueron continuos al cuerpo. Las botellas, por poseer apertura muy restringida, presentan cuellos agregados. Todas las características macroscópicas enumeradas muestran similitud con los ceramios paleteados de la costa norte del Perú. La única diferencia la constituye el hecho de que la superficie interior de los ceramios norteños no sólo es regular y homogénea, sino que presenta las improntas del yunque utilizado. No obstante, el término "paleteado" (*paddling* o *beating*) no sólo se refiere a la técnica que utiliza una paleta y un yunque para golpear repetida y rítmicamente la vasija, con el fin de dotarle de forma y prestarle solidez; el término agrupa a todas aquellas técnicas de manufactura que utilizan el principio de golpear repetidamente la pasta para elaborar la vasija, sin importar la forma ni materiales del objeto que golpea, ni la existencia, forma ni materiales del yunque. En el caso de la cerámica de Tablada, las facetas planas en la superficie de algunos ceramios

indican la existencia de un artefacto percutor, mientras que las depresiones en algunos de los especímenes sugieren que podría tratarse de un canto rodado. De otro lado, la homogeneidad de la superficie interna y las manchas oscuras en las radiografías indican que durante la elaboración se utilizó un soporte interno, si bien la ausencia de improntas impide identificar su naturaleza. La superficie interior no presenta indicios de alisado, por lo que es posible que el soporte en cuestión simplemente no dejara huellas. De ser así, es probable que se haya utilizado la palma de la mano desnuda o cubierta con algún material (cuero, por ejemplo).

La validez de los resultados del análisis macroscópico fue luego confirmada por el examen de radiografías de la serie representativa para todo el repertorio de ollas, cántaros y botellas. El método para la identificación de técnicas de manufactura propuesto por Rye (1977) [véase para el área andina también (Carmichael 1986, 1994; Digby 1976; Donnan 1965; Purin 1983, 1985)], consiste en observar en las placas de rayos-x la orientación y distribución de las inclusiones en las paredes del ceramio. El principio básico radica en que cada técnica de manufactura ejerce diferente presión sobre la arcilla al elaborar la vasija, provocando que las inclusiones se orienten de acuerdo a la dirección de la presión. Esta distribución reflejaría la técnica empleada. Aparentemente, este método es bastante sencillo pero no siempre resulta así; depende mucho de la cantidad de técnicas de formación utilizadas (por lo general se utiliza más de una, agrupadas en técnicas primarias y secundarias), y de las clases, tamaño y cantidad de las inclusiones contenidas en la pasta. Mayor tamaño y menor cantidad de inclusiones es lo deseable para identificar sin dificultad la orientación. En las radiografías de la cerámica de Tablada, las inclusiones tendían a agruparse en conjuntos circulares que coincidían con unas manchas oscuras visibles en las placas. Además, si se miraba con un lente de aumento se observaba que alrededor de algunas inclusiones se formaban grietas en forma de "estrella". Esta distribución es característica de las vasijas elaboradas por paleteado.

Si bien es predominante la presencia de paleteado en la cerámica agrupada en el alfar 1, existen algunas piezas que fueron elaboradas mediante el estirado digital, anillado o modelado. Se trata en particular de vasijas abiertas (platos, cuencos) o miniaturas y ceramios figurativos. Las atmósferas de cocción que caracteriza al alfar son la oxidante y la reductora-oxidante durante el enfriamiento. Esta última sumada a la presencia de manchas de cocción en la mayoría de las piezas, permite inferir que la quema fue realizada en amplias y poco profundas fosas abiertas en la tierra y que el combustible fue distribuido entre los ceramios; el enfriamiento debió realizarse destapando la fosa y permitiendo el ingreso del aire. El acabado de superficie es variado y depende en buen grado del tipo morfo-funcional de la vasija. El alisado tosco o fino es propio de los cántaros sin cuello y de los platos, mientras el bruñido tosco es recurrente en el caso de las ollas y el bruñido fino en el caso de las botellas. Hasta donde hemos podido comprobar, los ceramistas que usan el conjunto de técnicas definido por nosotros como el alfar 1 mantuvieron una notable unidad de procedimientos y fueron fieles a un solo estilo. Es particularmente significativo que no se usan en acabados engobes de colores diferentes que las tonalidades de la pasta. Tampoco están presentes  diseños pintados, tan recurrentes en otros estilos coetáneos. La decoración se limita a diseños aplicados, detalles impresos con caña o con un instrumento puntiagudo, a las figuras modeladas y acopladas (Figs 9-11).

El repertorio formal que caracteriza a este alfar es bastante amplio e incluye tanto formas utilitarias como recipientes potencialmente ceremoniales, como por ejemplo las cantimploras, llamadas también "botellas frejoloides" o cántaros con la decoración escultórica.

Un particular tipo de asociaciones en el ajuar funerario sugiere que la producción de cerámica estuvo a cargo de mujeres, como en muchas otras sociedades tradicionales (Matson 1983). Se trata de un conjunto de artefactos y manuport compuesto por uno o varios platos tendidos, una bola de arcilla, cantos rodados con superficie pulida y desgastada así como valvas del molusco bivalvo, *Mesodesma donacium*. El conjunto aparece solo en los entierros de mujeres cuya posición privilegiada dentro de la sociedad se expresa en el ajuar de particular complejidad (Grupo B, *cf. supra*). Amaro Bullon (ms) y Curay Rufasto (ms), quiénes han hecho una revisión sistemática de huellas de uso sobre la superficie de los platos, coinciden con Ramos de Cox (1969) y Cárdenas (1999) que se trata de "platos de alfarero", un particular dispositivo que facilita el trabajo de ceramista en ciertas técnicas de construcción de vasijas, en particular, en el estirado manual o modelado [*drawing*; (Rice 2005:2005; Rye 1981)]. Los platos de Tablada tienen dimensiones y profundidad variables y morfología muy particular. Su base es convexa y continúa, el grosor de las paredes representa más del doble que el grosor habitual de un plato u otra vasija (entre 10 y 15 mm), y por esto son más pesados. El peso dificulta su manipulación pero favorece la estabilidad. En Tablada se han registrado tres variantes formales, circulares, ovalados, y rectangulares con ángulos redondeados, siendo el primero de ellos el más numeroso. La presencia de "huellas de uso" en más del 90% de los especímenes indica que no fueron elaborados solamente con fines funerarios, sino que habían sido utilizados con intensidad antes de ofrendarlos. Dos tipos de huellas son las predominantes: bordes despostillados y abrasión en la base. Los platos presentan una o varias "muescas" en los bordes, producidas al golpearlos con una superficie de dureza similar o mayor, incluso en dos casos cerca del 95% de la circunferencia ha quedado dañada de esta manera. La abrasión, o erosión por uso, está presente también en la mayoría de los platos; es de contorno circular y su extensión es variable (desde 4 hasta 12 cm de diámetro), predominando las de diámetro mayor. Se caracteriza por la pérdida de la superficie (incluyendo engobe y bruñido), dejando al descubierto la pasta con todas sus inclusiones. En algunos casos la abrasión es tan fuerte que redondea las formas naturalmente angulosas de las inclusiones de cuarzo. Este desgaste en la base sin duda se debió a frecuentes e intensos movimientos rotatorios. Los platos de alfareros que usan aún hoy los ceramistas tradicionales (Matos Mar, et al. 1953; Ramón Joffré 1999) sirven a manera de torno primitivo. Los platos no giran sobre el suelo sino sobre una pequeña laja de superficie lisa que facilita a la rotación. Para iniciar la manufactura, se rocía arcilla pulverizada sobre el plato –para evitar que la masa se adhiera– y se coloca la porción preparada de arcilla que se iba a trabajar. Luego el (la) alfarero(a) abre la bola de arcilla con el puño y la extiende sobre el plato con el objeto de formar la base/fondo. Para construir el cuerpo se levanta la arcilla golpeándola repetidamente con la palma de la mano en el exterior y conteniendo el golpe en el interior con el puño cerrado, cambiando asimismo la dirección de la mano y haciendo girar el plato. En algunas ocasiones se apilan dos o hasta tres platos de alfarero para mejorar el movimiento de rotación; en estos casos también se esparcía arcilla pulverizada sobre la superficie de cada uno de ellos antes de apilarlos. La técnica que acabamos de describir fue registrada recientemente (Curay Rufasto ms; Ramón Joffré 1999, 2011) en Santo Domingo de los Olleros, en la cuenca alta del río Lurín, a un día de viaje a pie desde Tablada de Lurín. Los alfareros de Santo Domingo son tradicionalmente de sexo femenino y fabrican ollas formalmente parecidas a las que se ha hallado en el cementerio prehispánico de San Francisco de Tablada. Similar es también la constitución de la pasta de una mezcla de arcillas, así como la cocción. La técnica usada por las alfareras igualmente presenta cierta similitud en el procedimiento con el paleteado: en ambas técnicas se golpea la arcilla con el fin de levantar las paredes de la vasija y su utiliza un yunque. La diferencia entre las radiogra-

fías de un ceramio elaborado por estirado manual y otro por paleteado estaría en una ligera tendencia de las inclusiones, en el primero, a distribuirse en dirección vertical. Sin embargo, si a esta primera vasija se le aplicara un paleteado complementario durante su estado "cuero", las diferencias serían casi imperceptibles. En conclusión, resulta probable que el estirado manual como técnica inicial fue complementado por las alfareras prehistóricas de Tablada de Lurín con el paleteado, como técnica complementaria y de acabado formal.

Cabe observar que los otros objetos asociados a los platos en los ajuares funerarios guardan también relación con la producción de cerámica. La arcilla contenida en los platos fue modificada, es decir, no se encuentra en su estado natural sino que ha sido preparada para la alfarería. Esto se desprende de su presentación –formando una esfera y con algunas improntas de dedos en su superficie– y de su excelente plasticidad al ser hidratada. Además, la naturaleza (cuarzo), morfología y densidad de las inclusiones permiten identificarla macroscópicamente con la pasta del alfar n°1. Los cantos rodados de forma alargada y aplanada, poseen una superficie homogénea y muy lustrosa (pulido). Vistas al microscopio, las superficies planas presentan estrías paralelas, producidas por la constante fricción con algún objeto de similar dureza. Por razones expuestas los cantos rodados probablemente fueron usados como bruñidores o pulidores. Las valvas de *Mesodesma donacium* cumplían eventualmente la función de "desbastadores", herramientas simples que cortaban, uniformizaban y alisaban la superficie, librándolo de las irregularidades y de los excedentes de arcilla. El uso sugerido se ve confirmado por el desgaste sistemático y pronunciado del borde más largo y fino de la concha.

A diferencia del alfar 1, los dos alfares restantes no solo están representados por un número reducido de ejemplares, y frecuentemente presentan huellas de uso prolongado (por ejemplo bordes despostillados), sino que su estilo parece haberse originado fuera de la cuenca media y baja de Lurín. El alfar 2 caracteriza a la serie muy uniforme de platos hondos y cuencos de color anaranjado en estilo Topara (Carrillo 2009; Wallace 1985). Las bases engrosadas, el paulatino adelgazamiento hacia los bordes, y los labios levemente irregulares, sugieren que las vasijas fueran construidas con la técnica de estiramiento digital. En su mayoría, las vasijas presentan un engobe bastante espeso y se encuentran bien bruñidas; aunque existen algunos casos en que sólo han sido bien alisadas. La cocción fue hecha siempre en el ambiente oxidante, por lo general bien controlado. No obstante se registran ocasionalmente manchas de cocción en la base o las paredes. En algunos casos presentan decoración pintada y/o bruñida. La pintura se limita a una banda de color blanco en el labio, con una serie de trazos semicircular de color rojo (Figs 15-17). La decoración bruñida consiste en una serie de líneas verticales colocadas al interior del plato y dispuestas en forma radial. Los cuencos por lo general carecen de decoración con la excepción de dos asitas en forma de aplicaciones ovales con dos incisiones cada una. No obstante han registrado casos excepcionales de la decoración similar a la de los platos: labio pintado y líneas bruñidas radiales. Tanto las formas como la decoración son típicos para el estilo Topará en su fase Jahuay.

Es el alfar nº3 es aún menos representado en el cementerio de Tablada que el precedente. Las vasijas asignadas por nosotros a este alfar fueron elaboradas por anillado, salvo las figurinas que fueron modeladas (CF.381.C5, cat.). El anillado dejó en todos los casos examinados la característica superficie ondulada al interior de los recipientes. Los ceramios se encuentran bien bruñidos y algunos cántaros presentan un engobe de color crema. La excepción la constituye la figurina, que presenta como acabado el alisado fino. La atmósfera de cocción predominante es la oxidante. Al igual que en el caso del alfar nº 2, sólo algunos

ceramios presentan manchas, lo que implica un buen control del ambiente de cocción. Las vasijas y las figurinas clasificadas en el alfar nº 3 pertenecen todas al estilo Pinazo-Huaico Inicial cuyos ejemplares fueron hallados por Palacios (1988) en la quebrada de Huaicoloro – Huachipa, afluente del Rímac. Sus formas bastante características, verbigracia cántaro cara-gollete (CF.020.C2, cat. 52 y CF.266.C5, cat. 54) o vasos escultóricos antropomorfos (cat. 124, 125; CF.047.C5, C6), carecen de paralelos en el estilo Tablada.

Los tres alfares corresponden, como hemos visto, cada uno a un estilo diferente y de origen distinto de los demás. No obstante, las vasijas de los tres estilos aparecen a menudo, una a lado de la otra, como componente del mismo ajuar, de modo que las tradiciones tecnológicas y estilos son de hecho totalmente o parcialmente contemporáneas. No cabe duda que la identidad del grupo se expresa de manera contundente por medio de las ofrendas cerámicas en estilo Tablada. En este estilo se confecciona todo el repertorio de recipientes tanto utilitarios, como ceremoniales, además de algunas figurinas. Además, las mujeres de estatus privilegiado ostentan en sus ajuares los implementos necesarios y bolas de arcilla para producir vasijas en este estilo. Cabe mencionar que la mayoría de las vasijas en estilo Tablada encontradas dentro de los ajuares funerarios carece de huellas de uso y parecen haber sido hecho exclusivamente como ofrenda funeraria. Esta condición contrasta con la de los demás estilos. Las vasijas en estilos Topará y Pinazo-Huaico Inicial tienen características de recipientes ceremoniales para servir y consumir líquidos y sólidos y llevan huellas de uso. A diferencia de la cerámica en estilo Tablada presente en los entierros con ajuares ricos (B) y pobres (A), los cántaros, botellas, cuencos y platos Topará y Pinazo suelen aparecer en los entierros de individuos con posición social relativamente privilegiada, padres y madres de familia, así como sus hipotéticos hijos primogénitos. La presencia de estos recipientes es la probable expresión de la amplitud de sus contactos.

## 8. Cementerio, asentamientos y su contexto político.

El cementerio de Tablada de Lurín se compone de extensas aglomeraciones de miles de entierros (Plano, Figs 2, 3), las que están separadas unas de otras por amplios espacios vacíos, a juzgar por las evidencias acumuladas durante casi 50 años de excavaciones, y en particular por los resultados obtenidos en la unidad A del Sector Sur-Este, situada al lado del "Sector Primero" de la excavación del IRA (Cárdenas 1989a: plano anexo al texto). En estas agrupaciones se distinguen a primera vista:

1. Espacios casi vacíos que contienen escasos contextos de carácter especial, ofrendas y entierros atípicos de individuos mutilados;
2. Núcleos de forma ovalada que comprenden de 30 a 60 matrices cada uno y que están separados unos de otros por franjas que carecen de entierros. Estos núcleos se distribuyen al parecer alrededor de los espacios de carácter especial.
3. Aglomeraciones amorfas que parecen componerse de varios núcleos parcialmente sobrepuestos.

Desde 1958 hasta la fecha se ha podido comprobar que el cementerio de entierros en pozo tiene una extensión no menor de 16 ha sin contar núcleos aislados de entierros dispersos sobre 52 ha del área arqueológica delimitada, y también fuera de ella. Si tomamos como promedia la densidad de ocupación funeraria observada en nuestra Unidad A del Sector SE de 1500 $m^2$ (Fig. 3), donde se han registrado en total 382 entierros individuales y múltiples (569 individuos), y por lo tanto, 1 contexto en promedio por 3.93 $m^2$ (0.38 individuo

cada $m^2$), podría haber en Tablada un total de 40,712 contextos con 60,800 individuos. Cabe mencionar que la densidad de entierros en el „Sector Primero" excavado por Ramos de Cox (1972) y Cárdenas (1999) podría ser mayor que la citada (Fig. 2), pero la estimación precisa es imposible, dado que no se había explorado hasta el final todos los pozos funerarios cuyas bocas estuvieron expuestas. También mayor a la del Sector SE fue la densidad observada en dos amplios sondeos realizados por nosotros en el Sector NE, ubicados 300 m al Norte de la Unidad A sobre la inclinada ladera de la quebrada de Atocongo: un contexto por cada 2,88 $m^2$ (52 contextos sobre 150 $m^2$). Las evidencias crean una buena base para estimaciones tentativas de orden demográfico. Los adultos de ambos sexos (284) constituyen un 39.1% de la población en nuestra muestra [cuadro, véase también (Tomasto y Makowski, ms)]. El cementerio de entierros en pozo estuvo en uso por un lapso no mayor de 300 años, a juzgar por la reducida variabilidad estilística de ofrendas. El estimado de 20,672 de adultos de ambos sexos se distribuiría, por ende, entre no más de 15 generaciones, aproximadamente 1,378 individuos adultos por generación como mínimo. Resulta claro, por ende, que el cementerio si no estuvo asociado a un asentamiento grande de características proto-urbanas debió haber sido utilizado por habitantes de varias aldeas.

Durante un intenso programa de prospecciones a cargo de Dulanto, Makowski y Carrillo no se ha encontrado evidencias de asentamientos anteriores al Periodo Intermedio Tardío en toda la zona de Lomas de Atocongo, incluyendo al elevado tablazo arenoso de Tablada de Lurín. En cambio el valle de Lurín, incluyendo las laderas y las desembocaduras de quebradas laterales fue densamente poblado al fin del Horizonte Temprano y al inicio del Periodo Intermedio Temprano. Desafortunadamente la mayor parte de sitios ubicados por Patterson, et al. (1982) y (Engel 1966) ha desaparecido, básicamente por causa de la expansión urbana. Patterson (op.cit.) localizó dos concentraciones de sitios correspondientes al Periodo Intermedio Temprano 1-3 en la parte baja y ancha del valle entre el litoral y Cieneguilla: en la desembocadura de la quebrada de Atocongo y sus inmediaciones (N° 150, 208, 209, 217, 223, 224, 254, 240) sobre la margen izquierda, y al pie del Cerro Manzano (N° 116, 118, 318). Dos concentraciones más se encuentran en las laderas del valle que se estrecha, arriba de Manchay y Cieneguilla, respectivamente, sobre la margen derecha [N° 24, 27, 46, 47, 64, 68, 175] e izquierda [N° 51, 55 63, 73, 75, 91,92, 96, 98 (Patterson, et al. 1982:74, 77, figs 72-74); véase también nuestra Fig. 23]. Cabe mencionar que la totalidad de los sitios mencionados corresponde a conchales, terrazas habitacionales y concentraciones de cerámica en la superficie de extensión promedio menor de 0.5 ha (Patterson 1966b).

Al igual que otros investigadores que prospectaron el valle de Lurín, Patterson (Patterson, et al. 1982:66) se ha percatado que en las muestras recolectadas del Periodo Intermedio Temprano y también de los periodos posteriores se percibe a primera vista la presencia de dos grupos de pastas. Uno de ellos se caracteriza por las pastas compactas de color anaranjado, con poca cantidad de temperante fino (véase los alfares 2 y 3 en Tablada de Lurín). El segundo grupo en cambio, destaca por el color marrón rojizo de superficie y las pastas granulares con elevada cantidad de temperante grueso. Las relaciones porcentuales entre un grupo y el otro en las muestras recolectadas sugerían que el segundo grupo caracterizaba a la alfarería de la sierra, mientras que el primero procedía de los talleres costeños. En Tablada de Lurín, en los cementerios de Villa Salvador y en el asentamiento Limay (Makowski 1999b) ambos grupos de alfares se encuentran directamente asociados al interior de un gran número de contextos funerarios así como en los espacios domésticos, predominando numéricamente los fragmentos y las piezas enteras que corresponderían a los alfares del valle alto según Patterson (ibid.). Los supuestos alfares de valle bajo de Pat-

terson agrupan probablemente, a juzgar por su escueta descripción y algunas menciones en las notas de campo, botellas, cántaros de tamaño reducido y cuencos en estilos Topará, Huachipa-Pinazo y Huachipa- Huaico. Por consiguiente nos parece altamente probable que los cementerios de Tablada de Lurín fueron utilizados por los habitantes de aldeas dispersas entre Atocongo y Cieneguilla, y sus inmediaciones. En cambio, no cabe duda que los habitantes del litoral entre Pachacamac y Lomo de Corvina se sepultaban en un lugar a parte. En los núcleos funerarios de Panel (Maguiña y Paredes 2009), las Esteras, Ferrocarril (Delgado 2007; Pechenkina y Delgado 2006; Ravines y Villiger 1989; Stothert y Ravines 1977), los que probablemente conforman un sólo extenso cementerio, se han encontrado grupos de entierros contemporáneos con los de Tablada. La posición del cuerpo, varias formas de cerámica (Cárdenas 1999), utensilios de hueso y metal son muy similares en ambos cementerios. En cambio, las formas de la matriz (en Lomo de Corvina es una fosa de poca profundidad cavada en arena), algunas costumbres, como por ejemplo las de depositar un adobe cerca del cuerpo, o cubrir la superficie de un núcleo de entierros con un sello de arcilla (Maguiña y Paredes 2009), y ante todo las orientaciones predominantes en Lomo de Corvina son distintos en comparación con los de Tablada. Los individuos encontrados in situ estaban siempre orientados al Oeste, hacia el mar y no hacia el Este, hacia la sierra. La popularidad de los estilos Pinazo y Huaico, registrados en la quebrada de Huachipa, valle de Rímac (Palacios 1988), de motivos ornitomorfos y la frecuencia de restos marinos en el ajuar llaman también la atención, puesto que en Tablada, en cambio, predominan ofrendas de grandes mamíferos, camélidos y cérvidos, y el motivo de felino es más frecuente que el del ave; las vasijas en estilos Pinazo y Huaico parecen ser asimismo menos recurrentes.

Pechenkina y Delgado (2006) han llegado a la conclusión que en las áreas funerarias de Villa el Salvador, al oeste del Panel (Maguiña y Paredes 2009), fueron sepultados representantes de dos poblaciones diferentes. Una de ellas habría sido especializada en pesca y marisqueo. La aldea y los núcleos funerarios excavados por nosotros en Limay en la entrada a la quebrada de Atocongo, y aún inéditos, parecen también pertenecer a una población especializada en marisqueo. La cultura material registrada en los sitios ubicados a lo largo del litoral es en buen grado cosmopolita, a juzgar en particular por los préstamos estilísticos presentes en la cerámica figurativa. En los diseños de la decoración se mezclan influencias de áreas cercanas y lejanas de la costa y en menor grado de la sierra. Desde el sur llegan las influencias formales de la cerámica Topará y Nazca, perceptibles tanto en cuencos cómo en botellas asa-estribo. Similar origen parecen tener diseños escultóricos de aves y por supuesto la decoración polícroma que hace recordar a las botellas Nazca y Carmen (Silverman, et al. 2008). Las formas de cántaros mamiformes típicos para Baños de Boza (Córdova 1999) y la decoración negativa y pintada blanca sobre rojo tuvieron en cambio origen norteño.

En comparación con los cementerios del litoral del Océano Pacífico la cultura material descubierta en Tablada de Lurín hace pensar en una sociedad muy conservadora y consciente de sus diferencias respecto a los vecinos. Las altas tasas de consumo de maíz, posiblemente en forma de cerveza-*chicha* (Tykot et al.2006:191), la recurrencia de osamentas de camélidos, entre otros indicios, hacen pensar que se trata de grupos de agricultores y pastores de camélidos que supieron dominar políticamente el valle medio y bajo durante varios siglos. El ritual y el estilo de cerámica ceremonial de uso funerario son compartidos por casi todos los miembros de la sociedad a partir de un año de edad. El ajuar enfatiza los roles relacionados con el género (mujeres-alfareras, hombres-oficiantes-músicos) y con las actividades básicas de caza, guerra, producción de textiles y pieles. Los dirigentes, con

atributos de guerreros, oficiantes y shamanes son sepultados juntos con los miembros de su extensa familia y dentro de los límites del espacio funerario asignado a su unidad territorial y de parentesco. A pesar de la ausencia de la arquitectura monumental y el patrón disperso de asentamiento no cabe duda, creemos, que es una sociedad organizada, probablemente de tipo de jefatura superior (*complex chiefdom*), capaz de controlar un valle e incluso someter, quizás, a la población del litoral. Para evaluar el alcance de nuestras inferencias resultaría útil una breve reflexión diacrónica.

Un gran cambio se ha iniciado en el valle de Lurín a partir de la época definida en el tiempo por la aparición de las primeras influencias indirectas del estilo Lima Temprano (fases 2,3 de Patterson) que se perciben primero en algunas formas de botellas escultóricas con decoración pintada y por las imitaciones del motivo de serpientes entrelazadas (Fig. 19). En este tiempo aparecen en los ajuares de Tablada de Lurín vasijas con la decoración blanca sobre rojo y polícroma sobre el engobe crema (Figs 15, 16, 17), muy similares a los de Villa el Salvador. Se trata probablemente de los últimos entierros en pozo, dado que el ritual funerario cambia de manera brusca. Los entierros individuales en pozo cavado en arena quedan remplazados por las estructuras subterráneas de piedra destinadas a los entierros múltiples. La arquitectura como la cerámica, hallada al interior de las cámaras, evoca paralelos del valle medio y alto, e incluso de la vertiente oriental (cf. supra). Por otro lado, hay varios indicios para pensar que los muertos enfardelados y sentados dentro de canastas fueron transportados al lugar del entierro definitivo de distancias considerables. Lo indican, entre otros: 1. la pirámide demográfica invertida, con la predominancia de adultos a ambos sexos, y la ausencia de infantes menores de 1 año; 2. el número muy reducido de ofrendas, salvo piezas que podrían caber dentro del fardo, entre adornos, armas y recipientes-miniatura en cerámica, y 3. varios casos comprobados de entierros secundarios que acompañan a los primarios (Balbuena 1996; Gerdau Radonic 2001; Gerdau y Makowski 2011). Desafortunadamente, salvo el trabajo de (Earle 1972) la situación cultural en el valle alto y en la sierra de Yauyos en el Periodo Intermedio Temprano no está estudiada. Por ello, la localización de aldeas de los que provendrían eventualmente los difuntos en la porción media y alta del valle de Lurín, arriba de Chontay, debe quedar como propuesta aún imposible de contrastar.

En el contexto descrito se hacen presentes en Lurín otras poblaciones que llegan desde el Norte y traen consigo técnicas constructivas, formas arquitectónicas y diseños decorativos nunca antes registrados en el valle. Su llegada implica también cambios sustanciales en los comportamientos funerarios. Se trata de representantes del estilo y cultura Lima, cuyo origen se ubica probablemente en la cuenca de Chillón (Goldhausen 2001; Makowski y Rucabado 2000; Patterson, et al. 1964). La profundidad de cambio sugiere que no se trata de una simple interacción entre los vecinos sino de una conquista que conlleva a la formación de un nuevo sistema político. Los resultados de nuestras excavaciones al pie del Templo del Sol en Pachacamac (Makowski 2011, 2012) coinciden con el tenor de la hipótesis de Patterson (1984) fundamentada por los resultados de excavaciones de Strong, et al. (1943)en este mismo sitio. Las primeras construcciones monumentales en el área donde siglos después se levantará el santuario y oráculo de Pachacamac se relacionan con la aparición masiva del estilo cerámico Lima Medio (Lima 4 y 5 de Patterson 1966a). Estas construcciones, hechas de adobes chicos de gavera, anticipan la arquitectura ceremonial de adobitos tan característica para el imponente volumen del Templo Viejo. La distribución del estilo Lima Patterson, et al. (1982), la envergadura de los trabajos de construcción de arquitectura pública en Pachacamac y en otros sitios del valle [verbigracia (Marcone y Ló-

pez Hurtado 2002; Patterson et al. 1982)] sugieren que la misma institucionalidad política ha logrado integrar el valle bajo, el valle medio, e incluso el valle alto (Earle 1972). En este contexto ocurre también un cambio en los comportamientos funerarios. Los grandes cementerios caen en desuso. A juzgar por las evidencias de superficie y paralelos de Rímac, Chillón y Chancay la población Lima se sepulta cerca del lugar de residencia, como en el área mochica. Es muy probable que el estatus del grupo se relacionara directamente en la costa central como en la costa norte con el lugar de residencia. No cabe duda que el valle fue habitado al inicio del Periodo Intermedio Temprano por las poblaciones diferenciadas en cuya cultura se percibía respectivamente rasgos predominantes de la sierra y de la costa como ha sugerido Patterson, et al. (1982). Sin embargo, la presencia del mosaico de estilos cerámicos no indica necesariamente una fragmentación política y la organización espacial de tipo archipiélago. Nos parece más probable que un complejo sistema basado en parentescos directos e indirectos y una consciencia de origen común permitía a un grupo étnico cohesionado dominar el valle. Es también probable, siguiendo la tesis de Earle (1972), que la difusión del estilo Lima a lo largo de la costa y hacia las cabeceras de valles se explica por una nueva organización política, la de un estado. Sin embargo esta nueva organización se crea relativamente tarde en la secuencia cronológica y tiene por causa probable el mecanismo de conquista. Las elites del estado Lima se identifican con el estilo y con el ritual funerario foráneo.

**Agradecimientos**

A nombre propio y de los autores de este volumen quiero expresar nuestro profundo agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible la realización de las investigaciones en Tablada de Lurín y en otros sitios arqueológicos del valle, así como la publicación de los resultados: al Prof. Dr. Janusz K. Kozłowski y al Dr. Michał Wasilewski por la invitación a contribuir en la serie Corpus Antiquitatum Americaniensium y por el paciente trabajo pre-prensa, a los miembros del directorio y gerentes de UNACEM (antes Cementos Lima S.A.A.), así como de la Asociación Atocongo por el constante y generoso apoyo financiero y logístico desde 1991, a las autoridades de la PUCP y en particular a la Prof. Dra. Pepi Patrón, vicerrectora de Investigaciones y a sus predecesores por el constante apoyo, al Prof. Dr. José de la Puente Brunke y la Dra. Inés del Águila Ríos por proporcionarnos gentilmente las fotos de hallazgos de Josefina Ramos de Cox y Mercedes Cárdenas, custodiados en el Museo Josefina Ramos de Cox del Instituto Riva Agüero. Nuestro especial reconocimiento a todos los colaboradores del Proyecto:

Miembros y Colaboradores 1991-2002

| | |
|---|---|
| Miguel Cornejo | Director Adjunto 1991-1993 |
| Hernán Carrillo | Arqueólogo Residente-Registro 1991-1999 |
| Rafael Vega-Centeno | Arqueólogo Residente Responsable del Sector SE 1991-1994 |
| Luis Cáceres | Arqueólogo Responsable Limay (1995) |
| Pamela Castro de la Mata | Arqueóloga Residente Responsable del Sector SE y Metales |
| Elsa Tomasto | Arqueóloga Responsable de Antropología Física |
| Milagritos Jiménez | Arqueóloga Responsable del Sector NE-A, Museografía |
| Lucía Balbuena | Arqueóloga Responsable del Sector NE-B 1994-1995 |
| Jalh Dulanto | Arqueólogo Responsable de Pampa Chica 1992-1995 |
| Mónica Barrionuevo | Arqueóloga Ayudante de Antropología Física 1993 |

| | |
|---|---|
| Iván Ghezzi | Arqueólogo Ayudante de Antropología Física 1993-1994 |
| Elmo León | Arqueólogo Responsable de Lítico |
| Iván Amaro | Arqueólogo Responsable de Cerámica |
| Víctor Curay | Arqueólogo Aydte. de Campo 1995, Ayudante de Antropología. Física 1997, Responsable de Cerámica |
| Juan Rofes | Osteología Animal |
| Manuel Gorriti | Arqueólogo Responsable de Malacología |
| Benjamín Guerrero | Levantamiento Topográfico |
| Emma Arana | Arqueóloga, Catalogación y Registro 1996-1999 |
| Jorge Chávez | Arqueólogo Asistente de Campo, Sector SE 1996 |
| Luis Salcedo | Arqueólogo Asistente de Campo, Sector NW 1996 |
| Glenda Escajadillo | Arquéologa Ayudante de Campo 1994-1996. |

Registro y Catalogación 1992-1998

| | |
|---|---|
| Sandra Téllez | Arquéologa Ayudante de Campo 1996-1997. Registro 1998 |
| Marcelo Saco | Arqueólogo, Catalogación 1992 |
| Rosario Galdós | Ayudante de Antropología Física 1992 |
| Rafael Segura | Arqueólogo Ayudante de Antropología Física 1995-1996 |
| Eduardo Colina | Ayudante de Antropología Física 1995 |
| Lic. Elmer Atalaya | Arquéologo Asistente de Campo, Sector NE-A 1995 |
| Alejandro Soto | Restaurador. Conservación y Restauración |
| Elisenda Estrems | Dibujante 1996 |
| Chiongwend Lhi | Dibujante 1993-1995 |
| Mercedes Miranda | Dibujante 1993-1995 |
| Ursula Sánchez | Dibujante 1996 |
| Lourdes Franco | Vectorización de planos y Digitalización de Dibujos 1998-2002 |

Asesores e investigadores Asociados 1991-2003

| | |
|---|---|
| Dr. Karol Piasecki | Bioarqueología |
| Dra. Sonia Guillén O. | Bioantropología |
| Dr. José Pablo Baraybar | Bioantropología |
| Dr. Joseph Vradenbeug | Bioantropología |
| Lic. Cecilia Rodriguez, M.Sc | Osteología Animal |
| Dr. Krzysztof Mastalerz | Geología, sedimentología del Cuaternario |
| Lic. Carlos Toledo | Geología |
| Lic. Raúl Pastor | Geología |
| Ing. Iván Santos | Geomorfología |
| Dra. Karina Gerdau | Bioarqueología |

Practicantes:

Rafael Vega Centeno, Pamela Castro de la Mata, Iván Ghezzi, Elsa Tomasto, Viviana Siveroni, Juan Mogrovejo, Milagritos Jiménez, Ricardo García (1992), Glenda Escajadillo, Rafael Segura, Humberto Córdova, Hayta Montoya, Claudia Hintze, Ida Lamas, Lucía Balbuena, Marco Rosas (1993), Daniel Fernández Dávila, Luis Felipe Villacorta, Isabel Wong, Azucena Ugarte, Eliana Chrem, Luis Cáceres, María Inés Velarde (1994), Claudia Castillo Sandra Téllez, Gonzalo Rodríguez, Emma Arana, Jorge Chávez (1995), Víctor Curay, Gabriela Freyre (1996), Carlos Ausejo, Paloma Manrique, Alejandra Figueroa (1997), María del Carmen Roca, Enrique López-Hurtado (1998).

## Bibliografía


**Amaro Bullon, I.**

ms *Análisis de cerámica de las temporadas de excavación 1991-1994 en Tablada de Lurín, informe interno*. PATL.

**Angel, L., M. Zimmerman, J. Suchey y Y. Iscan**

1986 Age at death estimated from the ske-leton and viscera. En *Dating and Age Determination in Biological Materials*, M. Zimmerman y L. Angel ed., pp. 179-220. Croom Helm, Londres.

**Balbuena, L.**

1996 Entierros múltiples en Tablada de Lurín: una aproximación al ritual funerario, Tesis de Licenciatura en Arqueología Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

**Bass, W. M.**

1971 *Human osteology: a laboratory and field manual of the human skeleton*. Missouri Archaeological Society Springfield, Mo.

**Binford, L.**

1971 Mortuary Practices: Their Study and their Potential. En *Approaches to the social dimensions of mortuary practices. Memoirs of the Society for American Archaeology*, J. A. Brown ed., pp. 6-29. vol. 25. Society for American Archaeology, Washington.

**Brooks, S. y J. M. Suchey**

1990 Skeletal age determination based on the os pubis: a comparison of the Acsádi-Nemeskéri and Suchey-Brooks methods. *Human evolution* 5(3), pp. 227-238.

**Browman, D. L.**

1970 *Early Peruvian Peasants: The Cultural History of a Central Highland Valley*. Doctoral Dissertation, Department of Anthropology, Harvard University, Cambridge.

**Burger, R.**

1995 *Chavin and the origins of Andean civilization*. Thames and Hudson, London.

2009 Los fundamentos sociales de la arquitectura monumental del Período Inicial en el valle de Lurín. En *Arqueología del periodo formativo en la cuenca baja de Lurín*, K. Makowski y R. Burger ed., pp. 17-36. Valle de Pachacamac. vol. 1, K. Makowski, editor general. Fondo Editorial PUCP – Asociación Atocongo, Lima.

**Burger, R. y L. Salazar**

2008 The Manchay Culture and the Coastal Inspiration for Highland Chavin Civilization. En *Chavin: Art, Architecture and Culture*, W. Conklin y J. Quilter ed. general, pp. 85-195, Costen Institute of Archaeology, Los Angeles.

**Canziani, J.**

1992 Arquitectura y urbanismo del Periodo Paracas en valle de Chincha. *Gaceta Arqueológica Andina* (22), pp. 87-117.

**Cárdenas, M.**

1981 Tablada de Lurín. Primer informe General de Trabajos, años 1958-1980, Lima.

1986 Tablada de Lurín. Informe de trabajos 2. Años 1958-1980, Lima.

1989a Tablada de Lurín. Informe de Trabajos 3. Años 1958-1989, Lima.

1989b Excavaciones en un cementerio de la costa central del Perú: Tablada de Lurín. *Boletín del Instituto Riva-Agüero*.

1993 Adornos de cobre dorado en Tablada de Lurín (Costa Central del Perú). *Revista de Museo de Arqueología* (4):21-53.

1999 *Tablada de Lurín, excavaciones 1958-1989*. Vol. 1. Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva Agüero, Dirección Académica de Investigación, Lima, Perú.

**Cárdenas, M. y J. Vivar**

1999 *Tablada de Lurín, excavaciones 1958-1989*. Vol. 2, *Antropología Física*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva Agüero, Dirección Académica de Investigación, Lima, Perú.

**Carmichael, P.**
1986 Nasca pottery construction. *Nawpa Pacha: Journal of Andean Archaeology* (24), pp. 31-48.
1994 Cerámica Nazca: Producción y contexto social. En *Tecnología y organización de la producción de cerámica prehispánica en los Andes*, I. z. Shimada ed., pp. 229-247. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo editorial, Lima.
1995 Nasca burial patterns: social structure and mortuary analisis. En *Tombs for the living : Andean mortuary practices : a symposium at Dumbarton Oaks 12th and 13th October 1991*, T. Dillehay ed., pp. 161-188. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

**Carrillo, H.**
2009 La presencia topará en el valle de Lurín. En *Arqueología del periodo formativo en la cuenca baja de Lurín*, R. Burger y K. Makowski ed., pp. 319-330. Valle de Pachacamac. vol. 1. Fondo Editorial PUCP, Lima.

**Castro de la Mata, P.**
2005 Los artefactos de metal y el ritual funerario en el cementerio de entierros de pozo de Tablada de Lurín. En *Arqueología, geografía e historia. Aportes peruanos en el 50° Congreso de Americanistas*, pp. 13-26, K. Makowski ed. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

**Clark, J. E.**
2010 Stone Monuments and Preclassic Civilization. En *The Place of Stone Monuments: Context, Use, and Meaning in Mesoamerica's Preclassic Transition*, J. Guernsey, J. E. Clark y B. Arroyo ed., pp. 1-26. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

**Córdova, H. A.**
2003 La cerámica blanco sobre rojo en al valle de Chancay y sus relaciones con el estilo Lima, *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines*, 32(1), pp. 69–100, Lima.
2009 La arquitectura y cronología de Baños de Boza, valle de Chancay, y sus implicancias para fines del Horizonte Temprano en el valle de Lurín. En Arqueología del Perido Formativo en la cuenca baja de Lurín, R.L. Berger y K. Makowski ed., pp/ 401-428. Colección Valle de Pachacamac 1, K. Makowski ed.general. Fondo Editoral de la Pontificia Universidad Católica del Péru – Asociación Atocongo. Lima.

**Curay Rufasto, V.**
ms *„Analisis del material ceramico recuperado en el cerementerio Tablada de Lurín durante las temporadas 95-96"*. Proyecto Arqueológico – Taller Campo „Tablada de Lurín", informe interno.

**Chevalier, A. L.**
2002 *L'exploitation des plantes sur la côte péruvienne en contexte formatif*. Thèse de doctorat ès Sciences. l'Université de Genève, Genève

**Chicoine, D.**
2010 Cronología y Secuencias en Huambacho. *Boletín de Arqueología PUCP* 12(3), pp. 317-347.

**De Leonardis, L.**
1997 Paracas settlement in Callango, Lower Ica Valley, 1st millennium B.C., Peru, Ph.D. dissertation. Catholic University of America. Washington D.C.

**Delgado, M.**
2007 Investigaciones arqueológicas en Villa El Salvador : secuencia cerámica en contextos funerarios, Tesis de Licenciatura en Arqueología Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

**Digby, A.**
1976 Radiographic examination of Peruvian pottery techniques. *Actes du XXVIII Congrès International des Américainistes. Paris 1947*, pp. 605-608. Kraus ed., Paris.

**Dillehay, T.**
1995 *Tombs for the living: Andean mortuary practices: a symposium at Dumbarton Oaks 12th and 13th October 1991*. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington.

**Dillon, M.**
1997 Lomas Formations-Peru. En *Centres of Plant Diversity, A Guide and Strategy for their Conservation*, W. I. Press ed., pp. 519-527, Oxford, UK.

**Donnan, C.**
1965 Moche ceramic technology. *Nawpa Pacha: Journal of Andean Archaeology* (3), pp. 115-135.

**Dwyer, E. y J. Dwyer**
1975 The Paracas Cemeteries: Mortuary Patterns in a Peruvian South Coastal Tradition. *Proceedings of the Death and the afterlife in pre-Columbian America : a conference at Dumbarton Oaks, October 27th, 1973*, pp. 145-161. Washington.

**Earle, T.**
1972 Lurin Valley, Peru: Early Intermediate Period Settlement Development. *American Antiquity* 37(4), pp. 467-477.

**Engel, F.**
1966 *Geografía humana prehistórica y agricultura precolombina de la quebrada de Chilca*. Departamento de Publicaciones, Universidad Agraria, Lima.

**Ferembach, D., I. Schwidetzky y M. Stloukal**
1979 Recommandations pour déterminer l'âge et le sexe sur le squelette. *Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris* 6(1), pp. 7-45.

**Fernández de la Vega, W.**
1977 Deux algorithmes de sériation. En *Méthodes mathématiques et raisonnement en archéologie*, M. Borillo y W. Fernandez de la Vega ed., pp. 157-170. Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, París.

**Frame, M.**
2010a Vestidos de la nobleza en la Costa Central y Sur en los Periodos Tardíos. En *Señores de los Imperios del Sol*, K. Makowski ed. vol. Limageneral. Banco de Crédito del Perú.
2010b El vestido de Sapan Inca, de la Coya y de los nobles del Imperio. En *Señores de los Imperios del Sol*, K. Makowski ed. vol. Limageneral. Banco de Crédito del Perú.

**Gallay, A. y L. Chaix**
1984 Le dolmen MVI. Le site préhistorique du Petit-Chasseur (Sion, Valais). *Cahiers d'archéologie romande* 32.

**Gerdau Radonic, K.**
2001 Analyse taphonomique d'un ensemble funéraire à Tablada de Lurín, Vallée du Lurín, Pérou. En *Mémoire de DEA inédite*, pp. 1-71: *Université Bordeaux I*, Bordeaux.

**Goldhausen, M.**
2001 Avances en el estudio de la iconografía Lima. *Arqueológicas* 25, pp. 223-263.

**Goldstein, L.**
1981 One-dimensional archaeology and multi-dimensional people: spatial organization and mortuary analysis. En *The archaeology of death*, R. Chapman, I. Kinnes y K. Randsborg ed., pp. 53-69, Cambridge University Press, Cambridge.

**Guerrero, D. y J. Palacios**
1994 El surgimiento del estilo Nievería en el valle del Rímac. *Boletín de Lima* 16(91-96):275-311.

**Haas, J., S. Pozorski y T. Pozorski**
1987 *The Origins and development of the Andean state*. Cambridge University Press, Cambridge; New York.

**Hecht, S.**
2009 Of Layers and Sherds: A Context-Based Relative Chronology of the Nasca Style Pottery from Palpa. En *New Technologies for Archaeology,Natural Science in Archaeology*, M. Reindel y G. A. Wagner ed., pp. 207-230. Springer-Verlag Berlin Heidelberg, Berlin.

**Ikehara, H.**
2010 Kushipampa: El Final del Periodo Formativo en el valle de Nepeña. *Boletín de Arqueología PUCP* 12:371-404.

**Isbell, W.**
1997 *Mummies and mortuary monuments: a postprocessual prehistory of central Andean social organization*. University of Texas Press, Austin.

**Izumi, S.**
1971 The Development of the Formative Culture in the Ceja de Montaña: A Viewpoint Based on the Materials from the Kotosh Site. En Dumbarton Oaks Conference on Chavín, E.P. Benson ed., pp. 49-72. Dumbarton Oaks Library and Collection, Washington D.C.

**Jiménez, M.**
2002 Lomas de Atocongo, Valle de Lurín: una aproximación a las ocupaciones tempranas en el Periodo Formativo, Tesis de Licenciatura en Arqueología, Facultad de Letras y Ciencias Humanas Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
2009 Ocupaciones tempranas de lomas en el valle de Lurín. En *Arqueologia del Periodo Formativo en la Cuenca Baja de Lurín*, K. Makowski y R. Burger ed., pp. 284-318. Valle de Pachacamac. vol. 1, K. Makowski, editor general. Fondo Editorial PUCP – Asosiación Atocongo, Lima.

**Kaulicke, P. y Y. Onuki**
2010 *El periodo formativo: enfoques y evidencias recientes : cincuenta años de la Misión Arqueológica Japonesa y su vigencia / The formative period : recent approaches and evidences : Fifty years of the Japanese Archaeological Mission and its contribution*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

**Kosa, F.**
1989 Age estimation from the fetal skeleton. En *Age markers in the human skeleton*, Y. Iscan ed., pp. 21-54. Charles C. Thomas, Springfield, Il.

**Krogman, W. M. y Y. Iscan**
1986 *The human skeleton in forensic medicine*. Charles C. Thomas, Springfield, Il.

**Lanning, E.**
1964 Las Culturas Precerámicas de la Costa Central del Perú. *Revista del Museo Nacional* 33, pp. 408-415.

**Lau, G. F.**
2011 *Andean Expressions: Art and Archaeology of the Recuay Culture*. The Iowa Series in Andean Studies. University of Iowa Press, Iowa City.

**Lechtman, H.**
1984 Andean Value Systems and the Development of Prehistoric Metallurgy. *Technology and Culture* 25(1), pp. 1-36.

**Lumbreras, L. G.**
1974 *The peoples and cultures of ancient Peru*. Smithsonian Institution Press, Washington.
1987 Childe and the urban revolution: the central Andean experience. En Studies in the Neolitic and Urban Revolutions: The V. Gordon Childe Colloquium, Mexico 1986, L. Manzanilla ed., pp. 327-344, *BAR International Series* 349, Oxford.

**Lumbreras, L. G. y C. Milla Batres**
1981 *Arqueología de la América Andina*. Editorial Milla Batres, Lima.

**Maguiña, A. y P. Paredes**
2009 El Panel: patrón de enterramiento, análisis del material y su correlación estilística en la costa central del Perú. En *Arqueología del periodo formativo en la cuenca baja de Lurín*, K. Makowski y R. Burger ed., pp. 17-36. Valle de Pachacamac. vol. 1, K. Makowski, editor general. Fondo Editorial PUCP - Asociación Atocongo, Lima.

**Makowski, K.**
1994a *Proyecto Arqueológico Tablada de Lurín, Pontificia Universidad de Católica del Péru, Informe las temporadas de trabajo 1991/1992 y 1992/1993*. Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura. Lima.
1994b Reporte de las excavaciones en Tablada de Lurín. *Willay: newsletter of the Andean Anthropological Research Group* 41, pp. 12-14.
1996 *Proyecto Arqueológico – Taller de Campo – Tablada de Lurín: informe de las temporadas de trabajo 1993/1994 y 1994/1995*. Pontificia Universidad Católica del Péru, Informe presentado el Instituto Nacional de Cultura. Lima.
1999a Las primeras civilizaciones en los Andes. En *Tesoros del Peru antiguo. Catalogo de la exposición*.ed., pp. 13-49, Cordoba, Salamanca.

1999b *Proyecto Arqueológico -Taller de Campo - Tablada de Lurín, Pontificia Universidad Católica del Perú, Informe de las temporadas de trabajo 1996/1997, 1997/1998, 1998/1999 (campo y gabinete) presentado el Instituto Nacional de Cultura, Lima.*
2000a (comp.) *Los dioses del antiguo Perú*. Banco de Crédito del Perú, Lima.
2000b Los seres sobrenaturales en la iconografia paracas y nazca. En *Los Dioses del Antiguo Perú*, vol. 1, K. Makowski ed., pp. 277-312. Banco de Crédito del Perú.
2002 Power and social ranking at the end of the Formative period. The lower Lurin Valley cemeteries. *Andean archaeology I: variations in sociopolitical organization,* pp. 89-120. *Kluwer Academic/Plenum Publishers. New York.*
2005 s.v. "Recuay","Pashash". En *Enciclopedia dell Archaelogia*, vol. III, Instituto de la Enciclipedia Italiana, Roma.
2008 *Informe Final Proyecto Arqueológico – Taller de Campo – Lomas de Lurín (PATL). Pontificia Universidad Catolica del Perú. Temporada 2007. Informe* presentado al Instituto Nacional de Cultura. Lima.
2009a Tablada de Lurín: aspectos cronológicos de la ocupación de lomas costeras de Atocongo. En *Arqueología del Periodo Formativo en la cuenca baja de Lurín*, R. Burger y K. Makowski ed., *Valle de Pachacamac*, vol. 1, pp. 237-282. K. Makowski ed.general Fondo Editorial PUCP, Lima.
2009b Poder y estatus social a fines del Periodo Formativo: los cementerios del valle bajo de Lurín. En *Arqueología del Periodo Formativo en la cuenca baja de Lurín*, R. Burger y K. Makowski ed., *Valle de Pachacamac*, vol. 1, pp. 209-236. K. Makowski ed.general Fondo Editorial PUCP, Lima.
2010 Vestido, arquitectura y mecanismos de poder en el Horizonte Medio. En *Señores de los Imperios del Sol*, K. Makowski ed., pp. 57-72. Banco de Crédito, Lima.
2011 Programa de Investigación Arqueológica – Escuela de Campo, Convenio PUCP – Asociación Atocongo (UNACEM), „Valle de Pachacamac" (antes PATL, Proyecto Arqueológico – Taller de Campo, Convenio PUCP – Cementos Lima "Lomas de Lurín"). Informe final del proyecto de investigación arqueológica – temporada 2010/2011 – presentado al Ministerio de Cultura, Lima.
2012 Programa de Investigación Arqueológica – Escuela de Campo, Convenio PUCP – Asociación Atocongo (UNACEM), „Valle de Pachacamac" (antes PATL, Proyecto Arqueológico – Taller de Campo, Convenio PUCP – Cementos Lima "Lomas de Lurín"). Informe final del proyecto de investigación arqueológica – temporada 2011/2012 – presentado al Ministerio de Cultura, Lima.

**Makowski, K. y P. Castro de la Mata**
2000 En búsqueda de los orígenes de la metalurgia compleja en las Américas. *Iconos: revista peruana de conservación, arte y arqueología* 3, pp. 3-48

**Makowski, K. y M. Cornejo**
1992 Tablada de Lurín, temporada 1991/1992, Informe Preliminar. *Willay : newsletter of the Andean Anthropological Research Group,* 39/40, pp. 3-8.

**Makowski, K. y J. Dulanto**
1994 Tablada de Lurín y Pampa Chica, temporadas 1992/93 y 1993/94, Informe Preliminar. *Willay : newsletter of the Andean Anthropological Research Group* 41, pp. 3-6.

**Makowski, K. y T. Kolomanski**
Ms Paracas Cavernas, Topará y Ocucaje, en el origen de los conceptos: materiales cerámicos de Cerro Colorado (excavaciones de Julio C. Tello). *Proceedings of the Coloquio internacional Paracas – Nasca. Una época "transicional" del Formativo Tardío, Costa Sur de los Andes Centrales. 9-12 de agosto de 2012*. Ica, Perú.

**Makowski, K. y J. Rucabado**
2000 Hombres y deidades en la iconografía Recuay. En *Los Dioses del antiguo Perú*, vol. 1, K. Makowski ed., pp. 199-235. Banco de Crédito del Perú, Lima.

**Makowski, K. y E. Tomasto**
2001 Los niños y la sociedad en el Perú prehispánico. *Iconos: revista peruana de conservación, arte y arqueología* 5.

**Makowski, K. y M. I. Velarde**
1996 Taller de Yécala (siglos III-IV): observaciones sobre las características y organización de la producción metalúrgica Vicús, *Proceedings of the Actas del Simposio "La Metalurgia Prehispánica de América". 49 Congreso Internacional de Americanistas. Boletín de Museo de Oro* 41, pp. 99-118. Bogotá.

**Marcone, G. L. H., Enrique**
2002 Panquilma y Cieneguilla en la discusión arqueológica del Horizonte Tardío en el Costa Central. *Identidad y trasnformación en el Tawantinsuyu y en los Andes coloniales. Perspectivas arqueológicas y etnohistóticas. Boletín de Arqueología PUCP* 6, pp. 375-410.

**Massey, S.**
1983 Antiguo Centro Paracas-Animas Altas. En *Culturas precolombinas. Paracas*, pp. 134-160, Banco de Crédito del Perú, Lima, Perú.
1986 *Sociopolitical change in the upper Ica Valley, B.C. 400 to 400 A.D. : regional states on the south coast of Peru*, Ph.D. dissertation, Department of Archaeology, University of California Los Angeles.

**Matos Mar, J., T. Guillen Araoz, E. Soler Bustamante y L. J. Basto Girón**
1953 *El proyecto Yauyos-Huarochiri*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Letras, Instituto de Etnologia, Lima.

**Matson, F. R.**
1983 *Ceramics and man*, Chicago.

**McKern, T. W. y T. D. Stewart**
1957 *Skeletal age changes in young American males analysed from the standpoint of age identification*. Headquarters, Quartermaster Research and Development Command. Technical Report EP-45. Natick, Mass. DTIC Document.

**Meindl, R. S. y C. O. Lovejoy**
1985 Ectocranial suture closure: A revised method for the determination of skeletal age at death based on the lateral-anterior sutures. *American journal of physical anthropology* 68(1), pp. 57-66.

**Menzel, D., J. H. Rowe y L. Dawson**
1964 *The Paracas pottery of Ica : a study in style and time*. University of California Press, Berkeley.

**Moutarde, F.**
2006 *L'évolution du couvert ligneux et son exploitation par l'homme dans la vallée du Lurín (côte centrale du Pérou), de l'Horizon Ancien (900-100 av. J.-C.) à l'Horizon Tardif (1460-1532 apr. J.-C.): approche anthracologique*, Université de Paris I, Thèse de doctorat, Atelier national de Reproduction de Thèses. Lille.

**Murail, P.**
1996 *Biologie et pratiques funéraires des populations d'époque historique: une démarche méthodologique appliquée à la nécropole gallo-romaine de Chantambre (Essonne, France)*, Thèse de doctorat. Bordeaux. Université de Bordeaux I.

**Ordóñez, J. y J. Faustino**
1983 Evaluación del Potencial Hídrico en lomas Costeras del Perú (Lomas de Lachay–Iguanil). *Centro de Investigación de Zonas Áridas (CIZA-UNALM)* 3.

**Pader, E. J.**
1982 *Symbolism, social relations and the interpretation of mortuary remains*. BAR Supplementary Series 130. Oxford.

**Palacios, J.**
1988 La Secuencia de la Cerámica Temprana del Valle de Lima en Huachipa. *Gaceta Arqueologica Andina* 16, pp. 13-24.
1999 L*a tradición "Cerro" en Huachipa, valle de Rimac*. Tesis de Licenciatura en Arqueología, Facultad de ciencias Sociales, Universidad Naciolan Mayor de San Marcos. Lima

**Patterson, T.**
1966a *Pattern and Process in the Early Intermediate Period Pottery of the Central Coast of Peru*, University of California Publications in Anthropology 3. University of California Press.
1966b Field Notes, Lurin Project, 1966.
1984 Pachacamac – an andean oracle under Inca rule. En: *Recent studies in andean prehistory and protohistory*, P. Kvietok ed., pp. 159-175, Cornell university, Latin American Studies Program, Ithaca.

**Patterson, T. y E. Lanning**
1964 Changing settlement patterns on the central Peruvian coast. *Nawpa Pacha: Journal of Andean Archaeology* 2, pp. 113-123, Berkeley.

**Patterson, T., J. P. McCarthy y R. A. Dunn**
1982 Polities in the Lurin Valley, Peru, during the early intermediate period. *Nawpa Pacha: Journal of Andean Archaeology* 20, pp. 61-82, Berkeley.

**Paul, A.**
1990 *Paracas ritual attire: symbols of authority in ancient Peru*. University of Oklahoma Press, Norman.
1991 Paracas art & architecture object and context in south coastal Peru. University of Iowa Press, Iowa City.

**Pechenkina, E. A. y M. Delgado**
2006 Dimensions of health and social structure in the early intermediate period cemetery at Villa El Salvador, Peru. *American Journal of Physical Anthropology* 131(2), pp. 218-235.

**Peters, A.**
1997 *Paracas, Topará and early Nasca: ethnicity and society on the south central Andean coast*, Ph.D. dissertation Department of Anthropology, Cornell University, Ithaca.
2000 Funerary Regalia and Institution of Leadership in Paracas and Topará. *Chungará* 32(2):245-252, Arica.
2010 Paracas: Liderazgo social, memoria histórica y lo sagrado en la necrópolis de Wari Kayán. En: *Señores de los Imperios del Sol*, K. Makowski ed., pp. 211-224, Banco de Crédito del Perú, Lima.

**Phenice, T. W.**
2005 A newly developed visual method of sexing the os pubis. *American journal of physical anthropology* 30(2), pp. 297-301.

**Proulx, D.**
2006 *A sourcebook of Nasca Ceramic Iconography*, Iniversity of Iowa Press, Iowa City.

**Purin, S.**
1983 Utilisation des rayons-x pour l'observation des traces de fabrication sur cinq vases mochicas. *Bulletin des Museés Royaux d' Art et d'Art et d'Historie* 54(2), pp. 5-20. Bruxelles.
1985 Construction de trois vases noirs mochicas. *Bulletin des Museés Royaux d' Art et d'Art et d'Historie* 56(1), pp. 95-104, Bruxelles.

**Ramón Joffré, G.**
1999 Producción alfarera en Santo Domingo de los Olleros (Huarochirí -Lima). *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 28(2), pp. 215-248.
2005 Periodificación en arqueología peruana: genealogía y aporía. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 34(1), pp. 5-33.
2011 The swallow potters: Seasonally migratory styles in the Andes. En *Archaeological Ceramics: A Review of Current Research*, S. Scarcella ed. BAR Internationa Series 2193. Archaeopress, Oxford.

**Ramos de Cox, J.**
1964 *Nota sobre una nueva forma cerámica y material del periodo intermedio temprano en la costa central del Perú* Instituto Riva Agüero – Pontificia Universidad Católica del Perú.
1969 Aldea precerámica en Tablada de Lurín. *Boletín de seminario de arqueología PUCP* 3, pp. 55-68.
1971 Pando y Tablada (Lima-Perú). *Boletín del seminario de arqueología. Pontificia Universidad Católica del Perú* 9, pp. 90-101.
1972 Estratos marcadores y niveles de ocupación en Tablada de Lurín. *Arqueología PUC Boletín del Seminario de Arqueología del Instituto Riva Agüero* 12, pp. 7-25.

**Ravines, R. y F. Villiger**
1989 *La cerámica tradicional del Perú* 1. Editorial Los Pinos.

**Rice, P. M.**
2005 *Pottery analysis: a sourcebook*. University of Chicago Press, Chicago, Ill.; Bristol.

**Rowe, J.**
1962 Stages and Periods in Archaeological Interpretation. *Southwestern Journal of Anthropology* 18:40-54.
1998 Max Uhle y la idea del tiempo en la arqueología americana. En *Max Uhle y el Perú Antiguo*, P. Kaulicke ed., pp. 5-26. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, Lima.

**Rye, O. S.**
1977 Pottery Manufacturing Techniques: X-Ray Studies. *Archaeometry* 19(2), pp. 205-211.
1981 *Pottery technology: principles and reconstruction*. Taraxacum – Washington D.C.

**Salcedo, L.**
1997 Excavaciones en Cerro Tres Marías (valle de Lurín): un campamento temporal del Periodo Arcaico en las lomas de Atocongo. Tesis de Licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú.
2011 *Tempus Solaris. Algunas nociones sobre la actividad solar,las variaciones seculares del Carbono–14 atmosférico y los Estadios del Isótopo de Carbono*. Edición del autor, Lima.
2012 *Prehistoria Andina III. Excavaciones end sitio arcaico de Cerro Tres Manós, un campamento logístico del complejo Lauricocha en la Lomas de Atocongo*, Edicion del autor, Lima.

**Sawyer, A. R.**
1961 Paracas and Nazca Iconography. En *Essays in Precolumbian Art and Archaeology*, S. Lohthrop ed., pp. 269-316. Harvard University Press, Cambridge.
1997 *Early Nasca Needlework*. Laurence King, London.

**Schorsch, D.**
1998 The Manufacturing Methods of Composite Gold and Silver Artifacts from Moche, Peru, *Metropolitan Museum of Art Joumal* (33), pp. 109-136.

**Shady, R.**
2006 La civilización Caral: sistema social y manejo del territorio y sus recursos. Su trascendencia en el proceso cultural andino. *Boletín de Arqueología PUCP* 10, pp. 59-89.

**Shimada, I.**
1994 *Tecnología y organización de la producción cerámica prehispánica en los andes*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, Lima.

**Silva, J. y R. García**
1997 Huachipa-Jicamarca: cronología y desarrollo sociopolítico en el Rímac. *Bull. Inst. fr. études andines* 26(2), pp. 195-228.

**Silva, J., K. Hirth, R. Garcia y J. Pinilla**
1982 El Formativo en el valle del Rimac: Huachipa-Jicamarca. *Arqueologia y Sociedad* 9, pp. 2-83.

**Silva, J., K. Hirth, R. Garcia Soto y J. Pinilla Blenke**
1981 El valle del Rimac hace 2,500 Anos: Huachipa-Jicamarca. *Boletin de Lima* 21, pp. 59-68.

**Silverman, H.**
1991 The Paracas Problem: Archaeological Perspectives. En *Paracas Art and Architecture: Object and Context in South Coastal Peru*, A. Paul ed., pp. 349-415. University of Iowa Press, Iowa City.
1993 *Cahuachi in the ancient Nasca world*. University of Iowa Press, Iowa City.
1997 The First Field Season of Excavations at the Alto del Molino site, Pisco Valley, Peru. *Journal of Field Archaeology (Boston)* 24(4), pp. 441-454.
2009 Comparaciones y contrastes entre la costa sur y la costa central del Perú durante el Periodo Formativo. En *Arqueología del Periodo Formativo en la cuenca baja de Lurín*, K. Makowski y R. Burger ed., pp. 429-490. Valle de pachacamac. vol. 1, K. Makowski, editor general. Fondo editorial PUCP, Lima.

**Silverman, H. y W. H. Isbell**
2008 *Handbook of South American archaeology*. Springer, New York.

**Silverman, H. y D. A. Proulx**
2002 *The Nasca*. Blackwell, Malden, Mass.; Oxford.

**Smith, B. H.**
1991 Standards of human tooth formation and dental age assessment. En *Advances in Dental Anthropology*, M.A. Kelly y C.S. Larsen ed., pp. 143-168. Wiley-Liss Inc. New York.

**Sotomayor, M. y P. Jiménez**
2008 Condiciones meteorológicas y dinámica vegetal del ecosistema costero Lomas de Atiquipa (Caravelí-Arequipa) en el sur del Perú. *Ecología Aplicada* 7(1-2), pp. 1-8.

**Steward, J., R. Adams, D. Collier, A. Palerm, K. Wittfogoel y R. Beals**
1995 Las civilizaciones antinguas del Viejo Mundo y de America. *Proceedings of the Simposium sobre las civilizaciones de regadío* 1. Washington D.C.

**Stone-Miller, R.**
1993 An Overview of "Horizon" and "Horizon Style" in the Study of Ancient American Objects. Paper presented at the Latin American Horizons. A Symposium at Dumbarton Oaks, 11th and 12th October 1986, Dumberton Oaks Library and Collection, Washington D.C.

**Stothert, K. y R. Ravines**
1977 Investigaciones arqueológicas en Villa El Salvador. *Revista del Museo Nacional* 43, pp. 157-226.

**Strong, W. y J. Corbett**
1943 A cerámic sequence at Pachacamac. En *Archaeological Studies in Peru, 1941-1942*, W. Strong, G. Willey y J. Corbett ed., pp. 27-122. Columbia Studies in Archaeology and Ethnology. vol. 1(3)general, New York.

**Suchey, J. M. y D. Katz**
1986 Skeletal age standards derived from an extensive multiracial sample of modern Americans. *American journal of physical anthropology* 69, p. 269.

**Tellenbach, M.**
1999 Chavín. Investigaciones acerca del desarrollo cultural Centro-Andino en las épocas Ofrendas y Chavín Tardío. *Andes: Boletín de la Misión Arqueológica Andina* 2, 2 vols*, Universidad de Varsovia.* Varsovia.

**Tello, J. C. y T. Mejia Xesspe**
1979 *Paracas: Segunda parte, Cavernas y Necrópolis*. Archivo "Julio C. Tello", Universidad Nacional Mayor de San Marcos e Institute of Andean Research de Nueva York, Lima.

**Tomasto, E.**
1998 *Tratamiento funerario de los niños en el cementerio prehispánico de Tablada de Lurín*. Tesis de Licentiatura en arqueología Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Pontificia Universidad Católica, Lima.

**Tomasto, E. y P. Castro de la Mata**
2000 *Tipología y descripción de artefactos no cerámicos procedentes del cementerio de entierros en pozo (Temporadas 1991–1998).* Proyecto Arqueológico – Taller de Campo "Lomas de Lurín". Informe interno, Proyecto Arqueológico "Lomas de Lurín", Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

**Tomasto, E. y K. Makowski**
ms *Children, social relationships and funerary ritual in the Central Coast of Peru in Late Formative Times (ca. 200 B.C.-100 A.D.).*

**Ubelaker, D.**
1989a The estimation of age at death from immature human bone. En *Age markers in the human skeleton*, Y. Iscan ed., pp. 55-70. Charles C. Thomas, Springfield.
1989b *Human skeletal remains : excavation, analysis, interpretation*. Taraxacum, Washington.

**Unkel, I. y B. Kromer**
2009 The clock in the corn cob: on the development of a chronology of the Paracas and Nasca period based on radiocarbon dating. En *New technologies for archaeology: multidisciplinary investigations in Palpa and Nasca, Peru*, M. Reindel y G. A. Wagner ed., pp. 231-244. Springer, Berlin.

**Villena I Mota, N.**
1997 *Hiérarchie et fiabilité des liaisons ostéologiques (par symétrie et par contiguïté articulaire) dans l'étude des sépultures anciennes*, Thèse de Doctorat inédite. Université Bordeaux I, Bordeaux.

**Wallace, D.**
1985 Paracas in Chincha and Pisco: A reappraisal of the Ocucaje sequence. En *Recent Studies in Andean Prehistory and Protohistory*, D. Kvietok y D. Sandweiss ed., pp. 67-84. Cornell University Latin American Studies Program, Ithaca, NY.
1986 The Topará Tradition: An overview. En *Perspectives on Andean Prehistory and Protohistory:*, D. Sandweiss y D. P. Kvietok ed., pp. 35-47. Cornell University Latin American Studies Program, Ithaca.

**Webb, O. y M. Suchey**
1985 Epiphyseal union of the anterior iliac crest and medial clavicle in an modern multiracial sample of American males and females. *American Journal of Physical Anthropology* (68):457–466.

**Weiss, K. M. y H. M. Wobst**
1973 Demographic models for anthropology. *American Antiquity* 38(2): pt. 2, memoir 27, pp. 1-186.

**Willey, G.**
1951 The Chavín Problem: A Review and Critique. *Southwestern Journal of Anthropology* 7(2), pp. 103-144.

**Ziółkowski, M. S.**
1994 *Andes : radiocarbon database for Bolivia, Ecuador and Peru*. Andean Archaeological Mission of the Institute of Archaeology, Warsaw University; Gliwice Radiocarbon Laboratory of the Institute of Physics, Silesian Technical University, Warszawa; Gliwice.

Fig. 1. Área arqueológica de Tablada de Lurín, Lima, distr. Villa María de Triunfo, ubicación.

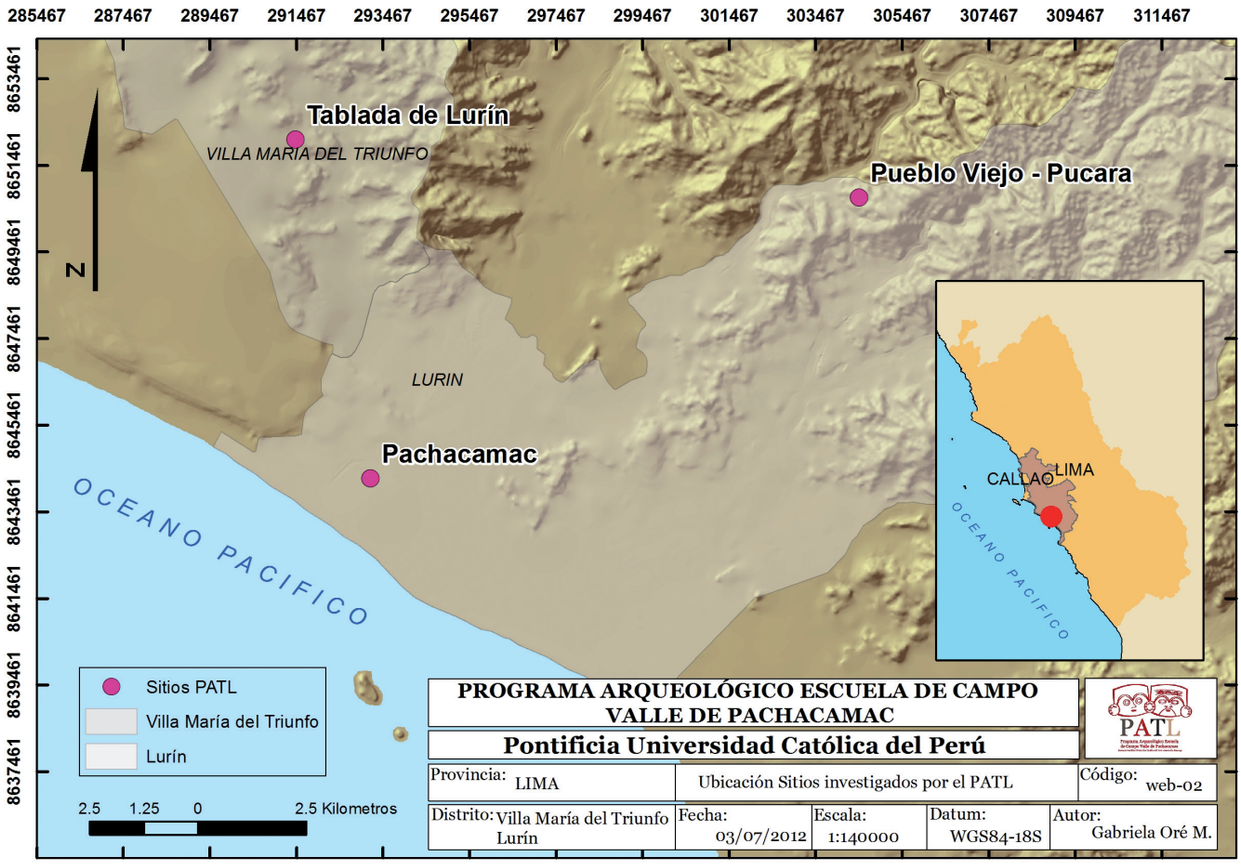



Fig. 2. Tablada de Lurín, Sector Sur-Este, Unidad A, plano general de contextos funerarios. Sector Primero, excavaciones 1958-1988 (tonalidad gris claro), y el Sector Sur-Este, Unidad A, excavaciones 1991-2002 (tonalidad gris oscuro).

Fig.3. Distribución de contextos en la Unidad SE-A .

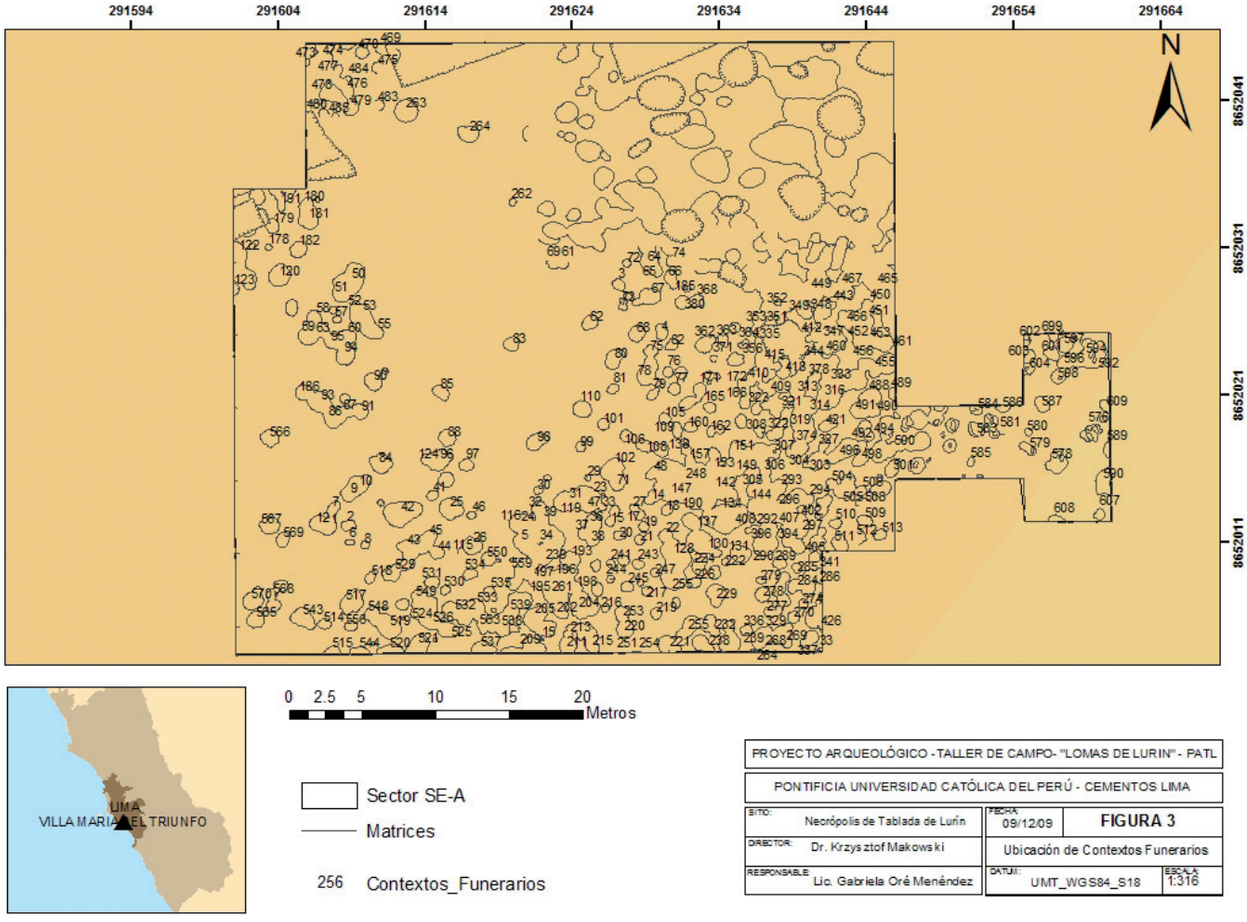



Fig. 4. Vista de excavaciones, unidad SE-A-ampliación, capa D, superficie del cementerio de entierros en pozo.

Fig. 5. Unidad SE-A, perfil estratigráfico.

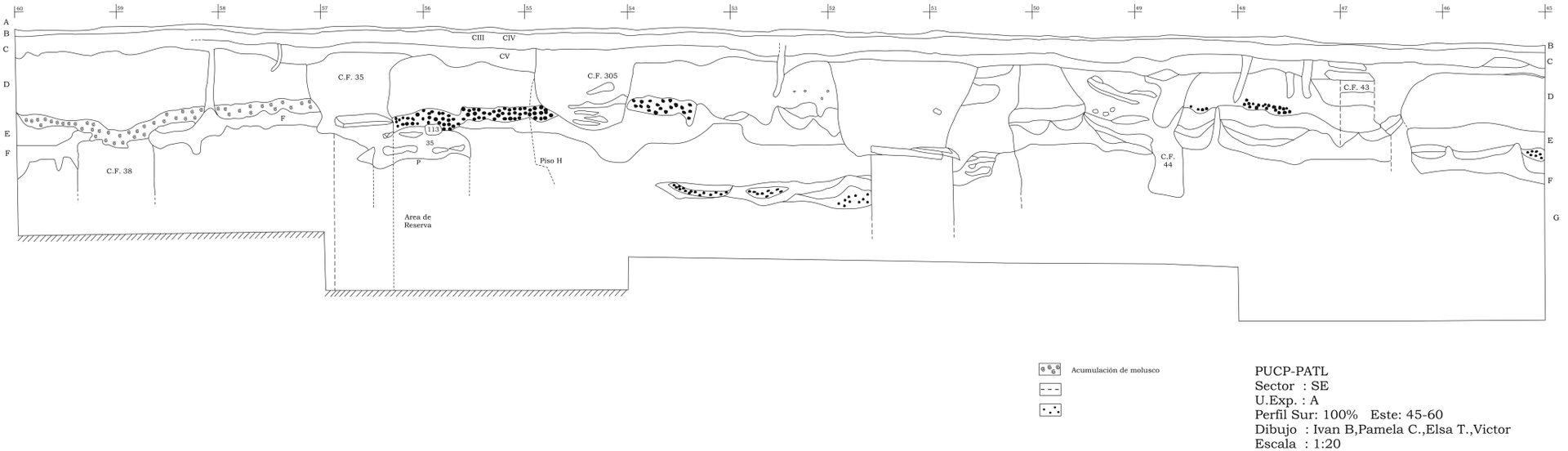


Fig. 6. Unidad NE-B, plano general de contextos funerarios, entierros en pozo (CF) y cámaras de  píedra (EF).

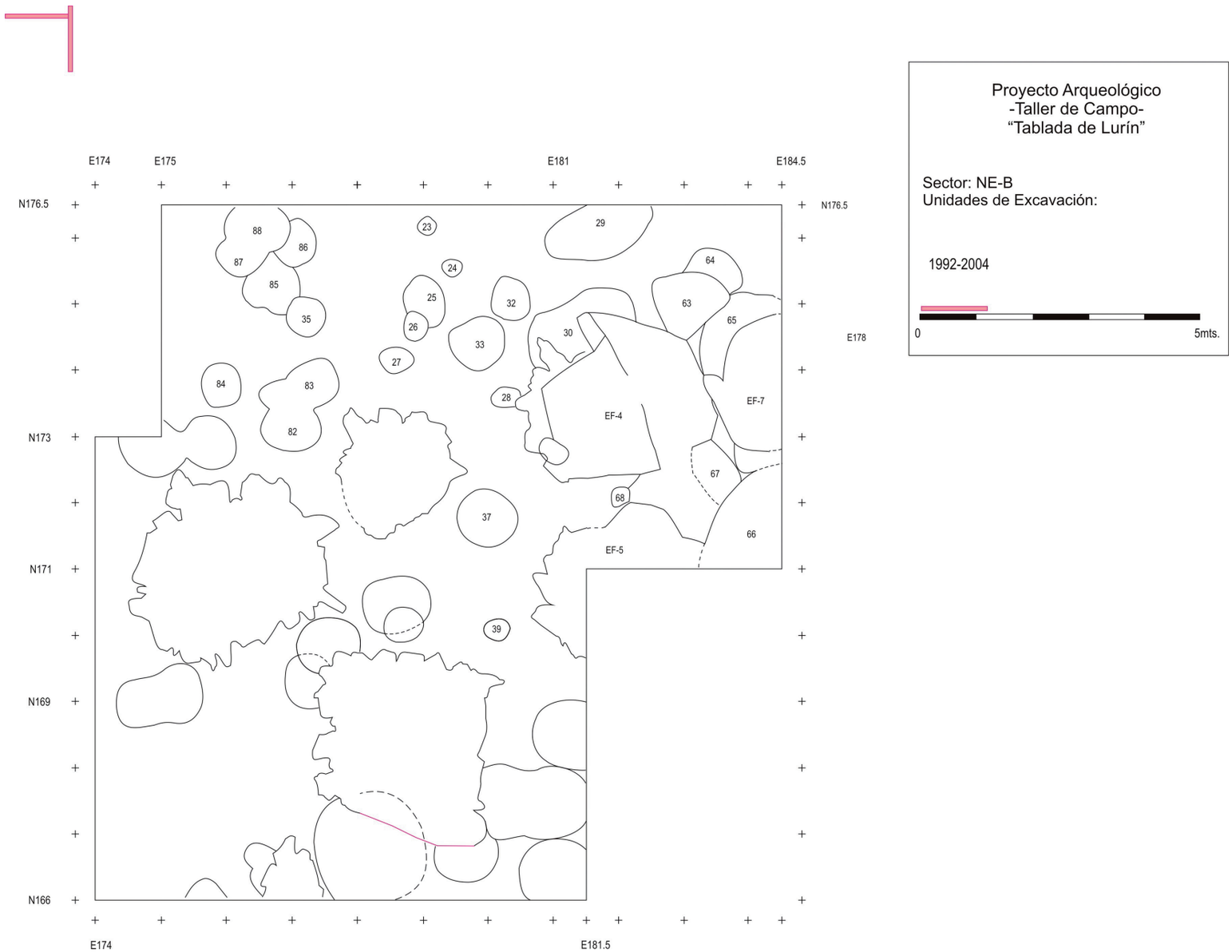
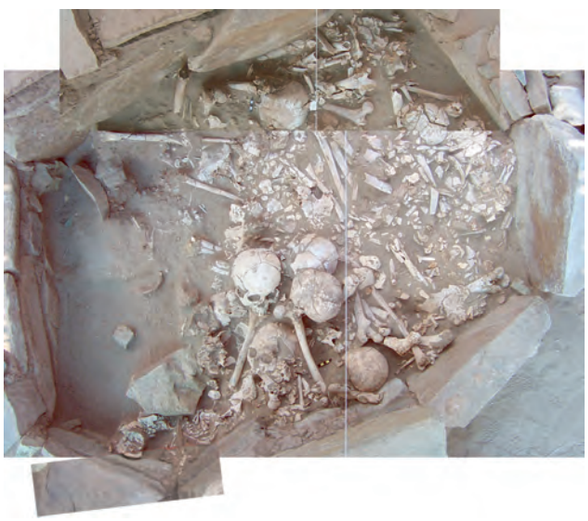


Fig. 7. Entierros en proceso de excavación por K.Makowski y sus colaboradores (1991-2002):
a. Entierro individual en pozo CF 447
b. Entierro individual en pozo CF 451
c. Cámara funeraria rectangular de piedra con entierros múltiples, EF 4 excavada por Karina Gerdau (PATL2001-2002).
d. Cámara funeraria redonda, Sector Primero EF 19 (Cárdenas 1999)

CF 447

CF 451



EF 4

EF 19

Fig. 8. Cerámica en estilo Tablada Marrón (alfar 1), excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:
a. Entierro 312: MC 08292, inv.IRA.2152, olla sin cuello escultórica con la representación del felino.
b. Entierro 66: MC 03054, inv.IRA.2183, olla escultórica con la representación del felino .
c. Entierro 297: MC 01733, inv.2150, cántaro escultórico con la representación del felino.
d. Entierro 97: : MC 01734, inv.IRA.2151, cántaro escultórico con la representación del felino.

Entierro 312: 08292 2152

Entierro 66: 03054 2183

Entierro 297: 01733 2150

Entierro 97: 01734 2151

Fig. 9. Cerámica en estilo Tablada Marrón (alfar 1), excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:
a. Entierro 37: MC 00170, inv.IRA 2154, cántaro con aplicaciones de protomas escultóricas de felinos.
b. Entierro 129: MC 00516, inv.IRA2177, cántaro con dos aplicaciones de cabezas estilizadas y asas auriculares.
c. Entierro 254: MC 0016, inv.IRA 2138, cántaro escultórico de animal fantástico con tres patas y dos cabezas de felino acopladas asimétricamente.
d. Entierro 221: MC 01741, inv.IRA 2185, olla con cuello corto, cuerpo modelado en forma de dos cuencos sobrepuestos; dos cabezas de felinos dispuestas simétricamente a manera de agarraderas.

Entierro 37: 00170 2154

Entierro 129: 00516 2177

Entierro 254: 00168 2138

Entierro 221: 01741 2185

Fig. 10. Cerámica en estilo Tablada Marrón (alfar 1), excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:

a. Entierro 70:MC00171, inv.IRA 2124. Bandeja escultórica con cabeza de felino en la parte frontal y dos serpientes de cuerpo sinuoso decorando los bordes.
b. Entierro 270:MC 04955, inv.IRA 2136. Olla sin cuello escultórica antropomorfa. La cara y los genitales masculinos están modeladas encima del cuerpo de recipiente. Las asas parten de las orejeras.
c. Entierro 268: MC 04796, inv.IRA 2137. Cántaro cara gollete antropomorfo representa a un personaje con el falo sobredimensionado, ataviado con orejeras y manto. La boca abierta presenta dientes.

Entierro 70: 00171 2124

Entierro 270: 04955 2136

Entierro 268: 04796 2137

Fig. 11. Cerámica en estilo Tablada Marrón (alfar 1), excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:

a. Entierro 138: MC 00115, inv.IRA 2133. Botella cantimplora de forma "frejoloide" con dos cabezas de felinos acopladas en ambos extremos y cuatro serpientes en relieve; los felinos tienen bocas abiertas.
b. Entierro 22:MC 00191, inv.IRA 2114. Botella cantimplora de forma "frejoloide". Un cara humana en relieve decora el espacio entre los dos golletes cortos.
c. Entierro 268:MC 04958, inv.IRA 2217 . Cuello de cántaro cara-gollete. Cara con pintura facial marcada por incisiones y punteados que incluye lagrimales. Ojos cerrados.
d. Entierro 268:MC 01747, inv.IRA 2188. Ollita sin cuello con decoración escultórica. Dos protomas zoomorfas que representan probablemente a monos son modelados simétricamente de lados opuestos del cuerpo de la vasija.

Entierro 138: 00115 2133

Entierro 22: 00191 2114

Entierro 268:
04958 2217

Entierro 268: 01747 2188

Fig. 12. Cerámica en estilo Tablada Anaranjado (alfar 2), recurrente en Villa el Salvador , excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:

a. Entierro 297: MC 04797, inv.IRA 2508. Olla con cuello corto, evertido decorada con dos serpientes aplicadas cuyos cuerpos zigzagueantes dan vuelto a la circunferencia.
b. Entierro 160: MC 04735, inv.IRA 2388. Olla con reborde recto y dos agarraderas perforadas en posición horizontal que se proyectan desde el reborde en diagonal. El cuerpo está decorado con dos aplicaciones de ofidios con cuerpos marcados por dos líneas paralelas de punteados. Los serpientes trepan verticalmente e inclinan su cabeza hacia el interior del recipiente
c. Entierro 236: MC 0495, inv.IRA 2435. Recipiente ceremonial fragmentado, cuyo cuerpo está modelado en forma de vasijas globulares sobrepuestas una sobre la otra, y decorado con la aplicación de un ofidio que trepa zigzagueando hacia la apertura.
d. Entierro 166: MC 04537, inv.IRA 2130. Recipiente ceremonial, cuyo cuerpo está modelado en forma de cuatro vasijas globulares sobrepuestas una sobre la otra, y decorado con la aplicación horizontal de un ofidio.

Entierro 297: 04797 2508

Entierro 160: 04735 2388

Entierro 236: 04959 2435

Entierro 166: 04537 2130

Fig. 13. Figulinas. Excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:

a. Entierro 58:MC 00187, inv.IRA 2117 . Figulina de trazo esquemático, con la cara decorada de líneas punteadas y brazos en forma de asas auriculares. Estilo Tablada Marrón.
b. Entierro 154:MC 00188, inv.IRA 2240. Figulina de una mujer con brazos extendidos a juzgar por el peinado y collar.Estilo Tablada Anaranjado. Probable imitación de estilo Pinazo-Huaico Inicial del valle de Rimac.
c. Entierro 01:MC 00190, inv.IRA 2107. Figulina de trazo esquemático y brazo extendidos, actualmente fragmentados. Estilo Tablada Marrón.
d. Entierro 199:MC 00189, inv.IRA 2241. Figulina con cuerpo de trazo esquemático incluyendo a los brazos extendidos. Estilo Pinazo-Huaico Inicial.

Entierro 58: 00187 2117

Entierro 154: 00188 2240

Entierro 01: 00190 2107

Entierro 199: 00189 2241

Fig. 13. Figulinas. Excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:
e. Entierro 258: MC.01737, inv.IRA 2115. Figulina fragmentada de trazo esquemático, brazos en forma de asas auriculares. Estilo Tablada Marrón.
f. Entierro 199: MC 00189, inv.IRA 2241. Figulina de una mujer con brazos extendidos, a juzgar por el peinado y collar con dije. Estilo Tablada Anaranjado. Probable imitación de estilo Pinazo-Huaico Inicial del valle de Rimac.

Entierro 258: 01737 2115

Entierro 258:01735 2106

Fig. 14. Vasijas miniatura. Excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:
a. Entierro 256(366): MC 08362, inv.IRA 3073. Ollita sin cuello decorada con la protoma del mono modelada en el cuerpo. Estilo Tablada Marrón.
b. Entierro 136 (410):MC. 09066, inv.IRA 3076. Cantarito zoomorfo sin cuello. Ave y cola del animal fantástico decorados con incisiones. Estilo Tablada Marrón.

Entierro 256(366): 08362 3073

Entierro 136 (410):09066 3076

Fig. 14. Vasijas miniatura. Excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:
c. Entierro 163 (06): MC.00611, inv.IRA 3044. Cantarito cara cuello (a juzgar por la nariz modelada) con asa-cinta lateral. Estilo Tablada anaranjado.
d. Entierro 259:MC. 00152, inv.IRA 2242. Cantarito escultórico de cuello bajo y recto, decorado con aplicaciones escultóricas, ubicadas en lados opuestos del cuerpo. Una de ellas representa a una serpiente y la otra, la cabeza de felino. Estilo Tablada Marrón.

Entierro 163 (06): MC.00611 inv. IRA3044

Entierro 259:00152 2242

Fig. 15. Cerámica en el sub-estilo Tablada Rojo sobre Crema (alfar 2), recurrente en Villa el Salvador, excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:
a. Entierro 331: MC.08189, inv.IRA 2108. Botella escultórica asa puente-cuerpo-gollete, con la representación del mono.
b. Entierro 316: MC 08112, inv.IRA 2148. Botella escultórica asa puente-cuerpo-gollete, ornitomorfa. Lineas pintadas de rojo imitan plumaje y lagrimales de una falcónida. El ave sostiene una semilla en el pico.

Entierro 331: 08189 2108

Entierro 316: 08112 2148

Fig. 15. Cerámica en el sub-estilo Tablada Rojo sobre Crema (alfar 2), recurrente en Villa el Salvador, excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:

c. Entierro 338: MC 08192, inv.IRA 2157. Botella escultórica asa puente-cuerpo-gollete en forma de un cuadrúpedo fantástico, camélido o felino, con cola de ave. El cuerpo de animal está decorado con líneas rojas horizontales, lo que no es usual en la representación del pelaje de felino

d. Entierro 329:MC 08190, inv.IRA 2153. Botella escultórica asa puente-cuerpo-gollete en forma de un ave (¿Gallinacea?). El plumaje está dibujado mediante lineas contínuas u punteadas de color rojo.

Entierro 338: 08192 2157

Entierro 329: 08190 2153

Fig.16. Cerámica en el sub-estilo Tablada Rojo sobre Crema (alfar 2), recurrente en Villa el Salvador, excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:

a. Entierro 410: MC.09078, inv.IRA 2158. Botella escultórica asa puente-cuerpo-gollete en forma de felino. El cuerpo de animal está decorado con líneas rojas paralelas, en zigzag y punteadas.

b. Entierro 367:MC.08504, inv.IRA 2116. Botella escultórica asa puente-cuerpo-gollete en forma de un cuadrúpedo, probablemente camélido, a juzgar por la forma del hocico y de las orejas. El cuerpo de animal está decorado con aspas rojas pintadas.

Entierro 410: 09078 2158

Entierro 367: 08504 2116

Fig.16. Cerámica en el sub-estilo Tablada Rojo sobre Crema (alfar 2), recurrente en Villa el Salvador, excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:

c. Entierro 166: inv.IRA 02416.Botella escultórica asa puente-cuerpo-gollete en forma de un cuadrúpedo, probablemente camélido, a juzgar por la forma de la cola, corta, puntiaguda y caída. El cuerpo del animal está decorado con cheurones y líneas paralelas pintadas de rojo sobre el engobe crema.

d. Entierro 15:MC.00213, inv.IRA 2123. Botella escultórica asa puente-cuerpo-gollete en forma de un ave, posiblemente, un vencejo. La forma y la calidad de acabado pulido fino con la pintura bicolor pre-cocción hace pensar que se trata de una imitación de botellas Topará-Carmen, las que a su vez recogen las técnicas de acabado Nazca.

Entierro 166: 02416

Entierro 15: 00213 2123

Fig. 17. Cerámica en el sub-estilo Blanco sobre Rojo (alfares 2 y 3), recurrente en Villa el Salvador y en Huachipa , excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:

a. Entierro 358: MC.08400, inv.IRA 2125. Botella escultórica asa puente-cuerpo-gollete en forma de felino con las cejas prominentes y orejas puntiagudas. El cuerpo de animal está decorado con líneas blancas paralelas, y horizontales.

b. Entierro 373:MC.08513, inv. IRA 118. Botella escultórica asa puente-cuerpo-gollete, con la representación de un ave cuyo hábitat está en la tierra.

Entierro 358: 08400 2125

Entierro 373: 08513 2118

Fig. 17. Cerámica en el sub-estilo Blanco sobre Rojo (alfares 2 y 3), recurrente en Villa el Salvador y en Huachipa, excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:

c. Entierro 242: MC.00214, inv. IRA 2119. Botella escultórica asa puente-cuerpo-gollete, con la representación de un ave cuyo hábitat está en la tierra.

d. Entierro 138: MC.00212, inv. IRA 2110. Botella escultórica asa puente-cuerpo-gollete en forma de un cuadrúpedo, probablemente camélido, a juzgar por la forma del hocico alargado y sin colmillos y de las orejas.

e. Entierro 376: MC.08535, inv.IRA 2139. Botella escultórica asa puente-cuerpo-gollete que representa a un póngido (nótese las orejas) o a un personaje humano llevándose la mano a la boca. La cabeza y las manos están acoplados al cuerpo globular.

f. Entierro 258: MC.01731, inv.IRA 2155. Fragmento de una botella escultórica asa puente-cuerpo--gollete que representa a un póngido llevándose ambas manos a la boca. L

Entierro 242: 00214 2119

Entierro 138: 00212 2110

Entierro 376: 08535 2139

Entierro 258: 01731 2155

Fig. 18. Influencias exóticas en el estilo Tablada Anaranjado (alfar 2), excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:

a. Entierro 133: MC.94358, inv. IRA 00216. Botella con cuerpo carenado, doble gollete-asa puente (alfar 2). Dos dragones rampantes típicos para el estilo Recuay adornan la parte superior de la botella. Los golletes emergen respectivamente del cada uno del cuerpo de uno de los dragones.
b. Entierro 259:MC 00169, inv. IRA 2109 Botella con cuerpo carenado, doble gollete-asa puente (alfar 2). El asa está fijada en los labios respectivos de ambos golletes. La parte superior del cuerpo está decorada con un ofidio serpenteante en relieve. La forma de la botella tiene paralelos en Topará (Chongos) – una especie de tapa marcada debajo de los golletes – y en Pinazo-Huaico Inicial.
c. Entierro 415: MC. 09107, inv.IRA 2861 Plato hondo decorado con una franja de pintura crema en el labio y sobre ella, puntos alternados de pintura roja. Imitación del estilo Topará.

Entierro 133: 94358 216

Entierro 259: 00169 2109

Entierro 415: 09107 2861

Fig. 19. Imitaciones de estilos exóticos en Tablada (alfar 2): estilo Lima Temprano, excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:
a. Entierro 270: MC. 01750, inv. IRA 2131. Cántaro cuello convexo, dos asas laterales en la circunferencia. Una de las mitades está decorada con diseños en negativo: línea en zigzag y punteado.
b. Entierro 062, inv.IRA 00211 y 00212. Dos vasos-lira con reborde y decoración en negativo. El diseño de cabezas triangulares de serpiente es típico para el estilo Lima (*interlocking*).

Entierro 270: 01750 2131

Entierro 062, inv. IRA 00211 y 00212

Fig. 20. Influencias exóticas en Tablada, juego de vasijas con cuerpos fitomorfos y engobe rojo pulido fino del entierro múltiple n°317, excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:

a. MC. 08138, inv. IRA 2142, botella con cuerpo carpomorfo (similar a una *Cucurbitacea sp.*), gollete corto central, con dos caras de felino aplicadas encima de asas auriculares.

b. MC. 08133, inv.IRA 2144, botella doble, asa canasta, con los cuerpos carpomorfos unidos por ducto y por asa, dos golletes rectos.

c. M.C. 08136, inv.IRA 2135, botella de cuerpo compuesto en forma de dos mitades de un fruto, gollete recto con dos asas laterales. Una cara del felino está pegada a la base de cada asa.

Entierro 317: 08138 2142

Entierro 317: 08133 2144

Entierro 317: 08136 2135

Fig.21. Formas atípicas de cerámica no decorada. Excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:

Entierro 367: 08376 2245 (alfar 1)

Entierro 367: 08412 2418 (alfar 3)

Entierro 268: 04842 2228 (alfar 1)

Entierro 199(201) 00237 2127

Entierro 199(201): 00224 2190

Entierro 80: 01742 2146 (alfar 2)

Fig.22. Céramica encontrada en dos estructuras subterráneas de piedra, cista 30 y cista 03, excavaciones de J.Ramos de Cox, y M.Cárdenas, Museo Josefina Ramos de Cox, Instituto de Riva Agüero PUCP:

a. Cista 30: MC.09134, inv.IRA 2149. Botella ornitomorfa asa-puente cuerpo-gollete, engobada de color rojo.
b. Cista 30: MC.09146, inv.IRA 2145. Colador con mango, engobe rojo.
c. Cista 30: MC.09141, inv.IRA 2193. Olla con reborde biselado bajo y dos asitas auriculares en los hombros, cubierta de engobe rojo. Dos figuras de mono en relieve, decúbito ventral como durante un salto, decoran los hombros de la vasija.
d. Cista 30: MC.09142, inv. IRA 3166. Cuenco de cuerpo carenado con dos asitas auriculares, cubierto de engobe rojo. Dos figuras de mono en relieve, decúbito ventral como durante un salto, decoran los hombros de la vasija.
e. Cista 3: MC. 00027, inv.IRA 2179. Botella cantimplora "frijoloide" con gollete cónico y dos asitas auriculares, decorada con bandas diagonales rojas sobre el engobe ante.

09134, 2149

09146, 2145

09141, 2193

09142, 3166

Cista 3 00027 2179

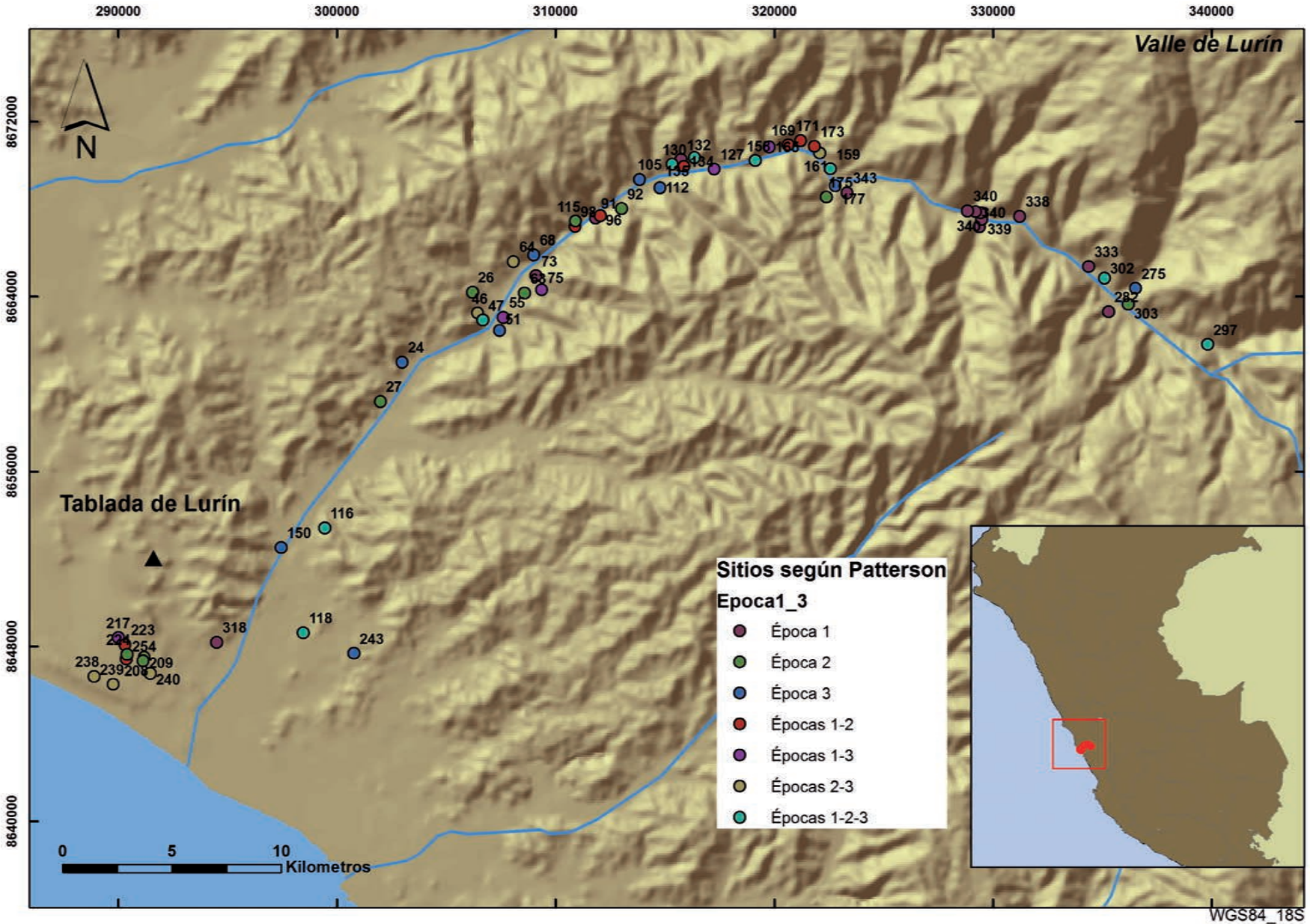



Fig.22. Mapa del Valle de Lurín con la distribución de los sitios arqueológicos del Periodo Intermedio Temprano, épocas 1, 2, 3, anteriores a la aparición del estilo Lima en el valle (según Patterson et al. 1982; diseño gráfico y digitalización Gabriela Oré.